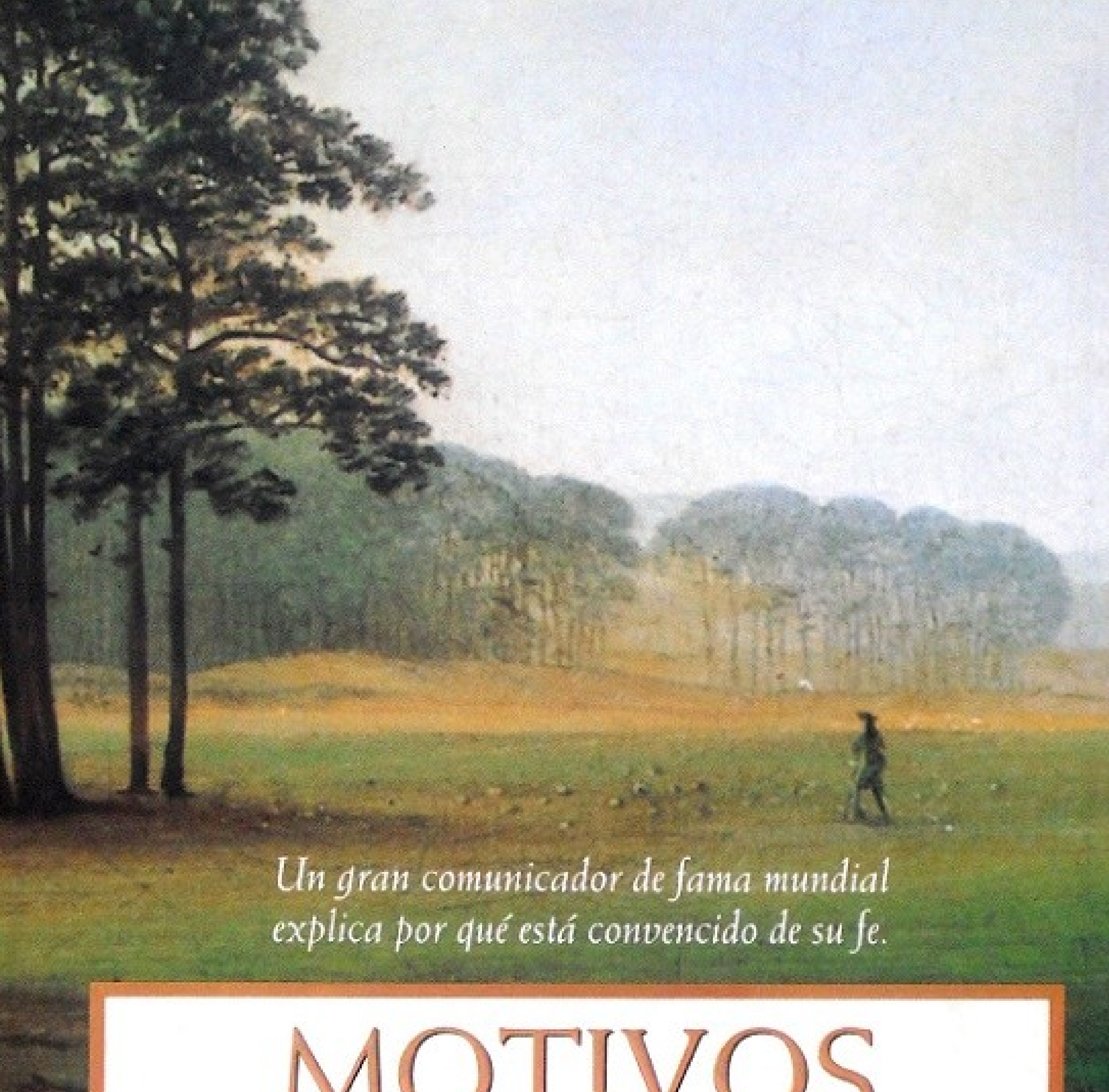


Un gran comunicador de fama mundial explica por qué está convencido de su fe.

MOTIVOS PARA CREER

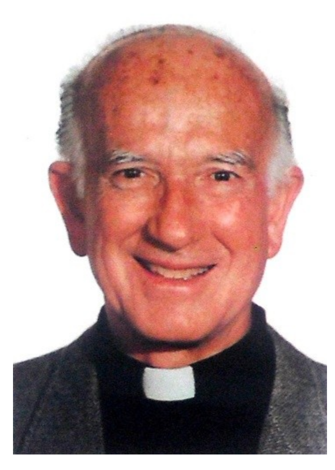
JORGE LORING, S. J.

(Contraportada)

MOTIVOS PARA CREER

JORGE LORING, S. J.

A nadie le puede convencer lo que ignora. Este es el caso de muchos que desprecian la fe y a quienes la profesan. Puede un hombre tener una gran cultura humana y no tener cultura religiosa o tenerla infantil. Todos deberíamos tener una cultura religiosa proporcional a nuestra cultura humana. Así conoceríamos los *Motivos para creer*. En este libro se ofrecen algunos motivos que hacen razonable el creer. Pero también hace falta orar. Decía el incrédulo Carlos de Foucauld: «Señor, si existes, dámelo a entender.» Y como Dios existe, se lo dio a entender. Murió como un santo.



El padre Jorge Loring, S. J., nació en Barcelona, pasó su juventud en Madrid y lo que tiene de jesuíta es andaluz. Se ordenó sacerdote a los treinta y tres años. Lleva mucho tiempo residiendo en Cádiz. Durante veinticinco años ha sido capellán de las grandes factorías navales de la bahía gaditana, donde ha expuesto muchas de las ideas de este libro. Su obra *Para salvarte* ha tenido tal aceptación que ha superado largamente el millón de ejemplares en España, sin contar las ediciones que se han hecho en México, Perú y Chile. También ha sido traducido al inglés, al árabe en El Cairo y al hebreo en Jerusalén. Ha pronunciado miles de conferencias a lo largo de su vida, a las que se calcula que han asistido más de millón y medio de personas.

El padre Loring es uno de los más renombrados especialistas en la Sábana Santa, tema que lleva estudiando desde hace más de treinta años.

MOTIVOS PARA CREER

JORGE LORING, S. J.

1997

ÍNDICE

CONSEJO AL LECTOR

A nadie le puede convencer lo que ignora. Éste es el caso de muchos que desprecian la fe y a quienes la profesan.

Puede un hombre tener una gran cultura humana y no tener cultura religiosa, o tenerla infantil.

Todos deberíamos tener una cultura religiosa proporcional a nuestra cultura humana. Así conoceríamos los *Motivos para creer.*

Si los creyentes no tuviéramos *Motivos para creer,* seríamos unos necios. Y esto no lo puede sostener nadie que conozca a lumbreras tan grandes como san Agustín y santo Tomás y a los premios Nobel de hoy: Einstein, Max Planck, Heisenberg y Paul Dirac; todos ellos creyentes.

En este libro ofrezco algunos motivos que hacen razonable el creer.

Pero también hace falta orar.

Decía el incrédulo Carlos de Foucauld: «Señor, si existes, dámelo a entender.»

Y como Dios existe, se lo dio a entender.

Murió como un santo.

I. LA FE Y LA CIENCIA

1. LA ASTRONOMÍA LLEVA A DIOS

Hace años tuvo lugar un hecho portentoso que dejó boquiabierto al mundo entero: el alunizaje del *Apolo XI.* Era la primera vez en la Historia que el hombre ponía el pie en la Luna. Fue lanzado el 16 de julio de 1969. Alunizó el 20 del mismo mes.

Este hecho no se olvidará jamás.

Lo mismo que el viaje de Colón ha pasado a ser un hecho histórico; de la misma manera, este alunizaje del *Apolo XI* constará para siempre en la Historia, mientras otros viajes quizá se olviden.

De hecho, los últimos viajes que se hicieron a la Luna ya no eran noticia. Los cosmonautas se paseaban por la Luna y aquí en la Tierra ni siquiera se hablaba de ellos.

El viaje del *Apolo XI* siempre será noticia, aunque el viaje a la Luna termine por ser un viaje rutinario, como es hoy el viaje a América.

Los astrónomos están interesados en construir en la Luna un observatorio astronómico porque en la Luna se pueden observar las estrellas con muchísima claridad, con muchísima más nitidez que desde la Tierra. La Tierra está envuelta por la atmósfera, que enturbia el estudio de las estrellas. En la Luna, al no haber atmósfera, se ve todo mucho más claro y con mayor nitidez.

Si se llega a instalar un observatorio astronómico en la Luna, el viaje a la Luna será puramente rutinario, dejará de tener interés.

Las dificultades técnicas del viaje del «Apolo XI»

Vamos a analizar el viaje del *Apolo XI.*

Vamos a ver primero las dificultades técnicas que tuvo que superar el hombre para llegar a la Luna. Después veremos qué es el cosmos, y sacaremos una conclusión: si nos quedamos boquiabiertos ante la técnica del *Apolo XI,* ¡qué boca tenemos que abrir ante la técnica del cosmos, obra de Dios!

Soy jesuíta y soy apóstol. Si hablo de astronomía es porque la astronomía lleva a Dios. La astronomía lleva a Dios porque, viendo la grandeza del cosmos, caemos en la cuenta de la sabiduría de Dios, y de la grandeza de Dios, y del poder de Dios. Por eso dice la Biblia: «Los cielos cantan la gloria de Dios», porque contemplando los cielos admiramos la ciencia, la sabiduría y la técnica de Dios. Nosotros le llamamos Dios. Hay gente que tiene alergia al nombre de Dios y busca otros nombres. Hablan de una energía preexistente. Es igual. Ese Ser inteligente, Autor del cosmos, es Dios. La palabra es lo de menos. Lo importante es que al final conozcamos a ese Ser maravilloso, a esa Inteligencia maravillosa, a ese Gran Matemático que ha hecho el cosmos. Ésa será la conclusión.

La primera dificultad técnica que tuvo que superar el hombre para llegar a la Luna fue lanzar al espacio un proyectil, el *Saturno* V, de 110 metros de altura, la altura de la Giralda de Sevilla. De estos 110 metros de altura casi todo era combustible para escapar del campo gravitatorio de la Tierra. A la Luna sólo llegó el cono de la punta.

Estuve dando conferencias sobre la Sábana Santa en Estados Unidos y, entre otros sitios, hablé en la base aérea de Andrews, ante los jefes y oficiales de la aviación americana. Aproveché que estaba en Washington y me fui al Smithsonian Institution, que es un Museo del Aire y del Espacio, donde están las principales aeronaves de la historia de la aviación americana.

Allí está el avión de los hermanos Wright, los primeros que volaron a principios de siglo. Allí está el avión de Lindbergh, el primero que cruzó en solitario el Atlántico sin escalas. Allí está el avión de Willy Post, que fue el primero que dio, sin escalas, la vuelta al mundo en avión. Allí están, por supuesto, todas las naves espaciales americanas. Hay un gemelo del *Skylab,* que se desintegró en el espacio. Hay otro gemelo del módulo lunar que se quedó en la Luna, etcétera.

Están también los Apolos. Tuve la dicha de acariciar cariñosamente el *Apolo XI,* que estaba allí. Es emocionante estar acariciando la misma nave que estuvo en la Luna. Por cierto, que es muy pequeña. Llama la atención cómo, en una nave tan pequeña, tres hombres han ido a la Luna y han vuelto. Está muy deteriorada, porque entró en la Tierra a cuarenta mil kilómetros por hora, y con el roce de la atmósfera alcanzó los tres mil grados centígrados.

Como digo, la primera proeza: haber mandado a la Luna el *Apolo XI.*

Segunda proeza: haber llegado a la Luna.

Nunca nadie había llegado tan lejos. El hombre que ha hecho el viaje más largo en la Tierra ha sido Juan Sebastián Elcano, que dio la vuelta a la Tierra. Entonces, puesto que no estaban abiertos los canales de Panamá y Suez, tuvo que bajar por el cabo de Hornos y por el cabo de Buena Esperanza. Dio una vuelta enorme. Si el perímetro de la Tierra, el meridiano, es de 40000 km, con el rodeo que tuvo que dar recorrió quizás el doble, 80000 km. Nadie en la Tierra había hecho un viaje tan largo: 80000 km. Pues hasta la Luna hay 384000 km. Es decir, 300000 más. Nunca nadie había llegado tan lejos. El *Apolo XI* recorrió 800000 km.

Tercero, velocidad: había que volar a 40000 km/h. Nunca nadie había volado a tal velocidad. Los grandes aviones comerciales de líneas aéreas, los Jumbos, alcanzan una velocidad de 1000 km/h. El Concorde, los 2 000 km/h. El avión más rápido del mundo es el X-l 5 americano, que es un prototipo, no es un avión hecho en serie, que alcanza los 6000 km/h.

Había que volar a 40000 km/h para escapar del campo gravitatorio de la Tierra. La gravedad de la Tierra atrae. Por eso las cosas caen. Cuando lanzo una piedra con la mano, el impulso que le doy a la piedra se combina con la atracción de la gravedad, que va atrayendo a la piedra. Ésta describe una parábola y termina por caer a tierra. Si en lugar de ser una piedra tirada con la mano es un proyectil de cañón, sale con más velocidad y la parábola es más larga; pero termina por caer a tierra. Si el proyectil sale a 8 km/seg, entonces la parábola es tan larga que cae detrás del horizonte, y se queda en órbita terrestre. Ahí tenemos un satélite artificial. Los satélites artificiales se ponen en órbita con proyectiles que salen a 8 km/seg. El *Saturno V* tenía que salir a 11 km/seg, que son 40000 km/h, para escapar del campo gravitatorio. La parábola es tan larga que se sale

del campo gravitatorio práctico. El campo gravitatorio teórico es infinito, pero prácticamente llega un momento en que la atracción de la Tierra es tan débil que no influye en el proyectil.

Por eso, el *Saturno V* llevaba tan grandes depósitos de combustible, para escapar del campo gravitatorio. Fuera de la atmósfera se va sin motores, por inercia. Se va a base de matemáticas. Menudos depósitos de combustible harían falta para ir a la Luna a fuerza de combustible. No, a la Luna se llega a base de matemáticas, como después veremos.

Y cuarto: precisión. Tengamos en cuenta que el *Apolo* ha ido a la Luna y ha vuelto. Ha hecho un viaje de 800000 km y se pone en contacto con el agua treinta segundos después de la hora prevista. Una precisión extraordinaria.

Don Emilio Novoa, director de la Escuela Superior de Ingenieros de Telecomunicación, en un artículo de una revista científica decía: «El hombre ha ido a la Luna gracias a la cibernética.» Sin ayuda de las computadoras, nosotros no habríamos ¡do a Ja Luna. Porque hemos ido a la Luna a base de matemáticas. Hay que hacer tal cantidad de cálculos que el hombre es incapaz de realizarlos, por lo que necesita de la máquina: el hombre se ayuda de la máquina. En esto como en todo.

Urtain, aquel famoso boxeador, en sus buenos tiempos, al primer minuto dejaba K. O. al contrincante. Creo que levantaba cien kilos de peso. Muy bien, Urtain con su fortaleza física levantaba cien kilos, pero ni Urtain ni nadie es capaz de levantar con su brazo diez toneladas. Y lo que no puede hacer el hombre con su brazo, lo hace con la cabeza: inventa una grúa y mueve diez toneladas.

Un corredor creo que puede correr a 36 km/h. Creo que ésa es la marca de los cien metros lisos. Pero no hay corredor en el mundo que con sus piernas corra a 100 km/h. Lo que el hombre no puede hacer con las piernas lo hace con la cabeza: inventa una máquina, que se llama automóvil, y puede correr a 100 km/h.

Lo mismo: con el cerebro podemos calcular con un límite de velocidad y un margen de error, pero inventamos una máquina que calcula más de prisa y además no se equivoca. Esto es la cibernética: los ordenadores, las computadoras y las calculadoras.

Pues gracias a la cibernética hemos ido a la Luna; porque sin ayuda de las máquinas nunca habríamos sido capaces de ir a la Luna, por la cantidad de datos que había que calcular.

Grandeza del cosmos

Una vez dicho esto, vamos a compararlo un poco con el cosmos.

Hemos ido a la Luna. Pero ¿qué es eso de ir a la Luna? ¿Qué proeza hemos hecho yendo a la Luna? Hemos visitado a nuestra vecina del primero derecha, viviendo nosotros en el primero izquierda. Nuestra vecina de puerta.

Porque ¿dónde está la Luna? A 384000 km de distancia.

Vamos a citar estrellas muy lejanas: Andrómeda está a dos millones de años luz. Coma de Virgo, a doscientos millones de años luz. Y la Luna está a un segundo. La luz de la Luna tarda en llegar a la Tierra un segundo.

Conocemos estrellas que están a doscientos millones de años luz. ¿Qué hemos hecho al llegar a la Luna, que está a un segundo de luz? ¿Hay alguien que piense darse un paseo por Andrómeda o por Coma de Virgo? Doscientos millones de años de viaje de ida. Y eso si logramos volar a la velocidad de la luz: 300000 km/seg.

Voy a seguir dando datos porque esto es interesantísimo. Hemos hablado de distancias. Ahora voy a hablar de velocidades.

El *Apolo XI* ha salido a 40 000 km/h, es decir, 11 km/seg. La Tierra se mueve a más del doble de esa velocidad por el espacio. Va a 100000 km/h, que son 30 km/seg.

El Sol va a 300 km/seg. Y por poner la velocidad más rápida que hemos detectado: hay estrellas que van a 145000 km/seg. Esto lo ha hecho Milton Humason en Monte Palomar (California), donde existe un gran observatorio con un telescopio de cinco metros de diámetro. Ha captado estrellas que viajan por el espacio a 145000 km/seg.

¿Y cómo se mide esto? Analizando la luz. El único correo que llega de las estrellas es la luz. El científico descompone la luz en el prisma óptico, en los colores del arco iris: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Y en esta banda de colores del arco iris hay unas rayas características. Por estas rayas se sabe qué cuerpo se quema en la estrella, a qué temperatura está, a qué velocidad se desplaza, etcétera.

Estudiando las rayas del espectro, por el corrimiento hacia el rojo, se han detectado estrellas que se alejan por el espacio a 145000 km/seg.

Estas estrellas no son corpúsculos, no son partículas, no son fotones, son monstruos del tamaño que ahora veremos.

La Tierra, ya lo vimos antes, tiene 40000 km de perímetro. El Sol es un saco de garbanzos donde caben 1300000 garbanzos del tamaño de la Tierra: de 40000 km de perímetro cada garbanzo. Y el Sol es una estrella pequeña.

Antares es una estrella anaranjada que sale por el sur en verano —en invierno no se ve—, de la constelación de Escorpión. Es 115 millones de veces mayor que el Sol.

Para que entendamos tal magnitud, voy a ejemplificarlo de una manera plástica.

Antares es de un tamaño tan colosal que dentro de Antares caben el Sol y la Tierra girando alrededor de éste a 150 millones de kilómetros de distancia.

La Tierra describe una órbita cuyo diámetro es de 300 millones de kilómetros. Para que caigamos en la cuenta de lo que es una órbita de 300 millones de kilómetros de diámetro hemos de saber que eso es el año. El año es lo que la Tierra tarda en dar la vuelta alrededor del Sol, en recorrer su órbita de 300 millones de kilómetros de diámetro a 100000 km/h. Pues estos 300 millones de kilómetros, diámetro de la órbita de la Tierra, es el radio de la estrella Antares. Dentro de la estrella Antares caben el Sol, la Tierra girando alrededor, y sobra media estrella.

Voy a dar otro dato más impresionante. Alfa de Hércules, la mayor de las estrellas conocidas, es ocho mil billones —con b de Barcelona— de veces mayor que el Sol. Y lo voy a ejemplificar como antes. Resulta que el diámetro de la órbita de Plutón, que es de doce mil millones de kilómetros, es la décima parte del radio de Alfa de Hércules. ¡Unas magnitudes descomunales!

El cosmos, obra de un Gran Matemático

Pues estas estrellas de estos tamaños, con estas velocidades, se mueven con una precisión admirable. Hoy los relojes de cuarzo poseen más precisión; pero hasta hace poco los relojes, ¿con qué se ponían en hora? Con el Sol. ¿Quién daba las doce? El Sol. Y cuando el Sol pasaba por el meridiano, todos los relojes se ponían en hora con el Sol. Porque el movimiento de las estrellas es matemático.

Tengo muchos amigos astrónomos que hacen para mí los cálculos que les pido. Uno de ellos, que es observador, me dijo un día hablando de estas cosas:

—Mire, padre, el movimiento de las estrellas es tan exacto que a mí me bastan cinco segundos para que mi ayudante me avise. Él está en la mesa tomando los datos que yo le doy. Me avisa cinco segundos antes para que yo apague el cigarrillo v ponga el ojo en el aparato. A la hora, al minuto y al segundo calculados en las efemérides, una estrella que está a miles de años luz. pasa por el meridiano.

»E1 almanaque astronómico se ha hecho hace varios años. Porque en los almanaques astronómicos hay que hacer muchos cálculos y muchos números, mandar a la imprenta, corregir pruebas, volver a mandar y volver a corregir: se hacen con varios años de antelación. Pues en un almanaque que se ha hecho hace varios años, se dice a qué hora, a qué minuto y a qué segundo una estrella que está a miles de años luz va a pasar por el meridiano. Y eso es tan exacto que me avisan cinco segundos antes, pongo el ojo en el aparato y a la hora, al minuto y segundo previstos una estrella que está a miles de años luz pasa por el meridiano. ¡Exactitud matemática del movimiento de las estrellas!

En lo único en que se puede ser profeta es en astronomía. En ninguna otra cosa. ¿Hay alguien que sepa quién será el campeón de Liga del año que viene? ¡Ni siquiera los quince resultados de los partidos del domingo! Por eso, el que acierta por casualidad se lleva sesenta millones o mucho más. Pero ¿quién puede profetizar los quince resultados? ¡Nadie! ¡No podemos ser profetas en nada! En astronomía sí. Porque en el cielo todo se mueve con precisión matemática.

Por eso dice James Jeans, un astrónomo americano: «El cosmos es obra de un Gran Matemático. Porque en el cosmos resplandecen leyes matemáticas.» Leyes matemáticas que formularon Newton y Kepler. Pero Newton y Kepler, que formulan las leyes matemáticas que rigen el movimiento de las estrellas, no hicieron esas leyes. Las leyes matemáticas estaban en las estrellas muchísimos años antes que nacieran Newton y Kepler. El hombre descubre las leyes matemáticas que rigen el movimiento de las estrellas. Las formula, pero no las hace.

Hay otro que ha hecho esas leyes matemáticas. Por eso dice Borman desde la Luna: «Nosotros hemos llegado a la Luna gracias a unas leyes matemáticas que no las ha hecho el hombre.»

Paul Dirac, premio Nobel de Física, ya fallecido, uno de los astrónomos más sobresalientes de nuestro tiempo, decía en una revista científica llamada *Investigación y Ciencia*: «Dios es un matemático de alto nivel.» Hay un matemático que ha puesto las leyes que rigen el movimiento de las estrellas.

A esto voy. Estos hombres, astrónomos, comprenden que el cosmos es obra de un matemático. Las leyes matemáticas que se reflejan en la naturaleza nos hablan del matemático. Lo mismo que una obra de arte me habla del artista. Cuando nosotros vemos la belleza de la cara de la *Virgen de la Piedad,* de Miguel Ángel, pensamos en el artista. ¡Qué gran artista, Miguel Ángel, que de un bloque de mármol saca esta belleza de mujer!

El orden no es fruto de la casualidad, es fruto de la inteligencia. La obra me hace pensar en el artista. Cuando contemplamos el cosmos, pensamos en el matemático que ha hecho esa obra maravillosa. Porque comprendemos que ni la cara de la *Virgen de la Piedad* salió por casualidad ni este maravilloso orden con que se mueven las estrellas puede ser fruto de la casualidad. El orden no es fruto de la casualidad.

Un ejemplo muy claro es este libro que tienes en las manos. Supongamos que tiene un millón de letras. Para que este millón de letras se ordenen formando palabras, y las palabras formando frases, hace falta una inteligencia ordenadora. A nadie se le ocurre que para escribir un libro se echen en un recipiente un millón de letras, se tiren, y salga un libro. Ni siquiera saldrían derechas ni en línea recta.

Evidentemente, el orden que las letras tienen en este libro es uno de los órdenes posibles. Pero la probabilidad de que caigan las letras en este orden es una contra un número que tiene *tres millones de cifras*. El cálculo se ha hecho en ordenador. El número es tan grande que si lo nombramos por su nombre propio, pocas personas lo entenderían: el número de permutaciones es de quinientos milillones (500000 grupos de seis cifras). Para escribirlo con números del tamaño de las letras de este libro se necesitaría una tira de papel de seis kilómetros.

Es decir, la probabilidad de que salga el libro al tirar las letras del recipiente al suelo es prácticamente nula.

Es ridículo pensar que el orden es fruto de la casualidad. El orden es fruto de la inteligencia. Y cuando yo veo una técnica, un orden, pienso en una inteligencia, no pienso en la casualidad.

«Hombre, mira qué casualidad, eché en un recipiente un millón de letras, las tiré y me salió un libro.»

¡Es ridículo! Esto con un millón de letras. ¿Y con los millones y millones de estrellas que hay en el cosmos?

Nuestro sistema solar tiene diez planetas: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Los nueve que todo el mundo conoce y el décimo que acabamos de descubrir. El Sol tiene diez planetas en equilibrio.

Soles como el nuestro, en nuestra galaxia, la Vía Láctea, nuestro barrio del cosmos, hay cien mil millones. Y galaxias como la nuestra, diez mil millones de galaxias. Y todos estos miles de millones de estrellas se mueven con precisión matemática; hasta el punto, como dije antes, que podemos predecir con años de antelación el día, la hora, el minuto y el segundo en que una estrella que está a miles de años luz pasa por el meridiano.

Por eso dice la Biblia: «Los cielos cantan la gloria de Dios», porque cuando sabes qué es el cosmos no tienes más remedio que caer de rodillas, admirando la grandeza, el poder, la sabiduría y la técnica de Ese que llamo Dios, Autor del cosmos.

2. LA CIENCIA Y LA FE FRENTE A FRENTE

En el capítulo anterior hablábamos de la grandeza de Dios. Dando un vistazo a lo que es el universo, admirábamos la sabiduría, el talento y la técnica de Dios, que es el Autor de esta máquina fenomenal que llamamos universo. Y, en frase del astrónomo contemporáneo James Jeans, decíamos que el universo es obra de un Gran Matemático. Es decir, que este cosmos fenomenal no es un juguete hecho con un palo y una rueda que pudiera construir un chiquillo; supone mucha matemática, supone mucho talento, supone mucha técnica.

Y, observando el universo, no con ojos de ignorante sino con ojos de hombres cultos y conscientes, nos dábamos cuenta de la maravilla de la creación, y al final caíamos de rodillas admirando la grandeza, la sabiduría, el poder y la técnica de ese Ser maravilloso a quien nosotros llamamos Dios.

Hace ya años, el primer cosmonauta soviético que salió de la cápsula orbital, Alexis Leonov, dijo: «Me he paseado entre las estrellas y allí no me he encontrado a Dios.»

Esto es una ingenuidad. Si Leonov pensaba encontrarse a Dios entre las estrellas como a un amigo por la calle es que no tiene idea de lo que es Dios. No es que Dios no estuviera entre las estrellas. Dios estaba allí, pero a Dios no se le puede ver con los ojos, porque es espíritu, y con los ojos sólo se puede ver la materia. Hay muchas cosas que existen aunque no se vean con los ojos de la cara.

Actuó como un sordo en un concierto. Se levanta la gente aplaudiendo entusiasmada ante la maravillosa interpretación de la Quinta Sinfonía de Beethoven, y el sordo se queda impasible. No se ha enterado

de nada. Sin embargo, la interpretación fue magnífica. Lo mismo le pasó a Leonov.

La ciencia descubre a Dios detrás de cada puerta que abre

Vamos a dar un paso más.

El camino lógico para ir a Dios es la fe, pero vamos a ver cómo también la ciencia lleva a Dios. La ciencia confirma la fe.

No es que creamos sólo por lo que dice la ciencia. Creemos porque Dios nos ha hablado. Pero nos alegramos de que la ciencia moderna nos confirme las cosas que ya sabíamos por fe.

Me voy a fijar en una frase que dijo el papa Pío XII en un congreso internacional de hombres de ciencia: «La ciencia moderna descubre a Dios detrás de cada nueva puerta que se abre.»

El hombre progresa, el hombre investiga, el hombre va descubriendo más verdades, va profundizando en la ciencia; y según el hombre va profundizando en la ciencia va encontrando a Dios. La ciencia me proporciona datos que confirman la fe.

Antes de seguir adelante he de advertir que, cuando hablo de ciencia, hablo de verdadera ciencia. No hablo de una hipótesis de trabajo que puede proponer un científico, que todavía no es ciencia definitiva, porque no tiene una comprobación experimental suficiente. Hablo de la ciencia ya comprobada y confirmada, de las verdades científicas definitivas. No hablo de hipótesis científicas porque las hipótesis científicas pueden ser pasajeras, y lo que hoy es hipótesis mañana puede arrumbarse en el olvido.

En cambio, la verdadera ciencia vale lo mismo hoy que hace mil años, que dentro de mil años. El principio de Arquímedes, como verdadera ciencia, es inmutable. Lo mismo hoy, que trescientos años antes de Cristo, cuando Arquímedes dijo que «todo cuerpo sumergido en un fluido recibe un empuje hacia arriba igual al peso del volumen del fluido que desaloja». Este principio vale lo mismo para la flotación de las galeras del Imperio romano que para los grandes superpetroleros de hoy.

En el siglo pasado se decía que la ciencia se oponía a la fe. Los nuevos descubrimientos científicos y el vertiginoso avance de la técnica perturbaron a algunos. Con la euforia de los nuevos descubrimientos quisieron que la religión se arrodillara ante la ciencia. La ciencia era el

dios del futuro. Creyeron que la religión era algo ya superado. El progreso técnico trajo a la vida un cambio tan grande que se quedaron perplejos. Tengamos en cuenta que la revolución técnica ha sido cosa de cien años.

Si le quitamos a nuestra civilización actual la electricidad, el ferrocarril, el automóvil, el avión... Es decir, si reducimos nuestra vida a movemos a base de caballo y a alumbrarnos a base de quinqué, ¿qué queda de nuestra vida moderna? Pues así ha estado la Humanidad hasta hace cien años.

Los antropólogos estudian los restos humanos, y han descubierto restos humanos que datan de hace más de un millón de años. Esto es interesante. Hace más de un millón de años que el hombre pisa la Tierra, y el hombre hasta hace cien años no conocía otro medio de locomoción que el animal: sea el elefante, sea el camello, sea el caballo o el burro. ¡Hasta hace sólo cien años!

Antiguamente, cuando se quería ir a Madrid, no se tenía otro vehículo que la diligencia. No había más. Había que ir a base de caballo. Y en toda la historia de la Humanidad, hasta hace cien años, no había otra cosa. El ferrocarril procede de mediados del siglo pasado. El automóvil, de finales del siglo pasado. El avión, de principios de este siglo. Los hermanos Wright volaron en avión por primera vez en el año 1903. Y fijaos la velocidad con que han progresado el ferrocarril, el automóvil y el avión. ¡Cuánto ha progresado el hombre en cien años en medios de locomoción!

¡Y en cuanto a medios de comunicación!

Felipe II tardó un mes en enterarse del resultado de la batalla de Lepanto. Y hoy podemos ver en directo por televisión, mientras está ocurriendo, una carrera de coches en Francia, o la salida de las lanzaderas espaciales americanas.

Pero hasta hace cien años no había televisión, ni radio, ni teléfono, ni nada. Las noticias sólo podían llegar por carta.

Mucho se ha transformado la vida del hombre. Y no digamos nada de lo que se transformará. Las perspectivas que tiene el progreso gracias al láser son inmensas. Y veremos lo que Dios tiene reservado para el progreso de la Humanidad.

Vamos a una velocidad vertiginosa en el progreso técnico. Hay una anécdota que confirma lo que estoy diciendo.

Me dijo un ingeniero que hace unos años en Dunkerque, Francia, se inauguró una monumental planta siderúrgica. El mismo día de la inaugu-

ración ya no era moderna, porque se acababa de inventar el método de colada continua, que hacía anticuada la maquinaria que se había instalado en aquella planta siderúrgica. ¡El mismo día de la inauguración quedó anticuada, porque ya había métodos más modernos!

Ésta es la velocidad del mundo moderno. La velocidad de la técnica. Se construye algo y antes de un año se queda obsoleto, atrasado, porque ya se ha inventado otra cosa más rápida, más económica o más práctica.

Y bien. ¿Por qué quería insistir en esto? Para que comprendamos que cuando en el siglo pasado el hombre empieza a hacer los descubrimientos científicos y empieza el progreso técnico, el hombre empieza entonces a adorar la ciencia, y a la diosa razón, y el hombre empieza a creer que la auténtica religión hay que arrumbarla, porque es una atadura para la ciencia. La ciencia era la religión del porvenir. Ya Dios no es necesario. La ciencia lo explica todo. ¡Eso decían algunos en el siglo pasado! Hoy, gracias a Dios, estamos de vuelta.

El filósofo alemán Max Scheler dice: «El hombre, o cree en Dios o se crea un ídolo.» Ese ídolo será la política o el Estado, o la raza, o el dinero, o una mujer. Pero el hombre tiene que creer en algo. Añade Max Scheler: «El hombre necesita algo que adorar. El hombre es esencialmente religioso. Por eso, para que el hombre crea en Dios, hay primero que derribar el ídolo que él ha levantado en lugar de Dios.» Esto es lo que dice Max Scheler. En muchos de los que dicen no creer en Dios no sería difícil encontrar el ídolo al que adoran en lugar de Dios. No porque la fe no sea razonable, sino porque la adoración de su ídolo les impide adorar al Dios verdadero.

La ciencia lleva a Dios

Vamos a ver ahora cómo la ciencia nos lleva a Dios.

Hoy los hombres de ciencia saben que la religión no sólo no se opone a la ciencia, sino que las dos se ayudan mutuamente.

Max Planck, premio Nobel de Física, uno de los hombres más notables de nuestro tiempo por su teoría cuántica, pronunció esta frase: «Jamás puede haber oposición entre la religión y la ciencia, porque una es complemento de la otra.»

Es interesante que un hombre de ciencia hable así; la religión no se opone a la ciencia.

Es más, la religión, la fe, ayuda a la ciencia. Porque como no puede haber oposición entre fe y ciencia, cuando la ciencia tiene en cuenta la fe, tiene la suerte de no desviarse por caminos equivocados. Es como las vías del tren que lo conducen por su camino; pero eso no es obstaculizar, es facilitar el camino. El tren, fuera de la vía, no da un paso.

No puede haber oposición entre ciencia y fe porque las dos vienen de Dios. ¿Qué es la fe? Fe es el conocimiento de las verdades de la religión, que Dios nos revela. Yo creo porque acepto unas verdades de religión que Dios me comunica, que Dios me transmite. Yo las acepto. Yo creo. Yo me fío. Esto es fe. Esto es religión. El conjunto de verdades religiosas que Dios me comunica.

¿Qué es ciencia? El conocimiento de las leyes que Dios ha puesto en la naturaleza. Las leyes de la naturaleza son objeto de la ciencia. Estudiando la naturaleza se formulan sus leyes, después la técnica las aplica para el progreso.

Pero ¿quién ha puesto estas leyes en la naturaleza? ¿Los hombres? No. Estas leyes no son de los hombres. Los hombres descubren y formulan las leyes, pero no las ponen. Newton y Kepler formularon las leyes que rigen los movimientos de los astros, pero esas leyes no las hicieron ni Newton ni Kepler. Esas leyes regían el movimiento de las estrellas mucho antes de que nacieran Newton y Kepler. Ellos sólo las deducen y formulan. Igual ocurre con las leyes de la termodinámica, la electrónica o la biología.

¿Quién hizo la ley? El que hizo el universo.

Luego ¿de quién es esa ley? De Dios. ¿Quién es el autor de la ley? Dios.

Luego, si Dios es el autor de la ciencia, porque es el que pone las leyes de la naturaleza; y Dios es el autor de la fe, porque la fe es la aceptación de las verdades de la religión que Dios ha revelado, ciencia y fe vienen de la misma Verdad, y por lo tanto no pueden contradecirse. Dios no va a contradecirse en lo que nos comunica a través de la revelación y en lo que nos comunica a través de la naturaleza.

Es imposible que la religión y la ciencia se opongan

Por eso, si alguna vez un hombre de ciencia cree haber encontrado alguna verdad que se opone a un dogma de fe, nosotros de antemano podemos asegurar que se equivoca.

¿Por qué? Porque un hombre se puede equivocar, por mucho talento que tenga. El que no se puede equivocar es Dios.

Y si Dios te revela un dogma de fe, podemos afirmar que todo hombre que crea descubrir una verdad que vaya en contra de ese dogma se equivoca. Y lo que él cree una verdad científica no pasa de ser una hipótesis particular suya que pasará con el tiempo, como han pasado tantas hipótesis que no se han mantenido porque no eran verdadera ciencia. Porque la verdadera ciencia nunca puede encontrar nada contra la fe, puesto que ciencia y fe vienen de Dios.

Como la Iglesia sabe esto, por eso apoya la ciencia, apoya el progreso. La Iglesia no tiene miedo de la ciencia porque la Iglesia sabe que la ciencia, cuanto más profundiza y avanza, más confirma la fe.

Recuerdo una conversación que tuve hace años en una factoría de Cádiz, cuando Yuri Gagarin, cosmonauta soviético, se convirtió en el primer hombre en salir del campo gravitatorio de la Tierra. El papa Juan XXIII le mandó una felicitación. Un obrero me preguntó:

—Padre, ¿cómo es posible que el papa felicite a Yuri Gagarin, que es comunista?

El papa le felicitó, aunque fuera comunista —no sé si pertenecería al partido comunista—, porque fue un héroe para la Humanidad. Yuri Gagarin arriesgó su vida para hacer avanzar los vuelos interplanetarios. Fue el primer hombre que se atrevió a salir del campo gravitatorio de la Tierra. No sabía si se le iba a parar el corazón o si se iba a morir por una subida de tensión. Se jugó la vida para que los médicos, desde la Tierra, por telemetría, vigilaran las consecuencias en su cuerpo de la ingravidez: su ritmo cardíaco, su tensión arterial. Por eso, Juan XXIII le mandó una felicitación, por la proeza que había hecho.

Años después, Yuri Gagarin murió como un auténtico héroe en Wladimir, probando un avión estratosférico. Tuvo una avería, y viendo que se iba a estrellar en la ciudad de Wladimir causando un estrago, en lugar de tirarse en paracaídas y salvarse él, se quedó en el aparato y lo estrelló en

las afueras, muriendo en el accidente. Murió en un acto heroico de caridad. Fue un héroe.

La Iglesia no le tiene miedo a la ciencia. La Iglesia sabe que los nuevos descubrimientos irán confirmando nuestra fe.

Vamos a poner algunos ejemplos de lo que estamos tratando: la ciencia confirma la fe.

Desde que los hombres leen la Biblia, todos hemos sabido que el mundo lo hizo Dios. Nuestros abuelos, nuestros tatarabuelos, etc., creían que el mundo lo hizo Dios porque lo dice la Biblia. Nada más. No tenían más datos. Pero es interesante que hoy no sólo es la Biblia la que nos dice que el mundo lo ha hecho Dios, ¡es que lo dice la ciencia!

La ciencia misma nos confirma la creación del mundo por Dios. Es una verdad religiosa confirmada por las leyes de la física.

Esto es tan serio, que el papa Pío XII, en un congreso internacional de hombres de ciencia, dijo: «La ciencia moderna confirma con la exactitud propia de las pruebas físicas que el cosmos que hoy contemplamos es obra de un Creador.» Debemos tener en cuenta que Pío XII hablaba en aquella ocasión ante científicos católicos y no católicos, y debía cuidar mucho sus palabras para no desprestigiar a la Iglesia a la que representaba.

Los hombres de ciencia han llegado a la conclusión de que el universo no es eterno. Ésta es la gran afirmación del mundo de la ciencia.

El universo eterno, la materia eterna propia de aquel ateísmo marxista, del que quedan algunos rescoldos, no tiene base científica. Marx se equivocó en esto, como en otras muchas cosas. Para barrer a Dios necesitaba suponer que el universo era eterno. Así no se necesitaba Creador. Veamos unos datos fáciles de comprender.

Todos los hombres que han estudiado un poco de estas disciplinas saben que el hidrógeno se convierte en helio en un proceso continuo e irreversible. Es decir, que el paso de hidrógeno a helio es continuo y nunca vuelve atrás. Siempre es el hidrógeno el que se convierte en helio. Por lo tanto, puesto que el paso de hidrógeno a helio es continuo e irreversible, si el universo fuera eterno, ya se habría agotado todo el hidrógeno del universo, que es limitado.

Los astrónomos saben que todavía queda hidrógeno, que se está quemando en las estrellas. Luego, si queda hidrógeno en el universo, señal de que este universo no es eterno. Si fuera eterno, ya no quedaría hidrógeno, y todavía queda.

Es más, sabemos la edad del universo. Los hombres de ciencia por distintos caminos han calculado que el universo tiene cerca de unos quince mil millones de años. No es mucho, puesto que antes había quien calculaba su edad por los quinientos mil millones de años. Pero hoy nadie va por la escala larga. Todos están por la escala corta, que es del orden de unos quince mil millones de años.

El hombre ha logrado saber que este universo no sólo no es eterno, primer paso, sino que ahora la ciencia averigua la edad del universo.

La explosión que dio origen al cosmos, el big bang, como dicen los anglosajones, ha sido confirmada por los astrónomos premios Nobel de Física Wilson y Penzias, que han recogido las microondas de la explosión del momento de la creación.

Bien, con esto queda claro que la ciencia nos confirma algunas verdades de la fe. No sólo que la ciencia nunca puede oponerse a la fe, sino que la ciencia va confirmando la fe.

El doctor Pascual Jordán, profesor de Física Teórica de la Universidad de Hamburgo, publicó un libro en el que afirma: «La física moderna ya no sostiene un concepto materialista del universo basado en la negación de Dios.»

Max Planck, premio Nobel de Física, decía: «Lo que nosotros tenemos que mirar como la mayor maravilla es el hecho de que la conveniente formulación de esta ley produce en todo hombre imparcial la impresión de que la naturaleza está regida por una voluntad inteligente y consciente del fin.» Y a Ése, a esa voluntad inteligente de la cual habla Max Planck, a Ése lo llamamos Dios.

Eddington, considerado como uno de los más grandes astrofísicos de los últimos tiempos, dice: «El principio del proceso mundial presenta dificultades insuperables, a no ser que convengamos en considerarlo como sobrenatural.»

Y Edmundo Whittaker, profesor de la Universidad de Edimburgo, se convirtió al catolicismo como fruto de sus investigaciones sobre el origen del universo.

Nuestra inteligencia nos lleva a Dios

Vamos a dar un paso más. Vamos a dejar las ciencias experimentales y vamos a entrar en la metafísica.

La metafísica necesariamente me lleva a creer en Dios. Quien estudia metafísica debe ser creyente. No es que la metafísica sea necesaria para creer en Dios. El camino del conocimiento de Dios es la fe, no la cultura. Lo que afirmamos es que la metafísica también me lleva a Dios.

¿Por qué? Porque es necesario que haya un ser que sea eterno. Los católicos sabemos que hay un Dios eterno porque lo dice la Biblia. Ahora viene la metafísica a confirmarlo.

Pensemos en el hecho de la evolución integral: un hombre viene de otro hombre; una estrella de otra estrella; unos seres vienen de otros. Todo lo que comienza debe su existencia a otro. En el universo estamos rodeados de seres que comienzan. Todo el que comienza debe su existencia a quien le pone en la existencia.

Ahora vamos al primero. Vamos al autor de todo lo demás. Y decimos: ese primer ser tiene que ser eterno.

¿Por qué? Porque si debiera su existencia a otro ya no sería el primero. Sería el segundo. El primero tiene que ser eterno. No ha comenzado nunca. Ha existido desde siempre. No puede deber su existencia a nadie. Él es el primero. No puede tener principio, porque si tuviera principio, ¿cómo comienza? Antes de existir no puede darse la existencia a sí mismo. Todos, para actuar, primero tenemos que existir. Hace cien años no existíamos ninguno de nosotros. Y hace cien años, cuando no existíamos, ¿qué podríamos hacer para existir?

Nosotros hemos existido cuando otros —nuestros padres— nos ponen en la existencia. Lo que comienza no puede darse la existencia a sí mismo, porque antes de existir nada puede hacer.

El primero tiene que ser eterno. A ese ser que no tiene comienzo le llamamos Dios. El inglés lo llama *God,* el francés *Dieu,* el italiano *Dio,* el griego *Zeos,* el hebreo *Yahvé,* el árabe *Alá,* y el ruso Bog; pero en todas las lenguas del mundo hay una palabra para llamar a ese Ser eterno, Creador del universo.

Se impone a nuestra razón la necesidad de un Ser eterno.

Si consideramos por un momento que no hay ningún ser, ni Dios ni nada: la nada absoluta, ¿cómo comienza el primero? No hay manera de que comience el primero, no puede comenzar. No habría existido nada.

Si vemos un mundo, vemos un universo, vemos unos seres que proceden unos de otros, necesariamente se nos impone a la razón la existencia de un Ser eterno que ha existido desde siempre, que nunca ha

comenzado a existir, y que es la causa de todos los seres que han comenzado a existir después: Ése es Dios.

La metafísica nos lleva a creer en Dios.

Debemos dar gracias a Dios por vivir en un siglo en el cual los descubrimientos científicos nos llevan a Dios. Nuestros abuelos creían, pero sólo por la fe. Nosotros creemos, primero por la fe, que es el camino lógico de creer, pero también por la ciencia, porque la ciencia nos lleva a Dios.

Sin embargo, no olvidemos nunca que nosotros no creemos por lo que dice la ciencia. Creemos por lo que dice Dios, que es más importante. Por la fe. Pero nos alegramos de que la ciencia moderna venga a confirmarnos nuestra fe.

3. ATEÍSMO Y CIENCIA DE HOY

A Dios se le puede conocer por distintos caminos. Hay gente que ha llegado al conocimiento de Dios por una experiencia personal, porque lo siente, porque lo vive, por una vivencia íntima. Lo ha tenido tan cerca, tan dentro de sí, que no puede dudar de su existencia. Como el que ha tenido un dolor de muelas; no necesita que le expliquen qué es.

Es el caso de san Pablo o de André Frossard, como dice en su libro *Dios existe, yo me lo encontré.* Entró ateo en una iglesia y salió católico.

Pero no es éste el único modo ni el más frecuente de conocer a Dios.

Vamos a reflexionar sobre lo que significa conocer a Dios por medio del entendimiento. No se trata de reducir la fe a la razón. La fe trasciende la razón, pero es razonable. Si no lo fuera, los creyentes seríamos unos estúpidos.

Por otra parte, ya nos lo dijo san Juan: «A Dios no lo ha visto nadie. Dios es espíritu.» Con los ojos de la cara, a Dios no se le ve. Eso no es nuevo. Eso lo sabemos de siempre. A Dios no lo ha visto nadie. A Jesucristo sí, porque Jesucristo es Dios hecho Hombre, con cuerpo de hombre; pero a Dios-Creador no lo ha visto nadie, pero esto no significa que Dios no exista.

Los ojos no ven todo lo que existe

Hay muchas cosas que existen y no se ven con los ojos de la cara. Los ojos no ven lo muy pequeño, y por eso necesitamos un microscopio; ni lo muy lejano, y por eso nos servimos de unos prismáticos. Y, desde luego, los ojos no sirven para conocer el amor. ¿Se puede negar que existe el

amor? Si sois padres de familia, tenéis amor a vuestras esposas, a vuestros hijos. Los solteros tienen amor a su novia. ¿Quién ha visto el amor? ¿De qué color es el amor? ¿Es azul? ¿Es rojo? ¿Es verde? ¿Qué forma tiene el amor? ¿Es triangular? ¿Es cuadrado? ¿Es rectangular? Vemos personas que se aman, pero el amor no se ve. ¡Y el amor existe! Pero el amor es algo espiritual. El amor no se pesa con una balanza, el amor no se mide con un metro, porque la balanza y el metro sirven para pesar y medir cosas materiales. Existe amor y existen grados de amor. Hay quien ama mucho y hay quien ama poco.

Ni el telescopio sirve para ver a Dios ni el microscopio para ver a Cristo en la Eucaristía. Tampoco el ojo capta una sinfonía de Beethoven ni el oído admira un cuadro de Velázquez. Para cada conocimiento es necesario el órgano adecuado.

Los sentidos son una fuente de conocimientos, pero no son la única ni la mejor. Cuando Descartes dice: «pienso, luego existo» hace un razonamiento totalmente válido, aunque sea al margen de los sentidos.

Los sentidos ayudan a la inteligencia, que opera con los datos que éstos le proporcionan. Los mismos sentidos se complementan mutuamente para la percepción de la realidad, pero solos no bastan.

Hay cosas que nuestros ojos no ven pero existen. Así es Dios. Dios es algo espiritual a quien no vemos, pero lo vamos a conocer por el entendimiento. Y lo que conocemos por el entendimiento vale más que lo que conocemos por los ojos.

Los ojos muchas veces nos engañan. Muchas veces ves una cosa con los ojos, y parece lo que no es. Y no sólo ocurre con fantasmas sino también con cosas corrientes. Miramos la luna llena, y ¿qué vemos en el horizonte? Un gran disco rojo precioso. Los ojos, ¿qué nos dan? Un disco. Lo que nos dan los ojos es que la luna es como un plato. Sin embargo, la luna es esférica. Nosotros, mediante el estudio, sabemos que la luna es esférica como una pelota. ¡Los ojos nos engañan!

Si en invierno nos asomamos de noche a contemplar el cielo estrellado, detrás del gigante Orion vemos la preciosidad de Sirio, una de las estrellas más inestables que conocemos. Pues puede que lo que estemos viendo ya no exista. Sirio ha podido haber explotado y todavía no lo percibimos, puesto que la luz de la explosión tardará ocho años en llegar a nosotros. Está a ocho años luz. Podemos estar viéndola y que ya no exista.

Muchas veces lo que vemos con los ojos es mentira, y tenemos que usar el entendimiento para tener una noción clara de la verdad, porque los

ojos pueden engañamos. Por eso digo que cuando conocemos una cosa con el entendimiento tiene más fuerza que cuando la conocemos sólo con los ojos.

Nosotros vamos a conocer a Dios por el entendimiento, porque si conocemos algo mediante el entendimiento bien aplicado podemos estar seguros de que no nos equivocamos. Pongamos un ejemplo.

Si alguien me demostrara matemáticamente que el hijo es más viejo que su madre, aunque yo no supiera dónde está el tallo de la demostración, no por eso me dejaría convencer, pues mi entendimiento me advierte claramente que se trata de un engaño, porque yo sé que es imposible que el hijo sea mayor que su madre.

Si yo digo: «No he contado las estrellas del cielo, no sé cuántas hay; pero me atrevo a afirmar que el número de estrellas es...» ¡No las he contado!, pero estoy convencido de que nadie me puede convencer de lo contrario si afirmo que el número de las estrellas es par o impar.

Claro, si no es par, es impar. Porque en vuestro entendimiento sabéis que el número que sea, cualquiera que sea, o será par o impar. El entendimiento lo comprende y no hay vuelta de hoja.

Si digo: «el todo es mayor que su parte» me das la razón. Con el entendimiento caes en la cuenta de que el todo es siempre mayor que su parte. El conjunto de la humanidad es siempre mayor que parte de la humanidad. Leer un libro entero siempre es más que leer una parte del libro.

Estos conocimientos que adquirimos con el entendimiento bien aplicado tienen mucha más fuerza, más firmeza, más seguridad, que las cosas que vemos con los ojos. Lo comprendemos con tanta claridad y con tanta seguridad que tenemos la certeza de que nunca nadie puede convencernos de lo contrario.

Por lo tanto, aunque a Dios no se le ve con los ojos de la cara, no importa. Lo conocemos con el entendimiento, que tiene más fuerza todavía.

El conocimiento de Dios mediante la inteligencia

Vamos, pues, a conocer a Dios por el entendimiento.

Dice san Pablo, en el capítulo primero de la carta a los Romanos (1, 18-21), que «es inexcusable que no conozcamos a Dios al ver las maravillas de la naturaleza». Y en el libro de la Sabiduría se dice más. Al principio del capítulo trece dice: «El que después de contemplar la naturaleza no cree en Dios es un necio.» ¡Un necio! Palabra de Dios, lo dice la Santa Biblia.

¿Por qué? Porque si tenemos entendimiento, al conocer la naturaleza, tenemos que caer en la cuenta de que hay un Dios. ¿Por qué? Porque la naturaleza me enseña que tiene que haber alguien que la haya hecho. La naturaleza es tan maravillosa, la naturaleza tiene unas leyes tan complicadas, la naturaleza hace unas cosas tan fenomenales, que no tenemos más remedio que pensar en el talento del que ha hecho la naturaleza.

Un catedrático de Madrid, el doctor Meléndez, decía en un artículo: «Quien estudiando la naturaleza desconoce a Dios, Autor de la naturaleza, es lo mismo que el que examina y observa una máquina automática e ignora al ingeniero que la ha proyectado.»

Visitando una empresa, me enseñaron un torno automático de seis cuchillas que hacían al mismo tiempo cada una una cosa distinta. El obrero solamente supervisaba el trabajo, que la máquina hacía de manera correcta. ¿Habrá algún necio que diga: ¡qué talento tiene esta máquina!, ¡qué máquina tan inteligente!?

No. La máquina no tiene inteligencia. La máquina es de hierro, y el hierro no tiene inteligencia. La inteligencia es del ingeniero que ha proyectado la máquina, y del obrero que la ha preparado. La máquina funciona, hace piezas muy difíciles, pero no piensa. El talento es del ingeniero.

De la misma manera, examinamos la naturaleza y vemos que hace cosas excelentes, pero la naturaleza no tiene talento. Es materia, y el talento es de orden espiritual. El talento lo tiene el que ha hecho la naturaleza.

Cuando estudiamos la naturaleza y vemos, por ejemplo, las leyes matemáticas que rigen el cosmos, nos quedamos admirados. Por eso decía James Jeans, astrónomo norteamericano contemporáneo: «El cosmos es obra de un Gran Matemático.» Por eso dice la Biblia: «Los cielos cantan la gloria de Dios», porque cuando estudiamos el cosmos y caemos en la cuenta de la técnica matemática que rige el movimiento de las estrellas no tenemos más remedio que reconocer la inteligencia del Autor del cosmos.

El movimiento de las estrellas fue formulado matemáticamente por Newton y Kepler, pero ellos no hicieron las leyes del movimiento de las estrellas. El hombre no hace las leyes de la naturaleza, las encuentra en ella. Entonces tenemos que pensar en ese matemático que ha puesto las leyes matemáticas en la naturaleza. Ése es Dios.

Lo mismo podríamos decir de las leyes químicas. Oparin, un soviético, explicaba en un libro cómo pudo ser químicamente el origen de la vida. Y pudo ser así, es una hipótesis. Él opina que una combinación de metano, amoníaco y vapor de agua, con unas descargas eléctricas formaron los primeros aminoácidos, los primeros ácidos nucleicos, que son la base de la vida. El libro se llama *El origen de la vida.* Está lleno de fórmulas químicas y de leves químicas. Muy bien, señor biólogo, usted me explica cómo ha comenzado la vida en el mundo. Bien. Pero esas leyes químicas ¿no suponen una inteligencia? Pues a ese Ser inteligente que ha hecho las leyes químicas que han dado origen a los ácidos nucleicos, a los aminoácidos, a las proteínas y a la evolución de la vida, a esa inteligencia que ha puesto esas leyes en la naturaleza, a Éste le llamo Dios.

Pensemos en la función clorofílica de las plantas. La hoja verde es una fábrica de oxígeno, un laboratorio de química. Transforma el anhídrido carbónico que expulsamos al respirar en oxígeno con la luz del sol. Gracias a la función clorofílica de las plantas no se agota el oxígeno de la atmósfera que gastamos al respirar. La función clorofílica de las plantas se realiza de acuerdo con unas leyes.

Mediante el estudio de las leyes químicas que hay en la naturaleza, yo descubro a Dios, veo a Dios detrás de esas leyes.

De igual manera ocurre con las leyes biológicas; por ejemplo, la maravilla de la gestación de una criatura. ¿Acaso no es maravilloso que de la unión de un espermatozoide microscópico masculino y de un óvulo microscópico femenino a los nueve meses nazca un niño que se parece a su madre o que tiene el genio de su padre? Decía la madre de los Macabeos, cuando iban a martirizar a sus hijos: «Hijos míos, sed fieles a Dios, que a Él le debéis la vida. Que yo os he formado en mis entrañas y no sé cómo os he formado; y no sé cómo os he hecho; ha sido Dios quien os ha formado en mis entrañas.»

El médico, el ginecólogo, estudia el desarrollo de un feto y sabe cuándo el embarazo va bien y cuándo va mal. Hay unas leyes que lo rigen, pero los hijos nacían así muchísimos años antes de que los médicos supieran cómo se desarrollaba el embarazo. Ha habido alguien que ha

hecho unas leyes que rigen el desarrollo de una vida en el seno de su madre.

Si un día naufrago en alta mar y, agarrado a un madero, llego a una isla desierta, y allí me encuentro una cabaña, aunque yo no vea a nadie, a ningún hombre, ninguna huella de hombre, si me encuentro una cabaña sé que es obra de un hombre. Si yo en esa isla me encuentro unas estacas clavadas en el suelo, unos palos en forma de techo y una puerta giratoria, aunque no vea a ningún hombre, yo sé que esa cabaña es obra de la inteligencia de un hombre. Sé que esa cabaña no se ha formado al amontonarse los palos caídos de un árbol. Porque los palos caídos de un árbol no forman una cabaña sino un montón de leña. No ves al hombre, pero lo reconoces al ver la obra del hombre.

A Dios no se le ve con los ojos, pero lo reconocemos con nuestra inteligencia, porque al ver las maravillas de la naturaleza caemos en la cuenta de la inteligencia de ese que ha hecho el universo, de ese que ha hecho la naturaleza; y a Ése le llamamos Dios.

¿Cómo es que hay hombres de ciencia ateos?

Si esto es así, ¿cómo es posible que haya hombres de ciencia ateos? Habrá hombres de ciencia ateos, pero su ateísmo hay que buscarlo por otros caminos, no por razones científicas; porque no hay ningún argumento científico que demuestre que no hay Dios; en cambio hay muchas razones científicas que apoyan la fe del creyente.

Entonces ¿por qué hay hombres ateos? Vamos a analizar un poco por qué hay hombres ateos, hombres que no creen. ¿Cuáles son los caminos que llevan al ateísmo?

Analicemos las distintas clases de ateos.

Primero: hay hombres que son ateos por ignorancia, porque no saben religión. ¡Pero si es una eminencia en matemáticas, o en química! ¡De acuerdo! Es una eminencia en un ramo de la ciencia, pero de religión sabe muy poco. Sabrá mucha química, mucha biología y mucha medicina, pero si no sabe religión, ¿cómo le va a convencer lo que ignora? Si no estudia religión, no sabe religión. Y entonces ¿por qué no es católico? ¿Por qué vive de espaldas a la religión? Porque no sabe de religión. No le puede convencer lo que no conoce. Muchos hombres de ciencia son ateos porque son ignorantes en el terreno religioso.

Segundo: otros tienen una formación religiosa infantil. Saben de religión lo que estudiaron cuando niños, y no han vuelto a estudiar. Y ahora que se han hecho mayores y han aumentado su cultura general, sólo conservan las nociones de religión que aprendieron de niños. ¿Cómo van a resolver sus problemas de hombre con soluciones de niño? Y entonces la religión no los convence. Un adulto necesita otros enfoques, otra argumentación. Es como el traje de primera comunión, se le ha quedado pequeño. Cuando hizo la primera comunión le quedaba bien, pero no se lo puede poner ahora. La formación religiosa recibida de niño, para niño iba muy bien; pero ahora, de hombre, tienes que saber religión a lo hombre, no a lo niño. Por eso, el que se ha quedado con una formación religiosa infantil se llena de problemas, de dudas y de dificultades.

Otros dicen: «Yo es que no acepto dogmas; y la Iglesia es dogmática.»

Es verdad. La Iglesia nos impone dogmas. Tenemos que aceptar sus verdades. Pero no somos libres para pensar lo que queramos. Tenemos obligación de pensar la verdad. Si pensamos la mentira, estamos equivocados. Nadie es libre de pensar lo que quiera. Y en todas partes hay verdades dogmáticas, verdades indiscutibles, verdades obligatorias. Todos los médicos del mundo tienen obligación de decir que el órgano de la visión es el ojo. Ningún médico es libre de decir que el órgano de la visión es la nariz. Todos tienen que decir que vemos con los ojos.

Todos los químicos del mundo tienen que decir que la fórmula del agua es H_20. Ningún químico es libre de decir que la fórmula del agua es ClNa. Ésta es la fórmula de la sal común, no del agua. Todos los químicos del mundo están obligados a decir que el agua es H_20, y no son libres de decir lo contrario.

Todos los matemáticos del mundo están obligados a decir que π es 3,1416, y ningún matemático del mundo es libre de decir que π es 8,2452. No, porque si π es la relación de la circunferencia al diámetro, que es una constante, y en el sistema decimal es 3,141592... Todos los matemáticos lo aceptan y ninguno es libre de decir lo contrario.

En matemáticas, en física, en química, en medicina, y en religión, en todos los campos del saber, hay verdades indiscutibles.

La moral católica y las dudas contra la fe

«Pero es que la moral católica es represiva. No me deja hacer lo que me apetece.»

La moral católica no es represiva, sino que ayuda al hombre a que se realice como hombre, y no se deje llevar por el instinto animal. La moral católica no quita la libertad al hombre, sino que le ayuda a que la use bien. Es como las vías del tren. Le obligan a ir por un camino, pero no le impiden avanzar. Le ayudan a llegar, le impiden que se despeñe. Le ayudan al bien, le defienden del mal. La moral católica quita libertad para lo malo, no para lo bueno. Señala el camino para que el hombre se realice y cumpla su misión en la vida. Le impide que viva como un animal, como una fiera. Le ayuda a ser persona humana y a convivir con sus semejantes.

Dios quiere el bien del hombre. Si todos los hombres cumplieran los mandamientos, la vida sería un pedazo de cielo. Nadie haría daño a nadie, y todos nos comportaríamos con los demás como nos gustaría que los demás se portasen con nosotros.

Cuando Cristo dice que el reino de los cielos es una perla preciosa que merece dejarlo todo por conseguirla, no nos engaña.

Otros no creen porque tienen dificultades. Tienen dudas. Tienen oscuridades. Tienen problemas. Tienen incógnitas. Bien. Todos podemos tener dudas y dificultades. Consiste en estudiarlas, en aclararlas. Pero tener dificultades no significa que la religión no sea verdad. Significa que nuestro entendimiento es limitado. Lo mismo que podemos tener dudas en electrónica, medicina o astronomía. Un físico advierte oscuridades sobre algunos puntos de la física, como los agujeros negros del cosmos; pero no por eso reniega de la física. Un médico tiene problemas insolubles en medicina, como el cáncer, pero no por eso reniega de la medicina. Un hombre puede tener dudas de fe y ser creyente, porque la religión es verdad a pesar de las dudas. Se puede conocer la realidad de un hecho aunque haya oscuridades sobre su fenomenología. La televisión es un hecho aunque alguien no entienda cómo una antena recoge la transmisión en el tejado de su casa.

El ateo podrá tener sus dudas, problemas, oscuridades, pero nunca un ateo puede estar tan seguro de que no hay Dios como lo está un creyente de que lo hay. El ateo será ateo porque tiene dudas, problemas, pero convencido de que no hay Dios no puede estarlo. No tiene argumentos. En

cambio, nosotros podemos estar convencidos de que hay Dios. Después lo veremos.

Ateos porque la religión tiene misterios

Hay otro tipo de hombres que no aceptan la religión porque tiene misterios. Por ejemplo: la Eucaristía. No entendemos la Eucaristía. Nosotros sabemos que Cristo está en la Eucaristía, pero lo sabemos porque Él nos lo ha dicho. No porque lo entendamos. A Cristo no se le ve en la Eucaristía, pero sabemos que Cristo es Dios y sabemos que Cristo tomó un pedazo de pan y dijo: «Esto es mi cuerpo.» Como yo sé que Cristo es Dios, v que puede hacerlo, yo me fío de Él, pero no lo entiendo. ¿Cómo voy a entender que en la Sagrada Forma esté Dios? Lo creo pero no lo entiendo: es un misterio.

Hay personas que no creen en la Biblia y después creen en cosas menos evidentes. Porque hay montones de cosas en la vida que no se entienden, y aun así se creen. Si no saben electrónica, ¿cómo se explican que dándole a un botón de la televisión salga un señor leyendo noticias en Madrid, o un partido de fútbol en Valencia? Y, sin embargo, aceptan el hecho de la televisión.

O el que sabe electrónica no sabe medicina. Le duele algo y va al médico y le dice: ataque de apéndice. Y va al quirófano. Y él ¿qué sabe si es ataque de apéndice o cólico nefrítico? Se fía del médico, que sabe si es apéndice o cólico nefrítico. ¡Se tiene que fiar de él!

Y el médico se fía del piloto. Va en avión, y el médico sabe medicina, pero se asoma a la cabina del avión y empieza a ver relojes: un vacuómetro, un tacómetro, un manómetro, un altímetro, etc. El piloto, que los entiende, vigila la compresión del motor, las revoluciones por minuto, la altura, la presión del aceite. Y el piloto se fía del médico, y el médico y el piloto se fían de la cocinera, porque no todos sabemos distinguir las setas venenosas de las comestibles. Si vamos a tener que analizar cada alimento que nos ponen para saber que no está envenenado, no podríamos comer. Tenemos que fiamos unos de otros. Y resulta que un hombre que se fía del médico, del piloto y de la cocinera, después no se fía de Dios.

Pero es más. Es que el hombre que no cree en Dios tiene que creer cosas mucho más inexplicables que los que creemos en Dios. Los que creemos en Dios tenemos explicación para muchas cosas que sin Dios no tienen explicación. Los que no creen en Dios no pueden explicárselas, por

eso recurren a la salida cómoda del «no sé», propia del agnosticismo. Como no quieren creer en Dios, rechazan la razón que hay para creer y prefieren quedarse en la cómoda ignorancia del «no sé». Pero esta postura del agnóstico supone muchas más «tragaderas».

El catolicismo tiene misterios: la Eucaristía, la Trinidad, la redención, la virginidad de María... Para el no católico existen muchos más misterios. Porque si quitamos a Dios, la vida tiene muchas cosas que no se explican. Por eso dice Solzhenitsin: «Señor, qué fácil me es creer en Ti; porque si prescindo de Ti, la vida está llena de oscuridades, llena de incógnitas, llena de cosas inexplicables.»

De otro premio Nobel de Medicina, Alexis Carrel, es esta frase: «No soy tan crédulo como para ser incrédulo.» Porque el incrédulo, el que no cree en Dios, tiene que dar por inexplicables muchas más cosas que el creyente, que el que cree en Dios. Por lo tanto decimos que somos creyentes porque realmente es muy razonable creer en Dios.

Los ateos afectivos

Otro tipo de ateo es el que se aparta de Dios por razones afectivas. A algunos no les conviene creer en Dios porque la religión exige mucho. Los estorba. Si creemos en Dios, nos obliga una moral, nos obliga una honradez, nos obliga una rectitud. Por no querer adaptar nuestra vida a la fe, tiramos la fe por la borda. Decimos: «Yo no creo en Dios, y así vivo a mis anchas: hago lo que me da la gana, lo que me apetece, lo que me conviene.»

Si hay Dios, el que tú lo niegues no lo destruye. Dios sigue en su sitio. Dice la Biblia, en el capítulo segundo del libro de la Sabiduría: «Los que quieren gozar en este mundo como si no hubiera otra vida se equivocan; pues Dios ha hecho al hombre para la inmortalidad.» Dios sigue igual. Lo aceptemos o no lo aceptemos. Dios no desaparece.

Voy a contar un cuento. Iban un día de paseo dos peces por el mar. Y un pez le dice al otro:

—Oye, ¿ves esa lombriz? Pues fíjate: está colgada de un hilo. Y en la punta del hilo hay una caña. Y esta caña está en manos de un hombre. Y ese hombre está esperando a que uno de nosotros se lance a por la lombriz, para engancharle, y a la sartén.

Y el otro, que se las daba de muy enterado, que no creía nada de lo que le decía su compañero:

—Bueno, ¿y tú crees en el cuento de la sartén? ¡Pero si es un cuento de viejas! ¡Si eso lo contaba mi abuela! Yo, un pez moderno en el siglo de la técnica, ¿me voy a creer cuentos de viejas? ¿Quién ha vuelto de la sartén para contarlo? ¿No quieres la lombriz? ¡Tú te la pierdes! ¡Mía es!

Y ese pez «listillo», que no creía cuentos de viejas, que se reía de todo eso, se lanzó a por la lombriz, y lo engancharon y ¡a la sartén! Porque el cuento de la sartén no es mentira porque él diga que es mentira. Existe la sartén y los hombres que comemos pescado frito.

Y es que las verdades son muy antiguas. Hace mucho tiempo que dos y dos son cuatro. Y no por eso dejan de ser cuatro. Lo que es verdad lo fue ayer, lo es hoy y lo será mañana... Y el infierno que fue verdad para los abuelos será también verdad para los nietos. Las verdades dogmáticas no pasan con el tiempo. Son verdad siempre. La solución es cuestión de cien años. Cien años pasan pronto. Nos habremos enterado todos. Los que creemos nos encontraremos con lo que creemos y los que no creen se encontrarán que se han equivocado. Pero todos nos vamos a enterar, porque la muerte nos lo aclara todo.

Ateos a causa del mal ejemplo

Hay otro tipo de hombres que no creen porque han tenido la desgracia de recibir el impacto del mal ejemplo de un mal católico. Esto ocurre. Dicen: «Si ése es católico, y hace esto y hace lo otro, pues yo no quiero ser como ése.»

O de un mal sacerdote. Quiera Dios que nunca en la vida tengáis la desgracia de tropezar con un mal sacerdote, porque los hay. Si entre los doce apóstoles hubo un Judas, entre los cuatrocientos mil sacerdotes que hay hoy los habrá. Quiera Dios que nunca tropecéis con uno, porque os quitan la fe; y la fe es lo que más vale en el mundo. Ojalá que todos los sacerdotes fueran «otro Cristo». Tienen la obligación de serlo. Y el que en lugar de ser otro Cristo en la Tierra, lo que hace es acabar con la fe de la gente con su mal ejemplo y con lo que dice, ése tiene una enorme responsabilidad. Por eso, cuando un hombre ha tenido la desgracia de recibir el impacto de un mal sacerdote, instintivamente da la espalda a todo lo que ese sacerdote significa. Sin embargo, esa actitud tampoco soluciona

nada. Porque si ése es un mal sacerdote, será su problema, pero no te justifica a ti.

El hecho de que haya malos sacerdotes no es razón para alejarse de la Iglesia. Si alguien se tropieza con un mal médico busca otro médico que sea bueno, pero no se aparta de la medicina. Si llevamos nuestro coche a un taller y lo arreglan mal, se busca otro taller, pero no nos quedamos con el coche estropeado. Exactamente lo mismo se ha de hacer con los sacerdotes. Si se da con uno que no cumple, se busca otro mejor.

Supuesto esto, resumamos lo hasta ahora visto.

Hay hombres de ciencia que son ateos; pero su ateísmo hay que buscarlo por otros caminos, no por razones científicas. No hay ningún argumento científico que demuestre que no hay Dios. En cambio hay muchas razones científicas que apoyan la fe del creyente.

Si hubiera razones científicas que impidieran creer en Dios, no habría hombres de ciencia creyentes. Cuando nos encontramos grandes hombres de ciencia creyentes es porque la ciencia no es obstáculo para creer.

Vamos a ver algunos ejemplos. No voy a referirme a sabios del siglo pasado, como Volta o Ampère (que dieron sus nombres a las medidas eléctricas voltio y amperio), que eran creyentes. Me voy a referir a sabios de nuestros días que son creyentes.

Von Braun, el cerebro de los vuelos espaciales americanos, era creyente y rezaba todos los días.

Otro gran talento, Heisenberg, premio Nobel de Física. Uno de los talentos más grandes del siglo. Descubrió la fórmula unitaria de los tres campos energéticos: gravitatorio, electromagnético y nuclear. Es una fórmula que Einstein estuvo buscando toda su vida y no dio con ella. Este hombre dijo que él creía en Dios, que él sabe que Dios es el Autor del cosmos.

Max Planck, premio Nobel de Física, autor de la teoría cuántica, un genio. También él creía en Dios. Paul Dirac, premio Nobel de Física, profesor de Cambridge, en un discurso durante un congreso internacional de premios Nobel —él. premio Nobel, a hombres premio Nobel— en Lindau, Alemania, afirmó que él creía en Dios, Autor del universo. Premios Nobel de este siglo, grandes talentos que creen en Dios.

Debemos dar gracias a Dios porque, sin merecerlo, hemos nacido en un país católico y en una familia católica, y hemos recibido una educación en la fe. Nosotros, desde pequeños, hemos creído en esas verdades en las

que creen los grandes talentos que hoy tiene la humanidad. Quizá ellos llegaran a esta conclusión después de muchas horas de estudio y reflexión. Nosotros nos lo hemos encontrado. Quizá sepamos menos de ciencia que otros, pero tenemos más fe, que es más importante. Demos gracias a Dios, no somos ateos, somos creyentes.

4. HISTORICIDAD DE LOS EVANGELIOS

Eleazar Sukenik, profesor de Arqueología en la Universidad Hebrea de Jerusalén, recibió un día el aviso de un amigo suyo, anticuario armenio, que quería verle urgentemente.

Como vivían en Jerusalén en dos zonas militares distintas y no tenían pases, las entrevistas se realizaban a través de la alambrada de púas. El armenio le preguntó al judío si le interesaba lo que le estaba enseñando: un trozo de cuero con escritura en hebreo.

Veamos qué había en aquel escrito.

Los manuscritos de Qumran

Un pastor beduino, en la orilla del mar Muerto, un día pierde una cabra. Buscando la cabra, encuentra unas cuevas en el tajo de un monte. Con el fin de ver si la cabra se había metido en aquellas cuevas, tira algunas piedras dentro. Las piedras rompen unas ánforas. Al oír aquel ruido, sube a la cueva y se encuentra unas tinajas con unos rollos de pergamino escrito.

Ya que los pastores no entendían aquello que habían encontrado, se dirigen a un anticuario para ver cuánto les daba a cambio.

El anticuario no sabe si eso tiene valor o no, y entonces se entrevista con Eleazar Sukenik, profesor de Arqueología en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Este hombre se da cuenta de que aquello es interesante y va a verlo.

Lo que había en aquella cueva de Qumran era una parte de una biblioteca de un monasterio de esenios.

Los esenios eran una especie de monjes judíos antiguos.

Al parecer, durante la guerra del año 70, para salvar la biblioteca introdujeron los rollos en ánforas y las escondieron allí, donde permanecieron durante más de dos mil años.

Los rollos eran los libros de entonces, que no tenían la forma y encuadernación que tienen ahora. En aquel tiempo, los libros eran unas tiras de papiro pegadas y enrolladas en un cilindro.

Examinados, se vio que unos eran crónicas de guerras; otros, las reglas del monasterio de esenios; otros, fragmentos de la Biblia: del Pentateuco, de los Salmos, de los Profetas, etc. Por ejemplo, el texto del profeta Isaías está completo.

Estos textos coinciden perfectamente con los utilizados por los hebreos y cristianos de hoy.

Este fragmento se mandó a la Universidad de Chicago para que lo analizasen al carbono-14, el método para averiguar la antigüedad de la materia orgánica.

Es una joya. Ha sido un gran descubrimiento.

Esto es un gran paso de la ciencia a favor de la fe.

Nosotros teníamos en la Biblia la profecía de Isaías. Nosotros creemos en el profeta Isaías porque es un libro inspirado y sabemos que es de fe.

Y ahora resulta que encontramos un libro que ha estado escondido dos mil años en una cueva y sigue al pie de la letra la profecía de Isaías.

Ha supuesto un apoyó magnífico de la ciencia arqueológica en favor de nuestra fe.

El papiro 7Q5

En 1972, el padre José O'Callaghan, jesuíta español papirólogo, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma y decano de la Facultad Bíblica del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y de la Facultad Teológica de Barcelona, descifró unos fragmentos de papiros encontrados en la cueva 7 de Qumran (mar Muerto). Se lo identifica así 7Q5. Se trata del texto de San Marcos 6, 52 ss. En once cuevas aparecieron seiscientos rollos de per-

gaminos. En estos manuscritos, que se descubrieron en 1947, han aparecido textos del Éxodo, Isaías, Jeremías, etc. De casi todos los libros del Antiguo Testamento. El texto descifrado por el padre O'Callaghan es un fragmento del Evangelio de san Marcos enviado a Jerusalén por la cristiandad de Roma y que los esenios escondieron en esa cueva en ánforas, una de las cuales tiene el nombre de Roma en hebreo. Probablemente, esto ocurrió cuando la invasión de Palestina por los romanos, antes de la ruina de Jerusalén del año 70. En concreto, cuando se aproximaban las tropas de Vespasiano en el año 68. Este descubrimiento ha sido considerado como el más importante de este siglo sobre el Nuevo Testamento. En 1991 se publicó una edición facsímil con 1 787 fotografías de estos manuscritos.

Esta interpretación del padre O'Callaghan ha sido recientemente confirmada por el eminente profesor alemán de la Universidad de Oxford Carsten Peter Thiede en la prestigiosa revista internacional *Bíblica.* Thiede dice textualmente: «Conforme a las reglas del trabajo paleográfico y de la crítica textual, resulta cierto que 7Q5 es Marcos 6, 52 ss.» El 7Q5 es el papiro de O'Callaghan. Thiede ha publicado un estudio apoyando al padre O'Callaghan titulado *¿El manuscrito más antiguo de los Evangelios?* «Son cada vez más los que aceptan esta identificación», ha dicho el padre Ignacio de la Potterie, S. J., como se ha visto en el Simposio Internacional celebrado del 18 al 20 de octubre de 1991 en Eichstat, donde apoyaron esta opinión los expertos en papirología Hunger, de la Universidad de Viena, y Riesenfeld, de la Universidad de Upsala (Suecia).

El texto 7Q5 ha sido estudiado en ordenador por Ibicus de Liverpool, y se ha demostrado que esa combinación de letras, en la Biblia, sólo se encuentra en Marcos 6, 52 ss., que es el 7Q5.

El paleógrafo inglés Roberts, de la Universidad de Oxford, primera autoridad mundial en paleografía griega, antes de que se descifraran estos papiros, estudiando la grafía, afirmó que eran anteriores al año 50 d. J.C., es decir, unos veinte años después de la muerte de Jesús y diez años después que Marcos escribiera su Evangelio. Sin duda es anterior al año 68, en que fueron selladas las cuevas de Qumran, con los papiros dentro, antes de huir de las tropas de Vespasiano, que invadieron aquel territorio en el año 68. Se trata, por lo tanto, del manuscrito más cercano a Jesús de todos los conocidos.

«El descifrador de estos documentos ha manifestado que ya no puede afirmarse que el Evangelio sea una elaboración de la antigua comunidad cristiana, y que tuvo un período más o menos prolongado de difusión oral

antes de ser escrito, sino que tenemos ya la comprobación de los hechos a través de fuentes inmediatas.»

Este descubrimiento ha dado al traste con las teorías de Bultmann. La proximidad de este manuscrito al origina] echa por tierra la hipótesis de Bultmann, según la cual los Evangelios son una creación de la comunidad primitiva que transfiguró «el Jesús de la Historia» en «el Jesús de la fe». Este descubrimiento confirma científicamente lo que la Iglesia ha enseñado durante diecinueve siglos: la historicidad de los Evangelios.

La ofensiva contra la historicidad de los Evangelios comenzó con Friedrich Strauss en 1835. La renovó Ernest Renán en 1863. Modernamente, Rudolf Bultmann afirma que «no podemos saber nada sobre la vida de Jesús, pues los Evangelios son la idealización de una leyenda de generaciones posteriores». Si el 7Q5 es del año 50, esta idealización no es posible en contemporáneos.

El célebre teólogo protestante Oscar Cullmann, seguidor un tiempo de Bultmann, reconoce que se separó de Bultmann por la interpretación que éste hacía de la Biblia. Para Bultmann «el único elemento histórico de los Evangelios que quedaría a salvo es la cruz. El resto, incluida la resurrección, sería un mero símbolo».

Uno de los seguidores de Bultmann ha dicho de este descubrimiento del 7Q5: «Habrá que echar al fuego siete toneladas de erudición germánica. El lapso de tiempo que transcurre entre los acontecimientos y la composición de los Evangelios es tan breve que no permite la formación de un mito contrario a la historia.»

Recientemente, el doctor Carsten Peter Thiede ha publicado en la revista alemana *Zeitschrift Für Papyrologie,* especializada en papirología, haber descubierto un papiro con un fragmento del capítulo 26 del Evangelio de san Mateo, escrito en el siglo i de nuestra era. Se trata del Magdalen Cr. de Roma 17, por encontrarse en la Biblioteca del Magdalen College de Oxford. Fue donado por el reverendo Charles B. Huleat, antiguo alumno de este colegio, que había sido capellán de la Iglesia Británica de Luxor, en Egipto. Se trata de tres fragmentos de Mateo escritos en el año 70.

Autenticidad textual de los Evangelios, única en la literatura universal

La importancia de este descubrimiento se puede aclarar con algunos datos que lo ilustren.

Sin duda todo el mundo sabe quién es Aristóteles. Aristóteles fue un filósofo griego. Sus libros de filosofía todavía se estudian en nuestros días. Sus reglas de los silogismos siguen siendo hoy la base de todo razonamiento filosófico.

Pues el manuscrito más antiguo que conservamos de Aristóteles es 1 400 años posterior a Aristóteles y, sin embargo, hoy seguimos estudiándolo.

Muchos han oído hablar de Menéndez Pidal, premio March, historiador español de fama internacional. Menéndez Pidal ha escrito una historia de España en grandes tomos.

Menéndez Pidal, una autoridad en historia, cita en su *Historia de España* a Tácito, y se fía de Tácito, y hace unas afirmaciones basadas en Tácito, a pesar de que el códice más cercano a Tácito que conservamos es 1 340 años posterior a Tácito.

Otro dato. Mommsen fue un catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Berlín, premio Nobel de Historia. Él decía del historiador griego Polibio que «a él es a quien deben las generaciones posteriores, incluso la nuestra, los mejores documentos acerca de la marcha de la civilización romana».

Pues Mommsen, premio Nobel, catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Berlín, se fía de Polibio, y resulta que el manuscrito más antiguo que tenemos de Polibio es 1 067 años posterior a Polibio.

Recordemos que el espacio de tiempo desde Aristóteles a sus manuscritos más antiguos es de 1400 años; de Tácito a sus manuscritos, 1340 años; de Polibio a sus manuscritos, 1 067 años.

Pues de los Evangelios tenemos el papiro Bodmer II, que se conserva en la Biblioteca de Cologny en Ginebra, que contiene el Evangelio de san Juan íntegro, ¡y es solamente cien años posterior a san Juan!

En 1935 se descubre el papiro Rylands, que hoy se conserva en Manchester, que es ¡treinta y cinco años posterior a san Juan! Y el 7Q5 del padre O'Callaghan diez años posterior a Marcos.

Cuando hombres de ciencia como un Menéndez Pidal y un Mommsen se fían de documentos que son en más de mil años posteriores a los autores de los Evangelios tenemos manuscritos tan sólo unos treinta y cinco años posteriores a su autor.

El valor que esto tiene desde el punto de vista científico es incalculable. Por eso Streeter, un crítico inglés, dice que los Evangelios tienen la posición más privilegiada que existe entre todas las obras de la literatura clásica. No hay ningún libro de la literatura clásica que tenga las garantías de historicidad de los Santos Evangelios. De ningún autor clásico tenemos documentos de tanto valor.

Pero hay más.

Vamos a hablar ahora —segundo paso— del estado de conservación.

Las obras completas más antiguas que conservamos de todos los autores latinos son posteriores al siglo viii. De antes del siglo VIII no se conserva ninguna obra completa. Hay fragmentos de Cicerón, de César, de Horacio, de Virgilio, de Ovidio; pero íntegro no hay nada anterior al siglo VIII.

En cambio tenemos 78 códices evangélicos completos entre los siglos VI y VI.

Además, los Evangelios se citaban con tal frecuencia que solamente teniendo en cuenta las citas que existen en las obras de siete escritores de los siglos ii al vil —y nos estamos remontando al siglo **ii**—, que son Justino, Ireneo, Clemente, Orígenes, Tertuliano, Hipólito y Eusebio, tenemos 26487 citas que rehacen el Evangelio entero.

Lo que escribieron los evangelistas es verdad

Dos reflexiones más sobre la veracidad de los Evangelios.

Veamos cómo no sólo lo que escribieron los evangelistas es lo que hemos recibido, sino que lo que escribieron es la verdad.

No hay mayor garantía de veracidad que lo que dice un testigo a otro testigo.

Si un señor escribe hoy la historia de los fenicios en Cádiz, podría decir alguna inexactitud: no hay supervivientes de los fenicios para que contradigan lo que hoy queramos decir de ellos. Sería relativamente fácil

poner alguna inexactitud en la historia de los fenicios en Cádiz, porque hace mucho tiempo que murieron todos.

Pero si alguien escribe en el diario de Cádiz la crónica del partido del último domingo y cambia el resultado, todo el mundo se dará cuenta.

Los Evangelios fueron escritos por testigos y para testigos.

Los cristianos de aquella generación, cuando leían el Evangelio veían retratado lo que ellos habían visto, lo que ellos habían oído.

Si aquellos Evangelios no dijeran la verdad, habrían sido rechazados como una mentira. Nadie habría querido guardar un libro de historia que desfiguraba Ja verdad. Los habrían rechazado, y no hay ni un solo documento que atestigüe el rechazo.

¿Qué hicieron aquellos testigos que habían conocido a Cristo, que habían visto su vida, que habían oído su predicación? ¿Qué hicieron con los Evangelios? Guardaron los Evangelios como oro en paño. Los copiaron a mano —entonces no había imprenta— y los transmitieron de generación en generación con todo cariño, porque allí estaba retratado lo que ellos habían visto. Por eso conservamos este cúmulo de documentos de los Evangelios.

Y las copias se han hecho con tal exactitud que es muy interesante el estudio comparativo de lodos los documentos que tenemos de los Evangelios.

Resulta que están tan perfectamente copiados que de mil partes, 999 son exactamente iguales, y sólo cambia el uno por mil. Además, ninguna de esas variaciones son cosas fundamentales. Son equivocaciones al copiar; poner una letra por otra, cambiar el orden de las palabras, etcétera.

En fin, este capítulo pretende que tengamos una gran fe en los Santos Evangelios. Una gran fe, porque nos consta su historicidad.

Por tanto, si hay alguien que no crea en el Evangelio, ése no tiene derecho a creer en nada de la historia de aquel tiempo. No puede creer m en Alejandro Magno, ni en Ciro, ni en Darío, ni en Artajerjes, ni en nadie.

Y si cree que ha habido un Alejandro Magno, un Escipión y un Aníbal, y cree porque lo dice la historia, habrá que tener en cuenta que muchas más garantías de verdad tienen los Santos Evangelios.

Tengamos mucha fe en el Santo Evangelio y creamos a pies juntillas lo que dice, porque quien no cree en los Evangelios no tiene derecho a creer ni en la *Anábasis* de Jenofonte, ni en la *Guerra de las Galias* de Julio

César, etc. Esos textos no se prueban con la fuerza, con la exactitud y con las garantías que tienen los Evangelios.

5. LA AUTENTICIDAD DE LA SÁBANA SANTA DE TURÍN

Las reliquias hay que estudiarlas. Algunas no hay que estudiarlas porque ciertamente son falsas. En algún sitio te enseñan una pluma del arcángel san Miguel: evidentemente que es falsa. Otras hay que estudiarlas, porque si hay por el mundo cincuenta clavos de Cristo, los cincuenta no pueden ser verdaderos.

No se pueden aceptar las reliquias sin un estudio previo. No puedes tampoco rechazarlas sin más. Tan necio es el que rechaza una cosa sin haberla estudiado como el que la acepta sin más.

El estudio de la Sábana Santa

La Sábana Santa ha sido exhaustivamente estudiada, y todas las investigaciones han sido favorables a su autenticidad. Hace dos mil años que murió Cristo y hoy podemos contemplar su fotografía, ver su estructura atlética, su armonía de proporciones y, sobre todo, su rostro. Ver la cara que tuvo Jesús. A pesar de que la cara de Jesús en la Pasión estaba deforme. Le habían pegado un golpe. Tenía un pómulo hinchado. Pero, aunque deforme, es emocionante estar viendo la huella que dejó en el lienzo el rostro de Cristo sin que mano de hombre lo haya tocado.

Tenemos una foto tridimensional de la NASA americana, obra de los doctores en Ciencias Físicas Jackson y Jumper, técnicos de fotografía aerospacial de la NASA. Se hizo con un complicado aparato, que se llama analizador de imagen VP-8. Se hizo para estudiar la orografía del planeta

Marte. Esta máquina tiene la particularidad de reproducir en relieve lo que fotografía.

Tuve la dicha de estar en Turín en un congreso científico internacional donde se reunieron los que más saben en el mundo sobre la Sábana Santa. Allí nos presentaron una escultura de Cristo, una cabeza de Cristo sacada electrónicamente de la Sábana Santa. Era deforme, porque tenía las cejas abultadas, y el bigote también muy abultado. Empapado con la corona de espinas, que no tenía forma de anillo como representan los artistas, sino forma de casquete.

El doctor Tamburelli, catedrático de Electrónica de la Universidad de Turín, hizo una foto robot electrónica eliminando del rostro de Cristo todo lo que era dolor. Un rostro de Cristo, también tridimensional, pero mucho más suave que el de la NASA. Para hacer esta foto robot electrónica, Tamburelli tuvo que realizar mil millones de operaciones matemáticas. Con computadora tardó quince horas, sin computadora habría necesitado doscientos años. Así me lo manifestó a mí en Turín.

Sobre estas fotos se lograron dos fotos robot artísticas, siguiendo la técnica que utiliza la policía cuando busca a un individuo al que no ha visto nunca. Con Jos datos que recoge reconstruye un rostro de enorme parecido. Y así debió de ser el rostro de Jesús que vio María Santísima.

Es emocionante. No ha habido pintor en la historia del arte que haya pintado una cara mejor que la que Él tuvo. Ni Velázquez, ni el Greco, ni nadie. Es un rostro que tiene majestad, belleza, grandeza, bondad, paz, serenidad, unción, dulzura y virilidad al mismo tiempo. El doctor Marañón, el famoso especialista en sexología, dijo en una ocasión al ver las fotografías de este rostro: «Así debió de ser el rostro del varón perfecto.»

En aquel congreso al que asistí en Turín había gente de lo más variado. Había un equipo de la NASA, había médicos de talla internacional, el norteamericano doctor Bucklin, el inglés Wednissow, los italianos Rodante y Morano. Estaba también el criminólogo suizo Max Frei. Por supuesto, también había teólogos, entre los que destacaba monseñor Ricci, uno de los que más saben en el mundo de la Sábana Santa.

Otro gran investigador de la Sábana Santa es un padre jesuíta de Chicago. Se llama Filas. Este hombre logró fotografiar una moneda en el ojo de Cristo. Cuando la NASA publicó su foto tridimensional, a todo el mundo le llamaron la atención los ojos muy abultados. La cara de hombre

más maravillosa que nadie ha podido imaginarse, ¿con unos ojos saltones? ¿Qué ocurre?

Los hebreos tenían la costumbre de poner sobre los párpados unas monedas para mantener los ojos cerrados. Son las monedas que había en los párpados las que dan unos ojos abultados. El padre Filas fotografió el ojo, aumentándolo descomunalmente, y se ve la moneda. Maravilloso, la moneda que hoy descubrimos en el ojo de Cristo está en los catálogos de los numismáticos, y resulta ser un leptón, la moneda más pequeña en tamaño y en valor que usaban los hebreos en tiempos de Jesús. Un leptón acuñado por Poncio Pilatos y que circuló en Palestina entre los años 26 y 36 de nuestra era.

En la moneda se ve un bastón de mando y una inscripción griega. En las monedas siempre se pone una cara. Ahora ponemos la cara del rey, en tiempos de Poncio Pilatos, la cara del emperador. Pero los hebreos no querían caras, no querían efigies, no querían imágenes. Y Pilatos, para no herir los sentimientos de los judíos, en lugar de una cara pone un bastón de mando. Se ve perfectamente. Y una inscripción griega. Se lee: *UCAI.* ¿Qué es *UCAI? U* es la última letra de Tiberiou; y *CAI* las tres primeras de Caisaros. La inscripción total es *Tiberiou Caisaros:* de Tiberio César. Pero como es de cobre, y es blanda, y está gastada por el uso, de *Tiberiou Caisaros* sólo se lee *UCAI.*

Aunque *Caisaros* se escribe en griego con k y no con c, como aparece en la moneda, pudo ser una equivocación del grabador, por influjo del latín, en el que se escribe con c. Según el numismático Michael Marx, de Oak Lavvn, estas equivocaciones en las grabaciones de las monedas no eran raras, pues las monedas se grababan una a una y a mano.

Todos los descubrimientos vienen en cadena. Cada descubrimiento trae otro mejor. Esta moneda ha tenido el enorme valor de que data la fecha de la Sábana Santa con una precisión de diez años, dado que sabemos que esta moneda circuló en Palestina entre los años 26 y 36. Lo normal es que a Cristo le pusieran la moneda que circulaba, la que llevaban en el bolsillo.

La historia de la Sábana Santa

Vamos a pasar a la parte histórica. Sabemos que la Sábana Santa pasó de Jerusalén a Edesa, hoy Urfa, en Armenia, Turquía meridional. De Edesa pasó a Constantinopla. El emperador quiso reunir en Constantinopla todas

las reliquias importantes de la Pasión de Cristo, y entre otras estaba la Sábana Santa. Se exponía todos los viernes a la veneración de los fíeles en la iglesia de Blanquerna, mandada construir para ello por santa Pulquería, emperatriz de Bizancio. Estuvo en Constantinopla desde el año 944.

Pero, a veces, Dios escribe derecho con renglones torcidos. Fue necesario un latrocinio, el saqueo de Constantinopla por los caballeros de la Cuarta Cruzada, para salvar este lienzo de la destrucción. Otto de la Roche, un jefe de la Cuarta Cruzada, robó este lienzo durante el saqueo de la ciudad y se lo trajo a Europa, a Besançon. Después estuvo en Lirey, Chambéry, y hoy está en Turín.

Dios escribe derecho con renglones torcidos porque cuando aquellos cristianos de Constantinopla descubrieron que los cruzados les habían robado la Sábana Santa, es lógico que montaran en cólera. Pero fue providencial, porque, muy pocos años después de aquel saqueo por los cruzados, Constantinopla fue saqueada por los musulmanes, que arrasaron todo rastro de cristianismo. Si los cruzados no se traen a Europa la Sábana Santa, la habrían destruido los musulmanes, y hoy no la tendríamos.

De su trayectoria por Europa hay abundante documentación en los archivos; sin embargo, no hay documentación alguna sobre los mil prime-

Pero tenemos un documento infalsificable. ¿Cuál? Los granos microscópicos de polen que el viento incrustó en el tejido. Obra del criminólogo suizo de la Interpol, Max Frei, palinólogo. Este hombre estudia el polen pegado al tejido. El polen se pega al tejido y no hay quien lo despegue, hasta que el tejido se quema o se entierra.

El polen de cada planta tiene formas muy diferenciadas y fácilmente catalogables, y el especialista sabe a qué planta corresponde cada grano de polen. Por otra parte, sabe el área de difusión del polen, porque el viento no se lleva el polen más allá de ciertos límites. El viento amaina y el polen cae. El especialista que conoce las zonas donde está cada planta y el área de difusión del polen de cada planta, al examinar la corbata, la chaqueta o el jersey del presunto criminal, dice: «Este hombre pasó por aquel bosque o estuvo en aquel jardín.»

Max Frei, estudiando el polen de la Sábana Santa, afirma que el lienzo estuvo en Palestina en el siglo I, porque ha encontrado granos de polen que sólo se dan en Palestina. Es más, ha encontrado en la sábana granos de polen de plantas hoy desaparecidas, plantas de Palestina que hoy no existen, pero cuyos granos de polen aparecen en estratos sedimentarios

de Palestina del siglo i. Ésta es una de las pruebas irreversibles de la autenticidad de la Sábana Santa.

El primer estudio de la Sábana Santa

En 1898, un abogado italiano llamado Seccondo Pia pide permiso y es el primero que fotografía el lienzo. Fotos muy malas porque la fotografía estaba en sus comienzos, pero aunque muy malas tuvieron el valor de descubrir que aquellas manchas que a simple vista no dejaban ver gran cosa, al ser fotografiadas tomaban enorme relieve y se veía perfectamente un hombre de cuerpo entero. Estas fotografías despiertan en el mundo un interés apasionado por estudiar la Sábana Santa.

El papa encarga a la Academia de Ciencias de París que haga un estudio científico de la Sábana Santa. La Academia hace el estudio y llega a una conclusión afirmativa: el lienzo que se conserva hoy en Turín es el mismo que cubrió el cadáver de Jesús de Nazaret.

Esta afirmación tiene un doble valor; primero, por la categoría de la Academia de Ciencias de París, y segundo porque algunos miembros de esta Academia no eran creyentes. Eran descreídos, librepensadores, racionalistas. Ellos prescinden de si Cristo es Dios o no es Dios, pero aceptan a Cristo como un personaje de la Historia. Y afirman que el lienzo que hoy está en Turín es el mismo que cubrió el cadáver de Jesús de Nazaret.

¿Por qué llegan a esta conclusión? Primero: esta imagen no es obra de un artista. ¿Por qué? Porque es un negativo. Es absurdo pensar que en la Edad Media un pintor pintara en negativo. Hoy, después de inventada la fotografía, sabemos interpretar la inversión del blanco y el negro, y la técnica del negativo se emplea continuamente en tipografía. ¿Cómo un medieval iba a pintar al revés el blanco y el negro? Es absurdo. El **medieval** pinta al derecho. Lo blanco, blanco; y lo negro, negro. Pero la inversión del blanco y el negro antes de inventarse la fotografía es absurda, es imposible. Un medieval que pinta un ojo pinta la pupila negra y el globo blanco.

Además, con el analizador de imagen se captan matices de contraste que no capta el ojo humano, por eso no ha podido ser obra de un artista medieval.

Segundo: esto no es pintura. En el lienzo están coloreados los hilos, pero entre hilo e hilo no hay grumo de pintura. Si yo doy con un pincel un

trazo en un lienzo, coloreo los hilos, pero dejo grumos de pintura entre hilo e hilo. En la Sábana Santa están coloreados los hilos, pero entre hilo e hilo no hay grumos de pintura. Esto no es pintura.

Tercero: esta imagen está grabada a fuego. La tela está chamuscada. La coloración se debe a que la tela está quemada. Esto es impresionante. ¿Por qué un cadáver ha grabado a fuego su imagen en el lienzo que lo cubre? Esto jamás ha ocurrido con ningún cadáver. Explican los doctores de la NASA: esto sólo ha podido ocurrir por una radiación en el momento de la resurrección. No hay otra explicación. La luz que desprendió el cuerpo de Cristo al resucitar grabó a fuego su imagen en el lienzo; y no hay otra explicación. Por eso, la Sábana Santa es un documento científico que está ahí, para que lo estudie el que quiera, que confirma un dogma de fe: que Cristo resucitó.

Esta radiación también grabó a fuego en la tela las manchas de sangre. Fue un proceso parecido al que utilizan para grabar a fuego en una camiseta un nombre o un dibujo.

Por el otro lado de la tela se transparentan las manchas de sangre, pero no la imagen grabada a fuego.

Los técnicos de la NASA aportan otro dato: el hilo no está carbonizado, está parcialmente chamuscado; y por la penetración de la quemadura se mide la duración de la radiación, la fracción de segundo que duró la radiación.

El dogma de fe de la resurrección

La Sábana Santa es un documento que confirma un dogma de fe: que Cristo resucitó; pero los católicos creemos que Cristo resucitó no por la Sábana Santa, sino por la Biblia. Mi fe en Cristo resucitado no se basa en la Sábana Santa, sino en la Biblia, en el Nuevo Testamento.

La Iglesia no me manda creer en las verdades científicas y en las verdades históricas. La Sábana Santa es un documento científico, un documento histórico. Son la ciencia y la historia las que me imponen la Sábana Santa, no la Iglesia. La Iglesia prescinde, no necesita la Sábana Santa. Si la Sábana Santa me apoya en mi fe, muy bien. El teorema de Pitágoras será verdad, pero la Iglesia no me lo impone. El principio de Arquímedes será verdad, pero la Iglesia no me lo impone. La Iglesia sólo me impone las verdades reveladas por Dios. Si Dios lo ha dicho, eso sí. ¿Quién soy yo para discutir a Dios lo que Él afirma? La existencia del

infierno es dogma de fe, verdad revelada por Dios. El infierno es verdad, lo entendamos o no. Por tanto, las verdades dogmáticas son verdades afirmadas por Dios; que yo las entienda o las deje de entender, está de más. No son verdad porque yo las entienda, son verdad porque Dios las revela.

Quien no crea en la Sábana Santa no comete ningún pecado contra la fe, lo comete contra la ciencia, contra la historia y contra la cultura.

La Sábana Santa estaba doblada en una urna de plata, en la iglesia de Chambéry. Hubo un incendio, y la plata recalentada carbonizó los bordes de la tela; es más, parte de la plata recalentada se fundió y unas gotas de plata fundida atravesaron el lienzo, y dejaron dieciséis agujeritos que después fueron remendados por las religiosas clarisas de Chambéry. Si prescindimos de las dos líneas negras de tela carbonizada y de los dieciséis triangulitos de remiendos, vemos perfectamente en medio la figura de un hombre de cuerpo entero en sus dos proyecciones, frontal y dorsal. La Sábana Santa le cubre por delante y por detrás. Las imágenes frontal y dorsal están yuxtapuestas por la cabeza.

Además de las quemaduras hay una porción de manchas, por ejemplo las de las sales del agua con que apagaron el incendio. Hay también manchas de sangre que han sido estudiadas por el científico americano John Heller, del Instituto de Nueva Inglaterra, Estados Unidos. Este científico ha estudiado las manchas de sangre mediante análisis espectral y ha confirmado los componentes de la sangre humana que hay en el lienzo: cristales de hemoglobina y proporción correcta de hierro.

Según el científico: «Ninguna de las pruebas hechas hasta ahora demuestran que las manchas de sangre no sean de sangre. Al contrario, un gran número de pruebas inducen a pensar que verdaderamente sean de sangre. Bajo los rayos ultravioletas, estas manchas resplandecen como si fueran de sangre. Adicionalmente, las pruebas de rayos X demuestran el porcentaje correcto de hierro en la sangre.»

En la revista de la Sociedad Óptica de América, *Applied Optics,* dicen textualmente los doctores John Heller y Alan Adler: «Mediante pruebas espectroscópicas y químicas hemos identificado la presencia de sangre en la Sábana Santa de Turín, en las zonas consideradas como manchas de sangre.»

El quinto Evangelio

A esta Sábana Santa se la llama el quinto Evangelio. ¿Porqué? Porque nos dice muchas cosas que no sabíamos. Los Evangelios, como todo el mundo sabe, son cuatro: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Pero los Evangelios se escriben para gente que conocía cómo era la crucifixión. Los evangelistas no se ven obligados a describir la crucifixión. Dicen: «Fueron y lo crucificaron.» Sin más. Pero hoy tenemos muchas dudas acerca de cómo ocurrió aquello. A la Sábana Santa se la llama el quinto Evangelio porque nos informa de muchas cosas que no sabíamos.

Por ejemplo: los artistas nos ponen los clavos en las palmas de las manos. Dicen los médicos que no pudo ser en la palma. En la palma no hay tejido resistente que aguante el peso del cuerpo. El clavo tuvo que estar en el carpo, en la muñeca. Hay un punto que se llama espacio de Deslot que permite introducir un grueso clavo, que desplaza los huesos del carpo, con enorme dolor, pero sin romper ninguno, y sujeta firmemente la mano al madero. En la Sábana Santa, la herida no está en la palma como ponen los artistas, está en el carpo, en la muñeca, como dicen los médicos que tuvo que ser.

Otro dato: hay discusiones sobre el número de clavos. Algunos artistas, como Velázquez, ponen cuatro: las piernas paralelas y un clavo en cada pie. Otros, tres clavos: un pie sobre otro, y un clavo para los dos pies. La Sábana Santa decide la cuestión. A Cristo lo crucificaron con tres clavos y no con cuatro. Tiene un pie encogido. El pie derecho deja la huella de la planta perfectamente; y el izquierdo sólo la huella del talón. Estuvo sobre el derecho en la cruz y los dos pies se sujetaron con un solo clavo. Al poner las piernas paralelas en el sepulcro, con la rigidez cadavérica, el derecho dejó la huella de la planta y el izquierdo sólo la huella del talón.

Otro dato: la Sábana Santa nos habla de cómo fue la muerte de Cristo. Cristo murió por asfixia. El crucificado muere por asfixia. Al estar colgado por los brazos, los brazos tiran del diafragma, oprimiendo los pulmones, no puede respirar y se empina para tomar aire; pero, al inclinarse y descansar todo el cuerpo sobre el clavo de los pies, el dolor es tan intenso que se desploma. Pero al desplomarse se ahoga y se vuelve a empinar.

El doctor Barbet, cirujano de París, afirma que al empinarse y desplomarse, la mano giraba sobre el clavo y le destrozaba el nervio

mediano y le producía un dolor de paroxismo. Cristo debió morir de dolor. La naturaleza no puede aguantar tanto dolor. Se inhibe, sobreviene un síncope y se muere de dolor. Lo que dicen de la Pasión los médicos es apasionante. Una auténtica meditación. La Pasión fue mucho más de lo que nosotros nos podemos imaginar. ¡Lo que Cristo sufrió al morir por nosotros!

Finalmente, soy jesuíta, voy a citar a mi padre san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús. Es una frase que él pone en el libro de los Ejercicios: «Viendo todo lo que Cristo ha sufrido por mí, yo ahora, en adelante, ¿qué voy a hacer por Él?»

Ésta es la pregunta que queda para que cada cual la responda en el fondo de su corazón: viendo todo lo que Cristo ha sufrido por mí, yo ahora, en adelante, ¿qué voy a hacer por Él?

6. ¿QUÉ PASÓ CON LA SÁBANA SANTA Y EL CARBONO-14?

En orden a la fe, nada. La fe sigue igual. Nuestra fe no se basa en la Sábana Santa, sino en el Evangelio.

La Sábana Santa es una reliquia que puede ayudar a la fe, pero que no la condiciona.

El resultado del carbono-14, que data la Sábana Santa entre 1260 y 1390, ha despertado un gran interrogante, dado el valor que se concede a esta prueba, y ha sido algo inesperado para los que sostenemos la autenticidad de la Sábana Santa. Pero no es algo definitivo e indiscutible. No se pueden ignorar todas las anteriores investigaciones que confirman que el lienzo de lino que hoy se conserva en Turín es el mismo que cubrió el cadáver de Jesucristo en el sepulcro. El análisis del carbono-14 no puede invalidar todas las anteriores investigaciones en los campos de la historia, la medicina, la palinología, la numismática, la arqueología, la bioquímica, etc. Si la prueba del carbono-14 no concuerda con las anteriores investigaciones, hay que buscar el porqué. Otros investigadores de la Sábana Santa seguirán trabajando para averiguar las razones que han llevado a estos resultados que discrepan de las investigaciones antes realizadas.

Primero, dos palabras sobre lo que es el carbono-14.

Todos los seres vivos estamos formados a base de carbono. La química orgánica es la química del carbono. El carbono más abundante en los seres vivos es el carbono-12. Pero todos los seres vivos tienen una pequeña cantidad de carbono-14, que tiene dos neutrones más y es radiactivo. Mientras está vivo, el carbono-14 permanece constante, porque lo que se pierde se repone. Pero al morir, el carbono-14 ya no se repone, y

con el paso del tiempo va disminuyendo. Así, por la cantidad de carbono-14 que queda en la muestra analizada, se puede saber cuántos años hace que murió el ser vivo cuya muestra se analiza.

Pero para que el análisis del carbono-14 sea fiable hace falta que la muestra analizada haya estado muy bien guardada, para que el carbono no esté alterado. Por eso, el análisis del carbono-14 ha sido válido en los restos de san Pedro, que han estado dos mil años encerrados en un nicho; o en los papiros de Qumran que han estado dos mil años escondidos en unas cuevas del mar Muerto. La Sábana Santa ha sub ido a lo largo de la Historia una serie de avalares que han alterado el carbono-14.

Según Roberto Gallino, profesor de la Universidad de Turín,[1] al haber estado la Sábana Santa expuesta al aire libre, sin cristal, durante siglos, ha podido acumular gran cantidad de materia orgánica, polen, etc., que ha alterado la proporción de carbono-14. Lo mismo ocurrió con la carbonización del tejido en el incendio de Chambéry en 1532.

Lo mismo dice el profesor Manuel Valdés Ruiz en su conferencia del 7 de febrero de 1989 en la Real Academia de Medicina.[2]

Pero, sobre todo, el carbono-14 ha podido alterarse con la radiación que grabó la imagen y ha sido detectada por los científicos de la NASA americana, y explicada por el profesor Eberhart Lindner, catedrático de Química Técnica en la Universidad alemana de Karlsruhe, en el Congreso Científico Internacional de París sobre la Sábana Santa, los días 7 y 8 de setiembre de 1989.[3]

Según un informe del profesor Luciano Pecchiai, director del Centro de Eubiótica Humana de Milán, publicado en el periódico *II Giornale,* del 26 de octubre de 1988, la radiación, detectada por la NASA, ha podido rejuvenecer radiactivamente el lino del tejido en 1 300 años. Es decir, la Sábana Santa puede ser contemporánea de Cristo.

Lo mismo opinan Jesús Amado Moya, catedrático de Física y Química, en su trabajo titulado «La Sábana Santa y el carbono-14»,[4] y el doctor ingeniero Manuel Ordeig al final de su trabajo «La Sábana Santa y los análisis del carbono-14».[5]

---

[1] Cf. *Sindon,* junio de 1989, p. 71.

[2] Manuel Valdés Ruiz, *Anales de la Real Academia de Medicina*, CVI, 1, Madrid.

[3] *Linteum*, núm. 2, XII, 1989, p. 5.

[4] Jesús Amado Moya, *Estar,* núm. 86, febrero de 1989, p. 7.

[5] Segundas Jornadas Nacionales sobre la Sábana Santa, Sevilla, noviembre de 1988.

Lo mismo mantienen el doctor Francisco de Asís Bosch Ariño, catedrático de Química Analítica en *La prueba del carbono-14 y la Sábana Santa,* y el doctor en Ciencias Físicas don Ricardo Salcedo, que ha trabajado veinte años en Estados Unidos, donde ha sacado varias patentes, en su trabajo, *La Sábana Santa, ¿es correcta su datación por medio del carbono-14?*; lo mismo afirma el ingeniero don Francisco Javier Mora en *Cataluña Cristiana* del 8 de octubre de 1992, y el doctor ingeniero J. Munarriz en *La Vanguardia* de Barcelona del 31 de enero de 1988, etcétera.

En la misma línea está el doctor Baima Bollone, catedrático de Medicina Legal en la Universidad de Turín, en su trabajo «Yo no creo que sea un fraude».[6] Lo mismo, el profesor alemán Werner Bulst, catedrático de la Universidad de Frankfurt y experto en el test del radiocarbono, en su trabajo «El sudario no es una falsificación».[7] El profesor Thomas Philips, del Laboratorio de Física de Alta Energía de la Universidad de Harvard, en la revista científica *Nature* también afirma que la radiación detectada por la NASA ha podido rejuvenecer radiactivamente el tejido.[8] Lo mismo, el doctor Manuel Arvesú de Miami, en su trabajo *La Sábana Santa de Turín y la prueba del carbono-14.*

El mismo doctor Williard Frank Libby, de la Universidad de Chicago, que recibió el Premio Nobel en 1960 por haber descubierto el método del carbono-14, considera que este método no se puede aplicar a la Sábana Santa. Dice: «Existen fuentes radiactivas que han recargado el carbono14 de la Sábana Santa», por lo tanto la han rejuvenecido.[9]

El doctor Michael Tite, director del Laboratorio de Investigación del Museo Británico y coordinador de los análisis de la Sábana Santa, reconoce un posible aumento del carbono-14 del lino si éste ha recibido un bombardeo de neutrones.[10] Incluso se ha publicado una carta suya del 14 de setiembre de 1989 al profesor Gonella, catedrático de Física en el Politécnico de Turín y asesor científico del arzobispo de Turín, en la que pide perdón por haber sido causa de que los medios de información hayan desorientado a la opinión pública diciendo que la Sábana Santa es falsa.[11]

---

[6] Pierluigi Baima Bollone, *30 Giorni*, noviembre de 1988, p. 78.

[7] Werner Bulst, *Der Sontag,* 4 de diciembre de 1988, p. 22.

[8] *The San Juan Star,* Puerto Rico, 16 de febrero de 1989, P. 22.

[9] Diario *Las Provincias* de Valencia, 19 de abril de 1989, p. 28.

[10] L. Fossati, *«Sindone in attesa di nuove analisi»*, 2, 2, 8, *Studi Caltolici*, diciembre de 1989.

[11] *Shroud News*, núm. 55, octubre de 1989, p. 4, Manly, Australia.

Y el doctor Robert Hedges, director del Laboratorio de la Universidad de Oxford (uno de los que ha efectuado el análisis del carbono-14), afirma que si la Sábana Santa ha recibido la descarga de neutrones de la que habla la NASA, la datación por el carbono-14 quedaría invalidada.[12]

Por todo esto, en el Congreso Científico Internacional sobre la Sábana Santa, que ha congregado a trescientos[13] especialistas en el tema, celebrado en París los días 7 y 8 de setiembre de 1989, se ha rechazado la datación del carbono-14 que afirmaba que la Sábana Santa era de la Edad Media.[14]

Por cierto que cuando Jackson, de la NASA americana, al final de su ponencia en este congreso, dijo que la radiación que grabó la imagen tuvo que producirse en el momento de la resurrección de Cristo, una clamorosa ovación estremeció la sala.[15]

El trabajo de los laboratorios analistas del carbono-14 se ha limitado a datar la fecha según la proporción de este carbono, sin tener en cuenta los avatares por los que ha pasado cada muestra analizada, pues se trató de una «prueba ciega»: a cada laboratorio se le entregaron tres muestras sin identificar, una verdadera y dos falsas.

Sin embargo hay muchas investigaciones que confirman la autenticidad de la Sábana Santa. ¿Qué opinión seguimos? Voy a dar veintiséis razones para demostrar que la Sábana Santa no puede ser del siglo XIV.

1. En mayo de 1989 se ha celebrado en Bolonia (Italia) un Congreso sobre la Sábana Santa. Allí ha quedado claro que la Sábana Santa no puede ser del siglo XIV, pues aparece antes del siglo XIII en la iconografía cristiana.[16]

2. Ian Wilson, catedrático de Historia de la Universidad de Oxford, en su libro sobre la Sábana Santa publica una fotografía de un cáliz de plata siríaco del siglo VI que se conserva en el Museo del Louvre de París con una grabación del rostro de la Sábana Santa.

---

[12] Peter Jennings, *«Sindone, carbono crudele»*, 80 *Giorni*, núm. 11, noviembre de 1988, p. 76.

[13] *Shroud News*, núm. 55, octubre de 1989, p. 2, Manly, Australia.

[14] René Laurentin, *Le Figuro,* 13 de setiembre de 1989, p. 10.

[15] *Shroud News,* núm. 56, diciembre de 1989, Manlv, Australia.

[1616] *News Letter,* julio de 1989, Nueva York.

3. El profesor Gino Zaninotto, especialista en Lenguas Clásicas y Orientales de la Universidad de Roma, ha descubierto en los Archivos del Vaticano[17] el manuscrito griego de un sermón del archidiácono Gregorio de Santa Sofía, en Constantinopla, del 16 de agosto del año 944, día que llegó la Sábana Santa de Edesa a Constantinopla.[18] En el sermón se describe la Sábana Santa entera.[19]

4. En la Biblioteca Nacional de Madrid (vitrina 26, 2, folio 131, r) se puede ver una miniatura de Skylitres (1081-1118) que reproduce la escena del emperador Lecapeno (920-944) besando la Sábana Santa que llegaba de Edesa, antes de subir al trono su hijo Constantino VII. Allí se ve el *mandylion* extendido, con las dimensiones de la Sábana Santa. El emperador besa la parte de la cabeza y otra persona está sosteniendo el resto de la sábana, que tiene cuatro metros y medio de larga.[20]

5. Roberto de Clary afirma haber visto la Sábana Santa en Constantinopla antes del saqueo de 1204.[21] ¿Cómo podría ser el lino del siglo xiv?

6. El mismo Ian Wilson[22] identifica la Sábana Santa de Turín con el *mandylion* que se veneraba en Edesa hasta el año 944, en que fue trasladado a Constantinopla, donde se exponía a la veneración de los fieles, todos los viernes, en la iglesia de Santa María de Blaquerna, y que Otto de la Roche se trajo a Francia, según Roberto de Clary, cronista de la Cuarta Cruzada.[23]

7. Sobre este hecho se conserva una carta fechada el 1 de agosto de 1205, escrita por Teodoro Ángel Comneno, nieto de Isaac II, emperador de Constantinopla durante el saqueo de los cruzados. Esta carta va dirigida al papa Inocencio III, organizador de la Cuarta Cruzada. En ella se queja del latrocinio de los cruzados y pide que sea devuelta la Sábana Santa a Constantinopla.[24]

---

[17] Manuscrito de la Biblioteca Vaticana, VAT, GR. 511, folios 143-155.

[18] CRC, núm. 257, octubre de 1989.

[19] *Shroud News*, núm. 55, octubre de 1989, p. 13, Manly, Australia.

[20] Bruno Bonet Eymard, *CRC*, 15 de abril de 1990 y 11 de marzo de 1991, pp. 6 y 17.

[21] Dorothy Crispino, *Sindon*, núm. 29, diciembre de 1980, p. 25.

[22] Ian Wilson, *The Titrin Shroud, Penguin,* Londres, 1979.

[23] Roben de Clary, *La conquéte de Constautinople*: 9250, manuscrito de la Biblioteca Real de Copenhague, Ed. Philippe Lauer, Champion, París, 1924.

[24] Manuel Solé, S. J., *La Sábana Santa de Turín*, II, 5.B. c, nota 30, Ed. Mensajero, Bilbao.

8. Existe una carta del año 1095, escrita por el emperador bizantino Alejo I Comneno (10811118) a su amigo Roberto de Frisia, conde de Flemings, en la que refiere que en Constantinopla se conservaba el lienzo de lino que estaba en el sepulcro de Cristo después de la resurrección.[25]

9. Se conserva también una lista de las reliquias del palacio imperial de Constantinopla, hecha en 1201 por Nicolás Mesarites, donde se incluye la Sábana Santa.[26] También aparece la Sábana Santa en el catálogo de reliquias del palacio imperial de Constantinopla que hizo el monje de Thingeyrar en el año 1157.[27] ¿Cómo puede ser el lino del siglo xiv si la reliquia está en una lista del siglo XII?

10. La trayectoria de Edesa a Constantinopla está confirmada por el hecho de que Max Frei, palinólogo de la Interpol y director del laboratorio de investigaciones de la policía de Zurich, ha encontrado en la Sábana Santa gran cantidad de polen de plantas exclusivas de Edesa y Constantinopla. ¿Cómo se explica este polen microscópico en un tejido medieval falsificado en Francia, cuando nadie había visto el polen porque el microscopio no se conoció hasta el siglo XVII?

11. El mismo Max Frei ha encontrado en la Sábana Santa gran cantidad de polen de plantas exclusivas de Palestina desaparecidas después del siglo i, y que se encuentra hoy en estratos sedimentarios de Palestina del siglo i. ¿Cómo va a ser el lino de la Edad Media si tiene polen del siglo i? Max Frei afirma: «Para mí es algo indiscutible que la Sábana Santa estuvo en Palestina en el siglo I.» Todo esto consta en las actas del Congreso de Sindonología celebrado en Bolonia del 27 al 29 de noviembre de 1981.[28]

En la misma línea están el profesor Danin de Jerusalén, que ha explorado durante veinte años los desiertos de Israel y el Sinaí, y el profesor Horowitz, de Tel-Aviv, el principal palinólogo de Israel.[29]

12. En el Centro de Sindonología de Turín se encuentran cartas autógrafas de los cardenales Binet y Mathieu, arzobispos de Besançon, que confirman la presencia de la Sábana Santa en la ciudad en los primeros días del siglo XIII.[30] ¿Cómo el lino del tejido va a ser del siglo XIV?

---

[25] *Sindon*, junio de 1989, p. 116.

[26] A. Heisemberg, *Nikolaus Mesarites*, *Die Palasrevolution des Johannes Konmenos*, Würzburg, 1907, p. 316.

[27] Mario Moroni, *La Sindone, Storia Scienza,* Ed. Centrostampa, Turín, 1986, p. 68.

[28] Max Frei, *Nuovi pollini della Sindone. La Sindone, scienza i fede,* Actas del Congreso de Sindonología, Bolonia, 1983, p. 282.

[29] Werner Bulst, S. J., *CRC*, núm. 257, octubre de 1989, p. 12.

[30] *Sindon,* junio de 1989, p. 68.

13. El padre Francisco Filas, S. J., de la Universidad Loyola de Chicago, con los modernos aparatos de ampliación ha descubierto en el ojo de la Sábana Santa huellas de una moneda. Los judíos de la época las ponían sobre los ojos para mantener los párpados cerrados. En esta moneda se distingue perfectamente el dibujo de un bastón de mando y las letras *U CAI,* que son la última de *Tiberiou* y las primeras de *Caisaros.* Significan: «...de Tiberio César.» Esta moneda está en los catálogos de los numismáticos, y es un leptón acuñado por Poncio Pilatos, que circuló en Palestina entre los años 26 y 36 de nuestra era. Los trabajos del padre Filas han sido publicados en la revista *Sindon* de investigación científica sobre la Sábana Santa. ¿Cómo se pudo hacer en la Edad Media esta marca que no se aprecia a simple vista? Ni siquiera se ve con un microscopio normal. Es necesario un microscopio electrónico.[31]

14. El doctor Kindler, director del Museo de Ha-arez (Tel-Aviv), afirma que se ha encontrado, junto al mar Muerto, un esqueleto con monedas en las órbitas.[32]

Mario Moroni ha encontrado monedas en calaveras del cementerio hebreo de Jericó.

15. En los omóplatos de la imagen de la Sábana Santa se advierten unas escoriaciones que hacen suponer que Cristo llevó sobre ellos el palo horizontal, como hoy generalmente opinan los autores. Esto es impensable en un falsificador medieval, pues todo el arte de aquel tiempo presentaba a Jesús cargando con la cruz entera.[33]

16. El doctor Tamburelli, profesor de Electrónica de la Universidad de Turín, con ayuda de una computadora a la que se informa de lo que es sangre humana y luego se le manda que muestre todo lo que es sangre en el rostro de Cristo, ha descubierto en el rostro de la Sábana Santa hilillos capilares de sangre que no se ven a simple vista, procedentes del sudor de sangre de Getsemaní. Por eso afirma Tamburelli: «Hay que excluir definitivamente la posibilidad de toda intervención manual en la formación de la imagen de la Sábana Santa».[34]

---

[31] Giovanni Marchesi, S. J., «Il mistero della Sindone continua», *La* Civiltá Cattolica, 5 de noviembre de 1988, p. 261.

[32] Werner Bulsl, S. J., *CRC.* núm. 257, octubre de 1989, p. 12.

[33] Gaetano Intrigillo, «La Sindone, oggi: retrospectiva doppo la radiodalazione, III», *Quaderni Aperti*, núm. 5. Trani, 1989.

[34] G. Tamburelli, *La Sindone. Storia, Scienza*, Ed. Centrostampa, Turín, 1989, p. 111. (*Sindon*, junio de 1989, p. 133.)

17. Expertos en técnicas de tejidos afirman que el tejido de la Sábana Santa no puede ser de la Francia medieval. Así lo afirman el profesor Gilberto Raes y su equipo del Laboratorio de Investigación Textil de la Universidad de Gante (Bélgica).[35]

18. El profesor Gabriel Vial, secretario técnico del Centro Internacional de Estudios de Tejidos Antiguos, uno de los expertos en tejidos de más experiencia del mundo, afirma: «Jamás he visto un tejido europeo como la Sábana Santa. Por otra parte, se han encontrado tejidos siríacos del siglo I de la misma estructura que la Sábana Santa.»[36]

19. El doctor Héctor Morano, director del Centro de Microscopia Electrónica del hospital de San Andrés de Vercelli, en su comunicación al Segundo Congreso Internacional de Sindonología demostró que la tela de la Sábana Santa tiene una antigüedad de dos mil años, al compararla mediante el microscopio electrónico con tejidos egipcios de antigüedad conocida.

20. Entre hilo e hilo de la Sábana Santa no hay grumos de pintura.[37] ¿Quién pudo en la Edad Media, cuando no había microscopio, colorear los hilos sin dejar pintura entre ellos?[38]

21. La imagen está en negativo. Es absurdo pensar que en la Edad Media, antes de inventarse la fotografía, alguien invirtiera el blanco y el negro, por ejemplo, pintando la sangre en blanco y los dientes en negro. ¿Qué dirían sus contemporáneos? Ningún pintor pinta para sus espectadores de quinientos años después.

22. Mientras la imagen está en negativo, la sangre que empapó el tejido está en positivo. Esta distinción es impensable para un medieval, que no conocía la fotografía.

23. El doctor John Heller, del New England Institute (Estados Unidos), y el doctor Baima Bollone, catedrático de Medicina Legal en la Universidad de Turín, han demostrado que las manchas de sangre de la Sábana Santa tienen una composición correcta de sangre humana: hemoglobina, hierro, porfirina, proteínas, albúmina, bilirrubina,[39] etc. Incluso han averiguado el

---

[35] Manuel Solé, S. J., *La Sábana Santa de Turín,* Ed. Mensajero, Bilbao, 1986, III, 3.

[36] Werner Bulst, S. J., *CRC*, núm. 257, octubre de 1989, p. 12.

[37] José Luis Carreño, O. S. B., *La Señal,* IX, 15, Ed. Don Bosco, Pamplona, p. 423.

[38] Juan M. Igartua, S. J., *El enigma de la Sábana Santa,* Ed. Mensajero, Bilbao, IV, 1.

[39] Bruno Bonet-Eymard, «Le Saint Suaire est authentique», *CRC*, diciembre de 1988, p. 24.

grupo sanguíneo.[40] Es AB: el más corriente en Oriente Medio, según me dijo a mí en Logroño el doctor Miguel Ángel González Moreda. En cambio es muy raro en Europa, donde apenas llega al tres por ciento.[41] Es impensable esta precaución de un falsificador en la Francia medieval, pues entonces nada se sabía de los grupos sanguíneos.

24. Según el doctor Rodante, la sangre de las heridas de las manos, pies y corona de espinas ha coagulado como sangre de hombre vivo, mientras que la sangre del costado ha coagulado como sangre de hombre muerto; y es sangre venosa. Esta distinción es impensable en un falsificador del 1300, pues la circulación de la sangre se descubrió en el año 1593.[42]

25. En la catedral de Oviedo se conserva el pañolón del que dice el Evangelio que estaba junto a la sábana en el sepulcro de Cristo. Este sudario de Oviedo no tiene imagen, sólo manchas de sangre. Este pañolón cubrió la cara del cadáver de Cristo en el traslado de la cruz al sepulcro, y ha sido estudiado por un equipo de investigadores españoles; yo tuve la dicha de presentar este trabajo en el Congreso Científico de Cagliari, Italia, celebrado los días 29 y 30 de abril de 1990, ante unos doscientos congresistas. Este trabajo consiste en encajar las manchas de sangre del sudario de Oviedo con la cara de la Sábana Santa. El trabajo se llevó a cabo con los aparatos más modernos de investigación: microscopio electrónico, ordenadores, aparatos de luz infrarroja y ultravioleta, etcétera.

Esta coincidencia de las manchas de sangre sólo se explica si los dos lienzos cubrieron la misma cara. En la catedral de Oviedo se conserva documentación de la apertura de la urna que guardaba este lienzo, ante el rey Alfonso VI, doña Urraca, el Cid Campeador y varios obispos, el 14 de marzo de 1075. Si el sudario de Oviedo está allí desde el siglo xi, el lino de la Sábana Santa no puede ser del siglo XIV, pues los dos cubrieron la misma cara.

26. Los doctores en Ciencias Físicas de la NASA americana Jackson y Jumper con el analizador de imagen VP-8, han logrado una foto en relieve, transformando en altura el relieve de cada punto, pues la intensidad de la quemadura depende de la distancia de este punto desde la tela a la piel.[43] No se comprende cómo se pudo hacer esto en la Edad Media sin los

[40] Pier Luigi Baima Bollone, *La Sindone. Indagini scientifiche,* Edizioni Paoline, Roma, 1988.

[41] *Catolicismo*, enero de 1989, p. 13.

[42] Sebastiano Rodante, *La Sicilia, Attualitá,* 15 de octubre de 1988, p. 24. Arístides R. Vilanova, *Toda la verdad sobre la Sábana Santa de Turín,* Ed. Fundación San Pío X, Madrid, 1 ª. Vil, 7.

aparatos que hoy tenemos. Afirmar que la Sábana Santa es una falsificación de la Edad Media es como si se dijera que en la Edad Media el hombre había pisado la Luna sin la tecnología de hoy.

Estos interrogantes que la prueba del carbono-14 deja sin aclarar deben inclinarnos a muchos a mantener nuestra convicción de que la Sábana Santa es auténtica.

Las investigaciones de la Sábana Santa no han llegado al final. Como dijo el 13 de octubre de 1988 el cardenal Anastasio Ballestrero, arzobispo de Turín y custodio de la Sábana Santa, en la comunicación de los resultados de la prueba del carbono-14 (por cierto, antes de conocerse el informe científico sobre la metodología empleada),[44] las investigaciones sobre esta sábana van a seguir.

Los que creemos en la autenticidad de la Sábana Santa esperamos que estas nuevas investigaciones superen los resultados que ahora han presentado los analistas de la prueba del carbono-14.

---

[43] John P. Jackson, Eric J. Jumper, *Actas del Segundo Congreso Internacional de Sindologia: La Sábana* v *la Ciencia,* Ed. Paoline, Turín, 1978, p. 163.

[44] Manuel Ordelg, «La Sábana Santa de Turín y los análisis del carbono-14», Segundas Jornadas Nacionales sobre la Sábana Santa, Sevilla, 25 y 26 de noviembre de 1988.

7. ESTUDIO CIENTÍFICO DEL MISTERIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE MEXICANA

En diciembre de 1531, la Virgen se aparece varias veces al indio Juan Diego en el monte Tepeyac, de sólo cuarenta metros de altura, hoy en la actual capital de México, en el Distrito Federal.

Le dice que quiere allí un templo en el llano, que se lo comunique al obispo, y añade: «Como Madre, allí mostraré mi clemencia amorosa para todos los que soliciten mi amparo. Y oiré sus lágrimas y sus ruegos para darles consuelo y alivio. Porque soy vuestra Madre compasiva.»

Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, de la orden franciscana, recibió amablemente al indio, pero le dijo que necesitaba una prueba para estar seguro de que lo que decía era verdad. Como señal, la Virgen le dice al indio que suba a la colina, coja unas rosas y se las lleve al obispo. Era diciembre, pero Juan Diego no lo dudó. Subió a la colina y allí estaban las rosas. Las recogió en la tilma que llevaba como vestido y se las llevó al obispo como señal de que Ella quería allí un templo.

La tilma era el nombre en náhuatl, la lengua que hablaba Juan Diego, del poncho o capa que utilizaban los indios pobres mexicanos, que se anudaba al hombro.

Cuando Juan Diego se encontró delante del obispo y soltó la tilma donde llevaba las rosas, éstas cayeron al suelo. Como no era tiempo de rosas, el obispo comprendió que la señal era verdadera. En la tilma apareció estampada la imagen de la Virgen. Esto ocurría el 12 de diciembre de 1531. El obispo, emocionado, tomó en sus manos la tilma de Juan Diego y la colocó en su oratorio; después la trasladó a la iglesia mayor de la ciudad para que fuera venerada por la multitud devota.

Esta tilma o ayate con la imagen de la Virgen fue llevada después a una ermita que se construyó en el monte Tepeyac. Esta ermita provisional de paja y adobe se construyó en dos semanas. El 26 de diciembre de 1531, una solemne procesión, con el obispo, Hernán Cortés y todas las autoridades, trasladaba la tilma de Juan Diego al pequeño santuario, que acogió la reliquia hasta 1557. El segundo obispo de México, don Alonso de Montúfar, dominico, construyó otra ermita que estuvo en servicio hasta 1622.

Después se han ido construyendo siete templos, hasta la actual basílica, que se dedicó el 11 de febrero de 1976, con una capacidad para diez mil personas.

Cuando la Virgen se apareció en el Tepeyac, en el mes de diciembre de 1531, hacía sólo diez años que México había sido conquistado por Hernán Cortés con sus quinientos soldados. Aquel año de 1519, lo que hoy es la República Mexicana estaba habitada por trescientas tribus, enemigas entre sí y dominadas por los aztecas. En aquella época, esta zona estaba prácticamente deshabitada. Al erigirse la ermita, fue aumentando alrededor el número de edificaciones.

El pueblo de Guadalupe aparece por primera vez en un acta del Ayuntamiento de México el.3 de diciembre de 1563. El 24 de junio de 1751 se le da rango de villa (como Madrid), por cédula real, con escudo de armas donde aparece Juan Diego con la tilma enseñando la imagen grabada en ella.

El 12 de febrero de 1828 fue elevada por decreto a la categoría de ciudad y en 1931 fue absorbida por el monstruo del Distrito Federal y disminuida a delegación.

La conservación de la imagen de la Virgen de Guadalupe

La ciudad de México en 1531 se llamaba Tenochtitlán. Era la capital del Imperio azteca y estaba rodeada de lagos. El monte Tepeyac está junto al lago salado Texcoco. Maderas próximas a este lago salado no han durado más de cien años. El mismo hierro se pudre. La tilma de Juan Diego tiene ya más de cuatrocientos cincuenta años y se conserva en perfecto estado. Se han hecho pruebas con tejidos de fibra de maguey, como la tilma de Juan Diego, y se ha visto que a los veinte años el tejido se

descompone por putrefacción. Es inexplicable que la tilma de Juan Diego haya durado cuatrocientos cincuenta años.

La imagen, que tiene metro y medio de estatura, está hoy protegida por un cristal, pero durante 116 años, hasta 1647, estuvo sometida al polvo, a la humedad, al salitre del próximo lago Texcoco, a los excrementos de moscas e insectos, al humo de centenares de velas votivas, al contacto de los dedos, medallas, cruces, rosarios, anillos, pulseras y toda clase de objetos. Razón de sobra para que estuviera enormemente deteriorada, y no es así. La imagen está tan fresca y el colorido es tan brillante como si se acabara de pintar.

El que la imagen estuviera deteriorada después de estos avatares no le quitaría verosimilitud a las apariciones si éstas se prueban por distintas razones, pero el que haya superado tantos avatares es una confirmación.

Es más, Carlos María Bustamante certifica que en 1791, a unos trabajadores que limpiaban el marco de plata, se les derramó un frasco de ácido nítrico que recorrió el cuadro de arriba abajo. Lo natural es que hubiera destrozado el lienzo. Por el contrario, sólo hay una leve mancha que apenas se ve. Sobre este hecho se conserva el expediente original en el archivo de la basílica de Guadalupe.

La tilma de Juan Diego está colocada sobre una placa metálica, cuya temperatura oscila alrededor de los 15 grados centígrados, mientras que la tilma se mantiene a 36,5 grados, que es la temperatura de un cuerpo humano sano.

Entre los prodigios realizados por la Virgen de Guadalupe llama la atención el ocurrido el 14 de noviembre de 1921, a las 10.30 de la mañana, cuando Luciano Pérez Carpió subió «devoto» al altar y colocó un enorme ramo de flores en el que se escondía una poderosa bomba.

Los efectos de la explosión fueron aparatosos: destruyó las gradas de mármol del altar que sostenía la imagen, hizo volar por los aires los pesados candelabros, retorció un gran crucifijo de metal que todavía se exhibe en ese estado, convirtió en polvo jarrones, floreros y vidrios de casas cercanas a la basílica, y el cristal de un cuadro de san Juan colgado detrás de la Virgen de Guadalupe. Prodigiosamente, la imagen de la Virgen de Guadalupe no recibió ni un rasguño; más aún, quedó intacto el cristal que la protegía, y entonces no existían los cristales antibala.

Los estudios sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe

El doctor Philip S. Callahan, del equipo científico de la NASA americana, biofísico de la Universidad de Kansas, Estados Unidos, investigador, científico y técnico en pintura, y el profesor Jody Brant Smith, Master of Arts de la Universidad de Miami y catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Pensacolla, examinaron la imagen con rayos infrarrojos.

En su libro *La tilma ele Juan Diego* exponen el estudio realizado y distinguen las partes retocadas y los añadidos a la imagen hechos por mano humana sobre el original.

El padre Faustino Cervantes, especialista en temas guadalupenses y traductor del libro de Smith y Callahan, dice que algunas de las cosas que ellos consideran añadidos pueden ser sólo «intensos retoques». Entre éstos pueden estar el oro añadido sobre los rayos y la plata sobre la luna. Frangutti opina que los rayos de sol y la luna son añadidos, pero si se eliminaran el ángel, la luna, etc., la imagen perdería la «proporción áurea», que es la expresión perfecta de la armonía estética, universalmente buscada en las obras de arte de Egipto, Grecia, Roma, el Renacimiento, etcétera, y a la que responde perfectamente la imagen de la Virgen de Guadalupe. Además, las descripciones más antiguas de la imagen, como la de Antonio Valeriano, contemporáneo de los acontecimientos, en su *Nican Mopóhua,* presentan la imagen como está actualmente. Lo que sí fue añadido es la corona que durante algún tiempo le pintaron sobre la cabeza.

La imagen está grabada sobre un tejido de ayate hecho con fibra de maguey, parecido a la pita, sin preparar. Es un tejido burdo, incluso se ve a trasluz el movimiento de un brazo, como a través del enrejado de una celosía. Es transparente a pesar de lo grueso que es el hilo.

Sus dimensiones son 104 por 170 centímetros, y está formada por dos partes unidas en el medio por una burda costura vertical efectuada con un hilo de maguey. La imagen se halla también representada en el revés de la tilma.

Es imposible que manos humanas hayan pintado esta imagen sobre este lienzo sin prepararlo previamente con aparejo, apresto o imprimación, como se dice técnicamente.

El profesor don Francisco Camps Ribera, de Barcelona, reconocido mundialmente como experto en técnicas pictóricas, que ha trabajado en las

primeras pinacotecas de España, Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y Canadá, después de examinar la tela observó que no estaba preparada para pintar sobre ella y concluyó: «Ningún artista humano habría elegido para realizar su obra un lienzo de esta calidad sin preparación.»

Tanto los científicos americanos, Smith y Callahan, que trabajaron en la NASA, como el pintor Francisco Camps Ribera en su dictamen elaborado en 1954, afirman que en la imagen de la Virgen de Guadalupe no hay huella de pincel.

El doctor Ricardo Kühn, director del Departamento de Química de la Universidad de Heidelberg, Alemania, y premio Nobel de Química, analizó las fibras del ayate de Juan Diego. Su dictamen, sin conocimiento de la procedencia de las fibras, fue que no existía colorante, ni animal, ni vegetal, ni mineral, ni sintético.

Es curioso que las irregularidades del lienzo, por los hilos desiguales, resaltan más los rasgos. Por ejemplo, un hilo más grueso de lo normal pone de relieve el labio superior, y otro, el párpado del ojo derecho.

El doctor Enrique Graue, oftalmólogo de fama internacional, director de un hospital oftalmológico en México, afirma: «Examiné los ojos con oftalmoscopio de alta potencia y pude apreciar en ellos la profundidad de ojo, efecto que se observa en un ojo vivo.»

En estos ojos aparece el efecto Purkinje-Sansom: se triplica la imagen en la córnea y en las dos caras del cristalino.

Este efecto fue estudiado por los doctores Purkinje de Breslau y Sansom de París y, en oftalmología, se conoce por el efecto Purkinje-Sansom. Este fenómeno, exclusivo del ojo vivo, fue observado también en el ojo de la Virgen de Guadalupe por el doctor Rafael Torija con la ayuda de un oftalmoscopio. Él lo certifica con estas palabras: «Los ojos de la Virgen de Guadalupe dan la impresión de vitalidad.»

Lo mismo afirman los doctores Guillermo Silva Ribera, Ismael Ugalde, Jaime Palacio, etc. Desde el año 1950, los ojos de la Virgen de Guadalupe han sido examinados por una veintena de oftalmólogos.

En 1951, don Carlos Salinas descubrió un rostro humano en el ojo de la Virgen de Guadalupe. Hizo un experimento fotografiando el ojo de su hija donde se reflejaba una imagen de la persona que tenía delante. Es exactamente lo que encontramos en el ojo de la Virgen de Guadalupe.

Uno de los investigadores de los ojos de la Virgen de Guadalupe es el doctor José Aste Tonsmann, peruano de nacimiento, doctor ingeniero, especialista en computadoras por la Universidad de Cornell, en Nueva York, y actualmente profesor de Investigación Operativa en la Universidad Iberoamericana de México capital. Fue a México para trabajar en el proceso digital de imágenes enviadas por satélite, y el misterio de los ojos de la Virgen de Guadalupe atrajo su atención.

El doctor Aste hizo lo mismo que Salinas con unas fotografías, tomadas sin cristal, del ojo de la imagen de la Virgen. El procedimiento consiste en dividir el ojo en cuadrículas de un milímetro cuadrado, y cada cuadrito de éstos en 1 600 cuadrículas de quince por quince micrones, por medio de un escáner o microdensitómetro, que es un barredor de imágenes. Cada milímetro cuadrado original queda fragmentado en 25000 pequeñísimos cuadrados que se amplían 2 500 veces, con lo cual se captan detalles imposibles de detectar con un microscopio convencional. El ojo humano capta alrededor de unos treinta tonos de grises. Con el microdensitómetro se captan doscientos cincuenta y seis.

Con este proceso descubrió en una córnea de 7 mm, al parecer, la escena que la Virgen tenía delante, formada por un grupo de doce personas.

Algunos han atribuido al doctor Aste una interpretación subjetiva de las imágenes, pero un especialista en análisis de proceso digital de imágenes interpreta estas figuras mejor que nosotros; lo mismo que un médico interpreta una radiografía mejor que nosotros.

El doctor Aste ve en el ojo de la imagen la cabeza de un español, que fue la primera que descubrió don Carlos Salinas. También ve el doctor Aste al indio Juan Diego con un gorro. No es lógico que Juan Diego permaneciera cubierto delante del obispo, pero tenía las manos ocupadas sujetando la tilma con las rosas y no pudo quitarse el gorro. En el otro extremo se ve un indio sentado; probablemente, algún enfermo o lisiado que fue a pedir socorro al obispo. En medio se ve la cabeza de un anciano, que podría ser la del obispo Zumárraga. Es un rostro muy parecido al de un retrato suyo pintado en 1548, el año en que murió, que se hizo para el hospital del Amor de Dios, fundado por él, y que hoy se conserva en el Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec en México, D. F. Este cuadro fue copiado por el célebre pintor guadalupano Miguel Cabrera. Este pintor se dedicó a pintar cuadros de la Virgen de Guadalupe. Empezó su carrera de pintor a los veinticuatro años y los cuadros de Guadalupe los empezó a pintar a los cuarenta y seis, es decir, después de

veintidós años como pintor. Tal era su profesionalidad que resultó elegido para pintar la copia de la Virgen que se mandaría oficialmente al papa Benedicto XIV y que llevó el padre Francisco López, de la Compañía de Jesús.

En el grupo de personas que se descubre en el ojo de la Virgen aparece la figura de una mujer negra. En un principio pareció ser un error. No era lógico encontrar negros en México en 1531; pero revisando la *Historia de la Iglesia en México,* del padre jesuita Mariano Cuevas, el doctor Aste se enteró de que Zumárraga había nombrado en su testamento a su sirvienta negra. Es sorprendente que el doctor Aste descubriera una mujer de color en la escena sin tener conocimiento previo del testamento de fray Juan de Zumárraga.

Evidentemente, la identificación de las figuras del caballero español, Juan Diego, Zumárraga, etcétera, deberán ser comprobadas por ulteriores investigaciones, pero hay un hecho indudable: las escenas gráficas que hay en estos ojos no pueden ser obra de mano humana.

Las imágenes están en los dos ojos y con la conveniente inclinación. El hecho de que en los dos ojos aparezcan las mismas imágenes excluye toda posibilidad de casualidad. Ni siquiera con la tecnología actual sería posible «pintar» las figuras rescatadas por la computadora en una córnea de 7 mm.

Conclusiones del estudio de la imagen

Los estudios científicos realizados en la Virgen de Guadalupe podían terminar con las siguientes conclusiones:

1. Científicamente no se explica la conservación del ayate durante cuatrocientos cincuenta años, pues lo normal es que no dure más de veinte.

2. Científicamente no se explica cómo no se ha deteriorado la imagen a los cuatrocientos cincuenta años, ciento dieciséis de los cuales pasó sin cristal y sometida al contacto de toda clase de objetos.

3. Científicamente no se explica cómo no se destruyó el ayate cuando se derramó sobre él ácido nítrico de arriba abajo.

4. Científicamente no se explica cómo el ayate no sufrió daño alguno cuando tuvo lugar la explosión de la bomba, el 14 de noviembre de 1921, que destrozó todo lo que había cerca.

5. Científicamente no se explica la diferencia de temperatura entre el ayate y la placa metálica.

6. Científicamente no se explica que esta imagen esté realizada en un lienzo de esas características sin preparación adecuada.

7. Científicamente no se explica cómo es posible que en esta imagen no haya colorante animal, ni vegetal, ni mineral, ni sintético.

8. Científicamente no se explica que el ojo de la imagen tenga las características de un ojo humano vivo con el efecto Purkinje-Sansom.

9. Científicamente no se explica que en un ojo de 7 mm. aparezcan doce figuras humanas.

Todo esto nos hace pensar que la imagen no es de origen humano.

El relato de las apariciones

El relato de las apariciones se remonta a fechas muy próximas a éstas.

Hay dos escritos en lengua azteca (náhuatl). El primero es uno breve del padre Juan González, capellán, confesor e intérprete del obispo fray Juan de Zumárraga, que no entendía al indio Juan Diego. Esta breve narración conserva frases de Juan Diego al pie de la letra. Este relato lo entregó a Juan Tonaz, a quien el virrey Martín Enríquez mandó recoger los documentos relacionados con el hecho. Se escribió el año 1580. Está en el Museo Nacional de México (manuscrito 1475).

Hay otro relato más extenso, también en náhuatl, que se ha hecho tradicional y que se debe a Antonio Valeriano, un indio muy culto, sobrino de Moctezuma y contemporáneo de las apariciones. Lo terminó en 1548, el mismo año en que murieron Juan Diego y el obispo Zumárraga. Se llama *Nican Mopóhua,* por sus dos primeras palabras, que significan «aquí se nana». Fue traducido al castellano por el bachiller don Luis Becerra Tanco, conocedor del idioma náhuatl y experto en la historiografía indígena. Tituló esta traducción *Felicidad de México.*

Luis Lasso de la Vega, que fue capellán de Guadalupe durante diez años (1647-1657) y gran conocedor de la lengua náhuatl, lo hizo imprimir en 1649.

Antonio Valeriano nació en Atzcapotzalco el año 1516; fue alumno del Colegio de Santa Cruz en Santiago Tlatelolco. De alumno pasó a maestro y rector, y luego llegó a ser gobernador durante treinta y dos años,

desde enero de 1573 a agosto de 1605, en que murió. Gobernó con tal acierto y aceptación que mereció una carta de Felipe II haciéndole muchas mercedes. Fue un auténtico humanista que, además del castellano y el náhuatl, su idioma propio, dominaba el latín mejor que los españoles, según dicen las crónicas.

Las narraciones de las apariciones tienen una ingenuidad encantadora. En una de ellas cuenta Juan Diego que para asistir a su tío Juan Bernardino, que estaba moribundo, tomó otro camino para no encontrarse con la Señora en el lugar acostumbrado y no entretenerse, pues iba en busca de un sacerdote que lo confesara. Era el martes 12 de diciembre. Pero la Virgen le salió al paso y le dijo:

—¿Dónde vas, hijo mío? ¿Dónde vas por aquí?

Y él, avergonzado, contestó;

—¿Cómo amaneciste, Niña mía muy amada? Dios te guarde. No te disgustes, pero es que voy con prisa a buscar un sacerdote que confiese a mi tío moribundo. Después volveré a cumplir tu encargo.

Su tío Juan Bernardino era para él como un padre, pues vivía en su casa y era el único pariente que le quedaba vivo.

Juan Bernardino fue curado por la Virgen de Guadalupe de la peste cocoliztli, que diezmaba la población. En el parque Oriental del monte Tepeyac hay un monumento de bronce a Juan Bernardino, con un libro, también de bronce, explicando el hecho.

En el mismo parque Oriental hay un grupo escultórico en bronce, obra de Aurelio Mendoza, artista mexicano. La Virgen tiene cinco metros de altura y representa a la Virgen de Guadalupe con los brazos abiertos, recibiendo la ofrenda del pueblo mexicano ofrecida por fray Diego de Zumárraga.

El padre jesuíta Javier Escalada, asesor en la ornamentación de este parque, expresa así el simbolismo de este monumento: «La tierra que pisas, peregrino, es sagrada; pues también la pisó María cuando en esta colina se apareció a Juan Diego. Sigue caminando con atento y gozoso corazón hasta encontrar la fuente que simboliza «la ofrenda» de México a la Virgen. De lo alto de la historia del Tepeyac brotan dos cascadas impetuosas, símbolo de la valiente raza azteca y de la España misionera que se unen mansamente a los pies de María, Madre y Forjadora de la patria mexicana.»

Juan Diego era un indio sencillo. Nació en 1474 en Cuautitlán. Hay un monumento de bronce dedicado a Juan Diego de tres metros de altura en Cuautitlán, su ciudad natal, y en el mismo sitio donde nació. Este monumento se debe al padre Lauro López Beltrán, uno de los primeros especialistas en todo lo relacionado con la Virgen de Guadalupe. Cuautitlán es una de las ciudades más antiguas de América. Existía tres mil años antes de Cristo.

Cuando la Virgen se le apareció a Juan Diego en el Tepeyac, en diciembre de 1531, según algunos vivía en Tulpetlac, de donde era su esposa.

Otros opinan que seguía viviendo en Cuautitlán, su ciudad natal, pues Femando de Alva, escritor verídico y exacto, en su *Nican Motecpána,* de 1563, dice que Juan Diego dejó a su tío Juan Bernardino, curado por la Virgen de Guadalupe, al cuidado de la casa y de las tierras que había heredado de sus padres y abuelos, mientras él vivía en el Tepeyac al cuidado de la ermita de la Virgen.

María se le apareció en el monte Tepeyac cuando Juan Diego iba de Cuautitlán a Tlatelolco, unas tres horas de camino, a ser catequizado por los franciscanos que allí tenían la parroquia de Santiago y el Colegio de Santa Cruz. Fue convertido y bautizado con su mujer cuando tenía cincuenta años, en 1524. Le pusieron por nombre Juan Diego. Su nombre indígena era Cuauhtlatohuac, que significa «el que habla como águila».

Estaba casado con la india Malintzin, que después de bautizada tomó el nombre de María Lucía, «de la misma calidad que su marido», dicen las crónicas. María Lucía murió en 1529, dos años antes de las apariciones.

Juan Diego murió el 12 de junio de 1548, a los setenta y cuatro años. Cuando se le apareció la Virgen tenía cincuenta y siete años. Juan Diego se caracterizó por su humildad, su castidad y su amor a la Eucaristía.

El padre jesuíta Francisco de Florencia, en su libro *La estrella del norte de México,* dice que Juan Diego tenía permiso para comulgar tres veces a la semana, lo cual era insólito en aquellos tiempos, pues ni siquiera las monjas y religiosos podían comulgar más de una vez a la semana. El obispo Zumárraga le concedió tal privilegio en atención a sus virtudes.

El obispo de México, fray Juan de Zumárraga, era oriundo de la villa de Durango, en Vizcaya, España. Como es lógico, se resistía a aceptar las apariciones; pero después quedó tan convencido que él mismo trabajó con sus propias manos en la construcción de la primera ermita.

La importancia de la Virgen de Guadalupe en la evangelización de México

Cuando se hizo el traslado de la tilma de Juan Diego a la primera ermita del Tepeyac, el 26 de diciembre de 1531, iban en la multitudinaria procesión el obispo fray Juan de Zumárraga, descalzo, y Hernán Cortés con la cabeza descubierta.

El nombre de Guadalupe era una españolización del nombre azteca *Tequatlasupe,* que significa «la que aplasta la serpiente». En aquellos tiempos, en México había mucho culto al dios serpiente, al que se ofrecían sacrificios humanos. En el mismo cerro del Tepeyac se daba culto a Tonantzín, madre del dios serpiente.

María eligió este sitio para sustituir el culto idolátrico a Tonantzín por el culto legítimo a la Verdadera Madre del Verdadero Dios.

Cuenta Motolinía, en su *Historia de los indios de la Nueva España,* que Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría contaron 136000 calaveras humanas en el templo Teocali, sacrificadas al sanguinario dios Huitzilopoztli, el dios serpiente, que era la personificación del demonio.

El escritor y periodista licenciado Nemesio Rodríguez Lois, autor de varios libros de historia, en su obra *Forjadores de México,* nos dice lo siguiente: «Huitzilopoztli —la deidad caníbal de Tenochtitlán— era tan insaciable que los humildes habitantes de sus dominios vivían en continuo sobresalto, temiendo que de un momento a otro cayera sobre ellos el filoso pedernal de los sacrificadores. Esta deidad que tan espantado y embrutecido tenía al pueblo azteca era de aspecto tan horroroso que los españoles lo llamaron Huichilobos. Huitzilopoztli representaba al dios del mal.»

El historiador y jesuíta padre Mariano Cuevas, en su *Historia de la Iglesia en México* (tomo I, cap. III), dice que pasarían de diez mil los seres humanos que cada año se sacrificaban al demonio serpiente, que se alimentaba de sangre humana.

El ídolo Huitzilopoztli fue hecho pedazos por Hernán Cortés personalmente, según cuenta Andrés de Tapia, cronista de la conquista y testigo presencial.

Con la llegada de los españoles, los indios vieron con sorpresa y admiración derribados sus ídolos y ritos milenarios. La Virgen de Guadalupe significó para ellos el fin de los sacrificios humanos

repugnantes para el pueblo, que temblaba ante la ferocidad de sus ídolos, pero a los que se sometía por temor. De ahí las conversiones en masa.

Veían en la imagen símbolos que vencían a sus dioses. Detalles de la imagen eran muy significativos para los indígenas, que pudieron descifrar cosas que pasaban inadvertidas a los españoles.

La imagen les hablaba a través de los signos. Era un pictograma, un códice, como un libro abierto que se podía leer fácilmente. Los aztecas se expresaban por signos que representaban ideas y objetos. Los aztecas no tenían escritura.

El broche con la cruz indica que ella nos trae la joya de Cristo crucificado. Era la misma cruz que ellos veían en los estandartes de los españoles.

El ceñidor era señal de embarazo, y a la altura que está lo da a entender claramente. Lo mismo que la caída del lazo con las puntas abiertas.

El trébol de cuatro hojas es signo de plenitud, por eso simboliza a Dios. Al estar sobre el vientre de María quiere decir que Ella nos trae a Dios en su seno. Ella misma se presentó como la Madre del Verdadero Dios, del Dios Autor de cielo y tierra y que está en todas partes. La siempre Virgen María Madre, no de los dioses falsos, en cuyo altar se derramaba sangre humana, sino del verdadero Dios.

El ángel, hombre alado, simboliza a Juan Diego, cuyo nombre era Cuautlatohuac, que significa «el que habla como el águila». Llevaba la camisa que usaban los indios convertidos; pues, antes, debajo de la tilma, sólo llevaban el taparrabos. Juan Diego es el ángel mensajero que nos trae a la Virgen de Guadalupe: la sostiene con sus brazos.

El pueblo azteca adoraba al sol, la luna y las estrellas. La Virgen de Guadalupe oculta al sol, sus rayos aparecen por detrás, pisa la luna y las estrellas adornan su manto. Todos al servicio de María.

Otro descubrimiento curiosísimo en la imagen de la Virgen es la posición de las estrellas en el manto. Para los indios, que las adoraban y las conocían, debió de ser muy significativo.

El doctor Hernández Illescas ha estudiado la posición de las estrellas en el altiplano de México durante el solsticio de invierno de 1531, año de las apariciones. Resulta que todas las estrellas del manto de la Virgen corresponden a las principales estrellas de las constelaciones en aquellos días.

La convergencia de hechos inexplicables en la imagen de la Virgen es tal que nos lleva a pensar que su origen es de naturaleza sobrenatural.

A pocos hombres debe tanto México como al obispo fray Juan de Zumárraga. A él le deben los indios la más tenaz y más sensata defensa. Él consiguió la primera imprenta que hubo en América, negoció la primera universidad americana, fundó el hospital del Amor de Dios, trajo de España árboles frutales, semillas de lino y cáñamo, y hasta moriscos de Granada para enseñar a los indígenas el cultivo de la seda. Trajo bestias de carga para relevar a los indios, y artesanos que enseñasen a tejer telas, alfombras, tapicerías, etc. Zumárraga levantó asilos y hospitales, promocionó la cultura y abrió fuentes de trabajo. Su memoria debe ser bendecida por México.

Fray Juan de Zumárraga escribió el proceso de los hechos relacionados con las apariciones. Éstos se encontraban en el archivo arzobispal de la Ciudad de México en 1601. El proceso canónico sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe fue firmado el 16 de abril de 1666, por don Francisco de Siles, canónigo lectoral de la catedral Metropolitana de México. Este proceso consta de doscientas páginas y está acompañado de una carta serenamente razonada del cabildo al pontífice Alejandro VII, entonces reinante.

La devoción a la Virgen de Guadalupe perdura desde hace cuatrocientos cincuenta años y va en aumento. Guadalupe atrae al año diez millones de fieles. Es el templo más visitado después de la basílica de San Pedro en el Vaticano. Más que Lourdes y Fátima. Hacia la basílica hay peregrinaciones continuas de pueblos, colegios, taxistas, obreros de una fábrica o de otra. El paso por delante de la Virgen es constante. Muchos cruzan la plaza de rodillas. Algunos pidiendo la salud. Otros en acción de gracias. Hay quien anda hasta cuatro días para llegar. Toda la noche del 11 al 12 de diciembre, la basílica está llena de gente, mientras van pasando a cantarle a la Virgen toda clase de personas.

8. IDENTIFICACIÓN CIENTÍFICA DE LA TUMBA Y DE LOS RESTOS DE SAN PEDRO EN EL VATICANO

La identificación científica de la tumba de san Pedro es obra de los padres jesuitas Kirschbaum y Ferrúa, y de los señores Ghetti y Josi. Todo empezó en 1939, con Pío XII, cuando se estaban llevando a cabo unas excavaciones para preparar la tumba de Pío XI. Mientras se estaban haciendo las excavaciones se descubrió un mosaico.

Existía una tradición que decía que debajo del altar papal, debajo del baldaquino de Bernini, debajo de la cúpula de Miguel Ángel, había una necrópolis, un cementerio, donde había sido enterrado san Pedro.

Cuando al hacer la excavación para enterrar a Pío XI apareció un mosaico, Pío XII mandó que siguieran excavando, y apareció la necrópolis. Un cementerio importantísimo. En él aparecen mausoleos de familias importantes de Roma, como los Flavios, los Valerios, etcétera.

Se sacaron cincuenta mil metros cúbicos de tierra de debajo de la basílica de San Pedro. En la excavación aparece una tumba cavada en la tierra abierta y vacía.

Sabemos por la historia que Nerón persiguió a los cristianos. Nerón era un maniático que incendió Roma y echó la culpa a los cristianos. Perseguir a los cristianos era una justificación del incendio de Roma. Tuvo lugar una matanza de cristianos, entre ellos san Pedro, al que martirizó en el circo de Calígula. Este circo lo había empezado a construir Calígula y lo terminó Nerón. El circo, que se llamó de Nerón, está al lado del monte Vaticano.

Dice la tradición que a san Pedro lo crucificaron cabeza abajo. Flavio Josefo, historiador de aquel tiempo, que conocía cómo eran las crucifixiones de los romanos, refiere las distintas maneras de crucificar que solían usar, y una de ellas era cabeza abajo. Dice la tradición que a san Pedro lo crucificaron cabeza abajo, en el circo de Calígula y Nerón, al lado del monte Vaticano. Y en el monte Vaticano había una necrópolis, un cementerio. A san Pedro lo enterraron en esa necrópolis en la ladera del Monte Vaticano, y en una tumba pobre. San Pedro era pobre. Aquellos cristianos eran pobres. Lo enterraron en la tierra, en una tumba pobre.

El lugar de la tumba de san Pedro

Cuando Constantino venció a Majencio en la batalla de Puente Milvio, el 28 de octubre del año 312, afirmó que había visto el signo de Cristo en el cielo, y que le había dado la victoria sobre Majencio, a pesar de que éste tenía tropas muy superiores. Esto lo cuenta el historiador Eusebio de Cesárea, y dice que lo oyó de viva voz del mismo Constantino.

Constantino, en agradecimiento a Cristo que, según él, le había dado la victoria, se convierte al cristianismo. Junto a la basílica Lateranense, en Roma, hay un obelisco en el que pone: «Aquí fue bautizado Constantino por el papa Silvestre.»

Constantino da paz a la Iglesia en el año 313 y edifica una serie de templos cristianos. Uno de ellos fue la basílica en honor de san Pedro, sobre la tumba de san Pedro.

¿Y cómo sabía Constantino dónde estaba enterrado san Pedro?

Hacía muy pocos años que había muerto san Pedro. Todavía vivían los nietos de los que habían conocido a san Pedro. Todo el mundo sabía dónde estaba enterrado, sobre todo san Silvestre, su sucesor. Además, las tumbas eran lugares sagrados y muy venerados.

Pero además hay una razón clarísima para saber que Constantino levanta su basílica sobre la tumba de san Pedro, porque la edifica en la ladera de un monte, con un desnivel de once metros. Hubo que hacer un enorme corrimiento de tierras para hacer una gran explanada en la ladera del monte, y entonces no existían las excavadoras y las máquinas que tenemos hoy. A los pocos metros tenía la gran explanada del circo de Nerón, que tenía trescientos metros de largo por cien de ancho, que le habría evitado mucho trabajo.

Además de las dificultades técnicas que tuvo que resolver para levantar la basílica en la ladera de un monte, están las dificultades morales y jurídicas, puesto que tuvo que sepultar bajo la basílica una necrópolis que había llegado a ser una de las más importantes de Roma, y donde estaban enterradas muchas familias ilustres. Surgirían problemas con las familias que allí tenían a sus seres queridos.

Por lo tanto, la única razón por la que Constantino levantó su basílica en la ladera de un monte, sepultando una necrópolis con todas las dificultades que suponía, era porque allí estaba la tumba de san Pedro. En caso contrario no tiene explicación que levantara su basílica en un sitio tan complicado.

En la tumba abierta y vacía que aparece en la necrópolis, debajo del baldaquino de Bernini y la cúpula de Miguel Ángel, se descubren dos cosas muy importantes:

Primera: esa tumba está protegida por unos muros para defenderla de las filtraciones de agua, muy frecuentes en esa ladera del monte Vaticano. Las otras tumbas adyacentes no tienen esa protección de muros. Luego la persona que estaba enterrada en esta tumba de tierra era muy importante.

Segunda: debió de ser una persona muy venerada, porque en esa tumba abierta y vacía aparecen centenares de monedas. Monedas romano-imperiales y monedas medievales de casi toda Europa; por lo tanto, esa tumba fue venerada por toda Europa.

Por varias razones los investigadores llegan a la conclusión de que es la tumba de san Pedro. Pío XII lo anunció en el radiomensaje de Navidad de 1950: «Hemos encontrado la tumba de san Pedro.»

Las investigaciones en la tumba de san Pedro

Terminada esta investigación, en 1952, la profesora Margarita Guarducci, primera autoridad mundial en epigrafía griega, empieza a descifrar los grafitos que hay en uno de los muros adyacentes a esa tumba.

Los grafitos son unas inscripciones hechas con punzón en el enlucido de los muros. Lo que se ve allí es una maraña, porque están escritos unos encima de otros. Ha publicado tres gruesos tomos en folio descifrando esos grafitos. Descubre unos muy interesantes. Por ejemplo: «Pedro, ruega por los cristianos que estamos sepultados junto a tu cuerpo.» Otra inscripción

es el logotipo de Pedro, que era como una P y en el palo vertical tres rayas horizontales en forma de llave. Significa: «Pedro el de las llaves.» Alude al pasaje evangélico de san Mateo, en el que Cristo entrega a Pedro las llaves del reino de los cielos..

La profesora llega a la conclusión de que por allí está la tumba de san Pedro. Estos grafitos están en el muro G, que es un muro blanco; pero en el adyacente, que es un muro rojo, descifra un grafito que significa: «Pedro está aquí.» Excavan y descubren un nicho forrado de mármol blanco, y allí unos huesos.

Se encarga al profesor Venerando Correnti, catedrático de Antropología de la Universidad de Palermo, que estudie esos huesos. El profesor Correnti llega a esta conclusión: «Aquí hay huesos humanos y huesos de ratón.» Un ratón que se coló por una rendija, no pudo salir y murió allí. Y los huesos humanos, una vez estudiados, proporcionan los siguientes datos:

Primero: tienen adherida tierra. En cambio, los huesos de ratón estaban limpios. Se analiza la tierra adherida a los huesos humanos y es la misma tierra de la tumba abierta y vacía, identificada como la de san Pedro, mientras que las tumbas colindantes tenían otra clase de tierra.

Segundo: esos huesos están coloreados de rojo por haber estado envueltos en un paño de púrpura y oro. Hay hilos de oro y de la tela. Debían de ser huesos de una persona muy venerada, pues los envolvieron en un rico paño de púrpura y oro, para guardarlos en ese nicho. Parece que estos huesos fueron retirados de la tumba de tierra y guardados en ese nicho para protegerlos de la humedad del terreno. Este nicho ha permanecido intacto desde Constantino hasta hoy.

Tercero: los huesos humanos son de la misma persona, de sexo varón, de complexión robusta, que murió a una edad avanzada y vivió en el siglo I.

Como afirma la profesora Guarducci, si nosotros a priori buscáramos los huesos de san Pedro, ¿qué buscaríamos? Huesos de varón. De complexión robusta: Pedro era pescador. Muerto a una edad avanzada: parece que Pedro murió a los setenta y tantos años. Que vivió en el siglo i.

Precisamente eso hemos encontrado. La profesora Guarducci ha publicado la identificación de estos huesos en un libro titulado *Las reliquias de san Pedro,* publicado por la editorial Vaticana en 1965.

Por eso, Pablo VI dijo el 28 de junio de 1978: «Hemos llegado al final. Hemos encontrado los huesos de san Pedro, identificados científicamente por especialistas en el tema.»

El recuerdo de Pedro en Roma

El recuerdo que ha quedado de san Pedro en Roma, desde su tumba hasta la cúpula de Miguel j Ángel, es incomparablemente superior al de todos los emperadores romanos, de los que en su mayoría sólo quedan ruinas.

Los emperadores tuvieron todo el poder terrenal en sus manos. San Pedro fue un pobre pescador ignorante; pero murió por una verdad: la gran verdad de Cristo-Dios.

Cristo, el hombre que más ha influido en la historia de la Humanidad. Y el hombre más amado de la Historia. Cristo, el hombre que con su doctrina de amor al prójimo hizo posible en la Historia la abolición de la esclavitud, la igualdad de derechos de la mujer ante la ley y, hoy, el derecho a vivir del no nacido, en contra de los que defienden el aborto, que quieren legitimar la condena a muerte de un inocente. La doctrina de Cristo defiende siempre los derechos del tratado injustamente.

Cristo hace dos mil años que murió, y hoy se le ama como a nadie en el mundo. Miles y miles de hombres y mujeres lo han amado hasta la muerte. Unos dando la vida de golpe, como los mártires. Otros dándosela gota a gota, consagrándosela por entero. Millones y millones de hombres y mujeres lo han amado hasta la muerte. Millones y millones de cristianos que lo aman con locura y están dispuestos a morir por Él antes que traicionarle.

La muerte y la victoria de Pedro es prenda de nuestra esperanza. Pues ese Pedro, a quien Cristo hizo piedra fundamental de su Iglesia, está aquí. Su tumba está aquí. Sus restos están aquí. Y encima, su único y legítimo sucesor en la tierra. Una cadena de doscientos sesenta y cinco papas, legítimos sucesores de san Pedro, le transmiten su autoridad. El que quiera estar en la Iglesia que Cristo fundó en Pedro, tiene que estar en la Iglesia del papa de Roma, que es el único en la tierra legítimo sucesor de san Pedro. Estamos en la Iglesia de Juan Pablo II de Roma, el único legítimo sucesor de san Pedro, en quien Cristo fundó su única Iglesia.

9. EL SANTO GRIAL DE VALENCIA Y LOS MILAGROS EUCARÍSTICOS

El Santo Grial, el cáliz que utilizó Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena y en el que se convirtió, por vez primera, el vino en la sangre del Señor, ha sido en la historia de la cristiandad una reliquia que ha unido la leyenda con la verdad.

Los caballeros de la Edad Media tenían como ideal la búsqueda del Santo Grial, al que se atribuían poderes milagrosos y contenía un alto significado espiritual. Era símbolo de la pureza moral, de la fe triunfante, de la caridad bienhechora, del heroísmo caballeresco. Clara manifestación de esto fue la leyenda de los caballeros de la Tabla Redonda, las grandes obras musicales de Richard Wagner, *Parsifal* y *Lohengrin*; incluso modernamente tenemos la búsqueda del Santo Grial en una película de Steven Spielberg, con Harrison Ford como protagonista, titulada *Indiana Jones y la última cruzada,* que fue una de las más taquilleras en su momento.

Razones que respaldan la autenticidad del Santo Grial de Valencia

Por el mundo hay varios cálices que pretenden ser el Santo Grial de la Última Cena. Vamos a ver las razones que respaldan la posible autenticidad del cáliz que se conserva en Valencia desde hace quinientos años.

La familia de san Marcos evangelista era rica. Tenía un molino de aceite en Getsemaní, donde tuvo lugar la Oración en el Huerto de Jesús.

También tenían una casa en la capital, en Jerusalén. Allí celebró Cristo la Última Cena: lo que hoy llamamos el cenáculo. El cenáculo, que mide 15,5 metros de longitud y 9,5 metros de anchura, ha sido mezquita durante siglos, porque los musulmanes tenían especial interés en convertir en mezquitas los principales lugares cristianos. Hoy en día pertenece al Estado de Israel. En la planta baja está instalado el Museo del Holocausto Nazi.

Como es lógico, la familia de san Marcos le puso al Señor para la cena la mejor vajilla que tenían. En aquel tiempo, las copas de más valor no eran las de oro y plata, sino las de piedras preciosas. En las épocas griega y romana eran de uso frecuente, en mesas lujosas, los vasos de piedras ricas. Plinio nos dice que los antiguos se preciaban de hacer cálices de piedras preciosas, y explica cómo se hacían. En muchos museos y colecciones figuran vasos grecorromanos de piedra. Precisamente la copa del Santo Grial de Valencia es de ágata. Parece ser del siglo n a. J.C. Lo original es sólo la copa. Las asas y el pie son de orfebrería posterior.

San Marcos acompañó a san Pedro a Roma a predicar el Evangelio. Es lógico que se llevara consigo la copa de su familia, que utilizó el Seño» en la Última Cena, para que en ella consagrara san Pedro al decir misa.

Después del Concilio Vaticano II tenemos varias fórmulas para decir el canon de la misa —unas más largas y otras más cortas—, pero hasta el Concilio Vaticano II sólo había una fórmula: la del canon romano. Se conserva inalterada desde los tiempos apostólicos. Todo sacerdote ha utilizado esta fórmula miles de veces cuando se decía la misa en latín. En esta fórmula del canon romano se dice: «El Señor Jesús, tomando en sus santas manos ESTE CÁLIZ...» Cuando yo decía «este cáliz.» pensaba en «un cáliz», pero san Pedro decía «este cáliz» porque era el mismo que había utilizado el Señor en la Última Cena.

Consta históricamente que en Roma había un cáliz llamado el «cáliz papal» porque con él sólo decía misa el papa, pues era el mismo cáliz que había utilizado el Señor en la Última Cena.

Cuando la persecución del emperador Valeriano, que se estaba apoderando de los bienes de la Iglesia, el papa de entonces, san Sixto II, encargó al diácono san Lorenzo, que era el administrador de los bienes de la Iglesia de Roma, que salvara el cáliz del Señor de la rapiña del emperador. San Lorenzo, que después murió mártir en la parrilla, era español, aragonés, de Jaca, y para salvar el cáliz se lo entregó a un soldado del ejército romano, paisano suyo, que volvía a Jaca de permiso, para que

se lo entregara a sus padres, acompañando el cáliz con una carta que conocemos. Al texto de esta carta se refiere el pergamino número 136 de la colección del Archivo de la Corona de Aragón.

Es conocido el cuadro de la basílica romana de San Lorenzo Extramuros, en las afueras de Roma, en el que está san Lorenzo entregando un cáliz a un soldado que lo recibe de rodillas.

Este soldado trajo el cáliz a Jaca y se lo entregó a la familia de san Lorenzo, y ésta al obispo de Jaca.

Durante la invasión musulmana, este cáliz fue ocultado en el Pirineo aragonés. Por eso surgieron las leyendas de la Edad Media, y los caballeros medievales lo buscaban por el mundo sin saber dónde estaba.

En el siglo xiv, Martín el Humano, rey de Aragón y Cataluña, quiso llevarse a su oratorio real el Santo Cáliz del Señor, que se conservaba en el monasterio de San Juan de la Peña, en el Pirineo aragonés, y en compensación hizo al monasterio un valioso donativo. De esta donación se conserva documentación en el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona, del 26 de setiembre de 1399. Más tarde, el 18 de marzo de 1437, Alfonso el Magnánimo entregó el Santo Cáliz a la catedral de Valencia para que allí fuera custodiado; y ahí se encuentra desde entonces.

El 8 de noviembre de 1982, el papa Juan Pablo II, en su visita a la catedral de Valencia, oró ante él de rodillas, y lo utilizó cuando celebró misa en el paseo de la Alameda, en la que ordenó a ciento cincuenta nuevos sacerdotes procedentes de toda España.

Sobre la palabra «grial» unos opinan que es una evolución de la palabra hebrea *goral,* que significa copa grande, vaso, recipiente. Otros opinan que procede del romance ibérico, ya que con este significado aparece en el Arcipreste de Hita, en el *Amadís de Gaula* e incluso en el *Quijote* de Cervantes. Si realmente la palabra «grial» procede de España, sería una confirmación de la presencia en nuestro país del Santo Cáliz. Don Antonio Beltrán, catedrático de Arqueología en la Universidad de Zaragoza, estudió el Santo Grial y en su libro *El Santo Cáliz de la catedral de Valencia,* publicado en 1984, afirmaba: «La arqueología no tiene nada que oponer a la autenticidad del Santo Cáliz; antes bien, es capaz de probar con seguridad que, dada la fecha y origen de la copa, ésta pudo estar perfectamente en la mesa de la Cena del Señor. Al resultado de nuestra investigación hemos llegado sin apartamos un ápice del recto camino de observación, interpretación y determinación cronológicas; pasos obligados

en todo estudio arqueológico.» En la introducción del libro agradece la ayuda de veinte especialistas que han colaborado en su trabajo.

El Santo Grial tiene 17 cm de altura. La copa mide 5,5 cm de altura y 9,5 cm de anchura. El pie está adornado de perlas y esmeraldas.

Por lo anteriormente expuesto, se puede mantener con fundamento que el Santo Grial de Valencia es el cáliz que utilizó el Señor en la Última Cena cuando instituyó la Eucaristía. Entonces dijo: «Éste es el cáliz de mi sangre.» Y después: «Haced esto en memoria mía.»

Hagamos ahora alguna consideración sobre la Eucaristía.

La presencia real de Cristo en la Eucaristía

La misa es el acto más grande y más sublime que cada día se realiza en la tierra, porque es la reactualización de la redención de la Humanidad en la cruz. La Eucaristía no es un mero banquete conmemorativo de la Última Cena. Es una reactualización de la Última Cena y del Calvario; aunque esto último de modo incruento.

El sentido de las palabras de Jesucristo no puede ser más claro. Entenderlas de un modo simbólico es engañar o engañarse. Si Cristo hablara simbólicamente, habría que decir que nos engañó. Hay circunstancias en las que no se puede admitir un lenguaje simbólico. ¿Qué dirías de un moribundo que te promete dejarte su casa en herencia, y luego lo que te dejara fuera sólo una foto de ella? Si no queremos admitir que Cristo nos engañó, no tenemos más remedio que admitir que sus palabras sobre la Eucaristía significan lo que expresan.

Los mismos judíos lo entendieron de modo real. Por eso se escandalizaron cuando Jesús dijo: «Mi carne es verdadera comida.» Aquello les sonaba a antropofagia. Si hubieran entendido sus palabras de modo simbólico, no se habrían escandalizado.

Jesús dijo también: «Haced esto en memoria mía.» Con estas palabras quiso perpetuar la Eucaristía hasta el final de los tiempos. Es un mandato que otorga a los sacerdotes el poder y el deber de hacer presente el sacrificio eucarístico hasta el final de los tiempos. Dijo Cristo: «Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos.»

La presencia real de Cristo vivo en el pan y en el vino consagrados es cuestión de fe. Por las apariencias, el pan y el vino consagrados no se dis-

tinguen del pan y el vino sin consagrar, pero ya sabemos que las apariencias engañan. La Luna parece plana y sabemos que es esférica. La Luna llena en el horizonte parece más grande que en el cénit, y sabemos que no cambia de volumen porque es una bola de piedra.

No todo lo que sabemos podemos experimentarlo personalmente. Yo admito los movimientos de rotación y traslación de la Tierra porque así me lo dicen los astrónomos, que saben más que yo.

Tenemos que fiarnos de los que saben más que nosotros, si tenemos confianza en que no nos engañan porque «saben lo que dicen y dicen lo que saben». Dios es la Sabiduría y Bondad infinitas. Nadie es tan digno de crédito como Él. Dice san Agustín hablando de la fe en Dios: «El que cree lo que no ve algún día verá lo que creía.»

No deja de ser un misterio que un Dios infinitamente grande se encierre en una hostia tan pequeñita. Y que partiéndola no se parta Dios, sino que Dios siga entero en cada una de las partes. Aunque no es lo mismo, también un paisaje se encierra en una foto mucho más pequeña; y mi voz se divide en cada uno de los oídos de los oyentes sin perder nada, aunque aumente el número de éstos. Las comparaciones son de san Agustín.

Jesucristo está entero tanto en el pan consagrado como en el vino consagrado. Por eso, para recibirlo no es necesario hacerlo bajo las dos especies. Basta cualquiera de las dos para recibirlo entero.

La comunión da fuerza para dominar la concupiscencia, porque nos incorpora a Cristo, lo cual es prenda de salvación eterna. Dijo Cristo: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en Él»; «quien come de este pan vivirá eternamente».

También dijo Cristo: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. Quien permanece unido a mí vivirá eternamente.» El sarmiento que se separa de la vid se seca y es leña para el fuego.

Como dice san Juan de Ávila en su libro sobre la Eucaristía: «Metiendo a Cristo en tus entrañas Él te hace partícipe de su divinidad por la gracia. Por eso Dios te ama como cosa suya.» Y como dice san Pablo a los efesios: «Nadie aborrece su propia carne. Nadie echa al fuego su propia mano o su propio pie.»

Recibir la Eucaristía es recibir a Dios

El cuerpo, si no se alimenta, se muere. El alma también. Necesita alimento espiritual: la Eucaristía, que es alimento del alma.

La Eucaristía de los moribundos se llama viático, porque da fuerza para caminar hacia la vida eterna. Esto es verdad no sólo para los moribundos sino también para los que están en la plenitud de la vida. Si estuvieras moribundo y te ofrecieran una medicina que te diera diez años más de vida, ¿la rehusarías? La Eucaristía da nada menos que la vida eterna.

Dice san Agustín: «Si quieres que Dios sea tu casa en el cielo, sé tú su casa en el suelo.» Nadie que aposentó al Señor en la tierra quedó sin recompensa:

— María Santísima lo llevó en sus entrañas, y hoy tiene en el cielo un puesto privilegiado.

— Zaqueo lo recibió un día en su casa, y le dijo el Señor: «Hoy ha entrado aquí la salvación.»

— Marta y María lo aposentaron en su casa, y Jesús las consideraba sus amigas.

Lo más grande que podemos hacer cada día es comulgar. Al comulgar nos divinizamos. Dios nos transforma en Él. La Eucaristía nos purifica y nos endiosa. Cuando tomo un alimento, lo transformo en mí. Cuando comulgo, Dios me transforma en Él. Como una hostia después de la consagración.

Hay hostias que nunca se consagraron. Por ejemplo, las que emplean los futuros sacerdotes que aprenden a decir misa, o las hostias sin consagrar con las que ensayan los niños que se preparan para hacer la primera comunión. Si estas hostias pudieran quejarse, se habrían quejado de no haber sido convertidas en el Cuerpo de Cristo, de no haber tenido la suerte de ser consagradas. Nosotros no podemos quejarnos. Pero no comulgamos porque seamos estupendos, sino para serlo. No porque amemos lo suficiente, sino para amar más. En nuestra mano está el comulgar. Tengo en mi mano el don de hacer mío a Dios, hacerlo sustancia mía; y a mí sustancia de Él: transformarme en Él, divinizarme. No soy yo quien asimila el alimento, sino que el alimento divino me asimila a mí. La Eucaristía me transforma en Cristo. Por eso dice san Pablo: «Vivo yo, mejor dicho, no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.» Pues como dice san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual:* «Cristo me transforma, y mi vida es más divina que humana.»

Al comulgar me convierto en custodia, pues llevo a Dios en mi corazón. Pero de más valor que una custodia de oro, pues ésta no puede amar al Señor que tiene dentro y yo sí.

Por eso debemos prepararnos adecuadamente. Si el papa te anuncia que quiere visitarte, ¿cómo arreglarías tu casa? Para recibir a Dios hay que estar en gracia. El que comulga en pecado mortal comete un sacrilegio. Y, en frase de san Pablo, «se traga su propia condenación».

Pero no hay que angustiarse: «pecado olvidado, pecado perdonado». Basta decirlo en la próxima confesión. No tener escrúpulos para comulgar, pero sí delicadeza de conciencia.

Y al comulgar, hablar con Dios: darle gracias, pedirle, adorarle, amarle, proponerle fidelidad, etcétera.

Está muy bien cantar algo al comulgar, pero en algunos sitios se va a comulgar cantando, se vuelve cantando, y al minuto todos a la calle. ¿Cuándo han hablado con el Señor, al que acaban de recibir? ¿Nos vamos a extrañar de la rutina al comulgar? El amor nace del trato. Si no atiendes al Señor que acabas de recibir, terminará por serte indiferente.

Por otra parte, la Eucaristía es el gran regalo de Dios. El regalo es la medida del amor. En el regalo se pone el amor. A más amor, mayor es el regalo. El regalo que nos hace el amor de Dios es Él mismo. No hay regalo más grande que un Dios infinito. Dios omnipotente no pudo damos nada que valga más que Él mismo, y nosotros no podemos recibir ningún bien más grande que Dios.

Una madre dice amorosamente a su hijo: «te comería». Dios nos come de amor. Una madre, por amor, daría la vida a su hijo moribundo. Dios, por amor, muere en la misa, y nos da su vida en la comunión para que nosotros vivamos. La Eucaristía es el sacramento del amor. «Dios es amor.»

Nos espera en el sagrario. La Eucaristía no es algo, es alguien. No es interés por una cosa, es amor a una persona que se ha adelantado en amarme a mí primero. Durante el tiempo que estás junto al sagrario te estás tostando al amor de Dios. Déjate embellecer habitualmente por el sol del sagrario, como María de Betania, que no se cansaba de estar a los pies de Jesús porque lo amaba. Dile: «Aquí estoy, Señor, porque te amo. No puedo estar mucho tiempo, pero quiero repetirte que te amo. Tú ya lo sabes, pero diciéndotelo mi amor se hace más grande.»

Decía un protestante: «Si yo creyera que Dios está en el sagrario, no me movería de allí.» Si yo lo creo, ¿se me nota?

Dios se alegra cuando comulgamos, pues así le manifestamos nuestro amor. Comulgar es corresponder al amor con que Jesús instituyó la Eucaristía. Por eso, si fuéramos conscientes de lo que vale la misa, procuraríamos ir a misa diariamente, si esto nos es posible.

La cristificación que la comunión realiza en nosotros nos capacita para la evangelización y el testimonio que como cristianos debemos ejercer en el mundo. La Eucaristía tiene un valor comunitario. Al comulgar yo, comulga la Iglesia. Me beneficio yo y se beneficia la Iglesia. La salud del Cuerpo Místico de la Iglesia depende de la salud de sus miembros. La comunión nos une a todo el Cuerpo Místico de Cristo. Nos une a los comulgantes de hoy, de ayer y de mañana; por encima del tiempo y del espacio. Como dice san Pablo: «Todos nos hacemos un solo cuerpo al participar del mismo pan eucarístico que nos une a Cristo.»

Dice el padre dominico Antonio Royo Marín: «Una sola misa glorifica a Dios más que toda la gloria que le dan todos los santos del cielo, incluida la Santísima Virgen, por toda la eternidad.» Esto parece exageración, pero es pura teología. Y se entiende fácilmente. Porque toda la gloria que le dan a Dios todos los santos del cielo, incluida la Santísima Virgen María, es gloria de criaturas. La Santísima Virgen es la más maravillosa de las criaturas, pero criatura también. Y esto no puede compararse a la gloria que Cristo-Dios le da a su Padre-Dios muriendo en la cruz por la salvación del mundo.

Por amor, Dios se hizo hombre. Por amor, Dios murió en la cruz. Por amor, Dios se quedó en la Eucaristía. Y esto sabiendo los sacrilegios que se iban a cometer, y el abandono que sufriría en tantos sagrarios.

Deberíamos visitar el sagrario al menos una vez al día, aunque sea brevemente, si no tenemos más tiempo. Decirle al menos: «Señor: te doy gracias por todo; te pido por todo; te ruego que me ayudes en todo. Adiós.» No has tardado ni un minuto.

Milagros eucarísticos

Una confirmación de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento son los milagros eucarísticos. Aunque nuestra fe en la Eucaristía se basa en el Evangelio, en la Palabra de Dios.

Voy a tratar de cuatro milagros eucarísticos que he estudiado.

Los voy a tratar como hechos históricos estudiados críticamente. Prescindiendo de la declaración que la Iglesia pueda hacer algún día.

Los corporales de Daroca

El 23 de febrero de 1239, en plena reconquista del reino de Valencia por Jaime I el Conquistador, antes de entrar en combate en Luchente, a diecisiete kilómetros de Játiva, las tropas cristianas estaban oyendo la santa misa. Durante la celebración atacaron los moros, y el capellán, don Mateo Martínez, tuvo que interrumpirla. Puesto que ya había consagrado, dobló los corporales con varias formas consagradas dentro. Escondió estos corporales en una cueva cercana, debajo de una piedra, para salvar las formas de una posible profanación.

La victoria lúe para las tropas cristianas, aunque eran muy inferiores en número. Para agradecer a Dios la victoria, los capitanes quisieron comulgar con las formas ya consagradas. Cuando el capellán desdobló los corporales se encontró las seis formas consagradas empapadas en sangre.

Estos corporales, con las improntas de las seis formas ensangrentadas, se conservan hoy en Daroca, a ocho kilómetros de Zaragoza, de donde era el capellán Mateo Martínez. Están en la colegiata de Santa María, construida por Juan Marión entre 1585 y 1592 sobre el templo románico anterior. Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, fueron tres veces a postrarse ante ellos.

La historia de estos corporales ha sido estudiada por el padre Braulio Manzano, S. J.

La Sagrada Forma de El Escorial

En 1572, durante la guerra de Flandes entre católicos y protestantes, éstos saquearon la catedral de Gorkum, en Holanda, a quince kilómetros de La Haya. Robaron joyas y vasos sagrados, y arrojaron al suelo el Santísimo Sacramento. Uno de los asaltantes dio un pisotón a una forma consagrada con su bota de clavos. Al instante brotaron tres gotas de sangre por los orificios que hicieron los clavos de la bota. El sacrílego, espantado, confuso y dolido, la recogió y se la llevó al deán de la catedral, Juan Van der Delpht. Después, arrepentido, se convirtió al catolicismo y se hizo fraile franciscano.

Esta Sagrada Forma con las tres manchas de sangre fue entregada a Felipe II, que entonces dominaba los Países Bajos, por el padre Martín de Guzmán, provincial de los agustinos en Alemania y Bohemia. La trajo en una caja de madera cerrada y sellada, acompañada de un documento acreditativo del notario Guillermo Baumer y dos testigos, según consta en el Archivo de Simancas en documento de marzo de 1594.

Esta Sagrada Forma hoy se conserva incorrupta, en un relicario, en la sacristía del monasterio de San Lorenzo de El Escorial en Madrid.

Un cuadro de Claudio Coello, en esta sacristía, representa al rey Carlos II recibiendo la bendición con esta Sagrada Forma a manos del padre Francisco de los Santos, prior de la comunidad de monjes jerónimos del monasterio.

Este cuadro de Claudio Coello mide 9 por 7,5 metros y fue pintado entre los años 1685 y 1688. Está considerado como una de las obras maestras de la pintura española del siglo XVII, según Martín González en su *Historia de la pintura.*

Para todo lo relacionado con el milagro de la Sagrada Forma de El Escorial existe un libro que con este título ha escrito el padre Benito Mediavilla, O. S. A.

El milagro de los peces de Alboraya

Cuando estuve dando conferencias en Almácera (Valencia), contemplé en la iglesia parroquial un gran cuadro que perpetúa el siguiente hecho:

En 1348, un molinero suplicó al párroco de Alboraya, al lado de Almácera, que fuera a llevar el viático a su padre moribundo, en una alquería. En ese momento diluviaba, pero, dada la urgencia del caso, el párroco se puso en camino. Tenía que atravesar el torrente Carraixet sobre una tabla. Resbaló, se cayó y perdió el Santísimo, que fue arrastrado por la corriente. Apenado por el suceso, fue a atender al moribundo.

Al día siguiente fue en su busca un pescador diciéndole que en la orilla del mar, junto a la desembocadura del Carraixet, había tres grandes peces con la cabeza fuera del agua y algo en la boca que parecía una Sagrada Forma. El párroco se acordó del Santísimo que había perdido la noche anterior, se puso los ornamentos sagrados y con un grupo de vecinos fue a la playa con un copón. Se acercó a la orilla con el copón abierto, y

los tres peces, uno a uno, dando un salto, depositaron en el copón, que él llevaba en las manos, las tres Sagradas Formas.

Este hecho se ha perpetuado en varios cuadros, en el nombre de una calle de Alboraya, llamada «El Milagro de los Peces», una ermita en el lugar de la playa donde aparecieron los peces, y en el mismo escudo de Alboraya, que tiene un copón con los tres peces depositando en él las Sagradas Formas.

La actual capilla está levantada sobre la primitiva. El día de la fiesta acude a este lugar una multitud desde hace seiscientos años.

Todo esto no puede ser el resultado de una invención. Todo esto tiene una fuerza probatoria del milagro, superior a un documento escrito conservado en un archivo.

El milagro de Lanciano

Lanciano está en la costa del mar Adriático, en Italia. En el siglo VIII, estando un sacerdote celebrando la Santa Misa, después de la consagración le asalta una tentación y la duda sobre la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. En aquel instante, la Sagrada Forma se convirtió en un pedazo de carne. Asustado, atónito y emocionado, se lo dijo a los asistentes, que subieron al altar para observar lo ocurrido. La noticia se difundió por toda la ciudad. El hecho está registrado cuidadosamente en un pergamino manuscrito de aquel tiempo, que es el documento original en el que se describe y certifica el milagro. Por lo tanto, puede ser el relato oficial de los hechos.

Este trozo de carne que tiene 5 por 6 cm, se conserva hasta hoy. Han pasado 1200 años. Esta carne fue analizada en 1970 por los profesores de la Universidad de Siena doctor Linoli, profesor universitario de Anatomía e Histología Patológica y médico-jefe de los Hospitales Unidos de Arezzo, y doctor Bertelli, profesor de Anatomía Humana en la Universidad de Siena. Se trata de carne humana viva, tejido muscular fibroso, con un lóbulo de tejido adiposo y vasos sanguíneos. No aparece rastro alguno de las sustancias químicas utilizadas para la conservación de cadáveres.

El análisis cromatográfico de la sangre confirma que es sangre humana del grupo AB, el mismo grupo de la sangre de la Sábana Santa y del Sudario de Oviedo. Es verdaderamente admirable que las proteínas de una sangre tan antigua produzcan una curva electroforética mostrando el perfil propio del suero fresco.

Los análisis se realizaron con absoluto rigor científico, documentado con una serie de fotografías microscópicas. Este milagro ha sido confirmado en 1976 por la comisión médica de la Organización Mundial de la Salud, que lo ha definido como un caso único en la historia de la medicina.

El informe científico de los profesores Linoli y Bertelli ha sido publicado por Bruno Sammaciccia en su libro *El milagro eucarístico de Lanciano*.

El informe científico de los doctores Linoli y Bertelli, finalizado el 4 de marzo de 1971, termina con estas palabras: «En base a lo anterior, es posible afirmar, sin temor a contradicción, el origen humano de la carne y la sangre del milagro eucarístico de Lanciano.»

El Señor ha querido dejarnos pruebas visibles y patentes de su presencia real en las especies sacramentales para confirmar nuestra fe en la Eucaristía, y aumentar nuestra devoción al Santísimo Sacramento del altar. Cristo se ha quedado con nosotros para estar a nuestro lado y ayudarnos en el camino que lleva al cielo. Éste es también el sentido de las palabras: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos.»

II. LA FE Y LA VIDA

10. LA VERDAD DE CRISTO

En un capítulo anterior vimos la posición privilegiada de los Santos Evangelios en todo el ámbito de la cultura humana. Se demostró cómo de ningún libro de la historia de aquel tiempo tenemos tantas garantías de veracidad y de historicidad como de los Santos Evangelios; por tanto, quien no cree lo que dicen los Santos Evangelios no tiene derecho a creer en nada de la historia de aquel tiempo.

En este capítulo vamos a tratar la principal afirmación que nos hacen los Santos Evangelios. Los Evangelios están escritos por testigos que vieron lo que allí se dice. Y estos libros que se han conservado a lo largo de los años con tal cúmulo de documentos como no los tiene ningún otro libro de la cultura de aquel tiempo, ¿qué nos dicen? ¿Cuál es la principal afirmación de este libro?

La principal afirmación, lo más importante de los Evangelios, es demostrar que Cristo es Dios. Por eso se escriben los Santos Evangelios.

Cristo, mencionado por los historiadores de su tiempo

Pero de Cristo no sólo hablan los Santos Evangelios. También hay historiadores paganos que lo hacen. Es muy interesante ver cómo hablan de Cristo Plinio, Suetonio, Flavio Josefo, Tácito... Son historiadores del Imperio romano y hablan de Cristo. Hablan de Cristo como hombre. Es importante que lo hagan, aunque le dediquen sólo tres o cuatro líneas en su historia.

Ya es importante que los historiadores del Imperio romano, con todo lo que tenían que contar, le dediquen a Cristo cinco líneas. Tened en cuenta que Cristo como hombre fue muy poco. ¿Qué era? Era un carpintero. Y un carpintero de pueblo, de una aldeúcha, que era Nazaret, una aldea insignificante.

Es bueno reflexionar sobre una cosa: ¿Alguno de nosotros espera ser mencionado en la Historia? ¿Tenemos la pretensión de que cuando se lea la historia de España dentro de dos mil años se hable de nosotros? ¿Pensamos pasar a la Historia con nuestros nombres y nuestros apellidos? Me imagino que sería mejor resignarse a pasar al olvido.

Entonces ¿por qué Cristo es mencionado en la Historia? ¿Qué hizo Cristo para ser mencionado? Algo tuvo que hacer. Si no, es inconcebible que los historiadores del imperio, como son Suetonio, Plinio, Flavio Josefo, Tácito, que no son cristianos, le dediquen unas líneas.

Es que «había hecho cosas maravillosas», Jesús era carpintero de pueblo, bien, pero hizo cosas maravillosas.

Luego Cristo no fue mencionado en la Historia por ser carpintero de Nazaret. Hubo muchos carpinteros de pueblo en el Imperio romano que no fueron mencionados por los historiadores. Cristo sí, porque hizo obras maravillosas. Y esto es lo que nos cuentan los Evangelios; nos cuentan las cosas maravillosas que hizo Cristo. ¿Para qué?

Esto es lo más importante: para mostrar su divinidad.

Me voy a centrar en tres aspectos de los Santos Evangelios.

Primero: Cristo afirma de sí mismo que Él es Dios.

Segundo: los que le escuchan entienden que Cristo afirma de sí mismo que. Él es Dios y no le creen.

Tercero: para que le crean, Cristo hace milagros.

Nos vamos a limitar a un pasaje del Evangelio para cada uno de estos puntos.

Cristo afirma de sí mismo que es Dios

Cristo afirma de sí mismo que es Dios. Lo hizo repetidas veces. Vamos a fijarnos en el momento más solemne, cuando Cristo está ante el tribunal que le juzga, ante el Sanedrín.

El tribunal de los judíos está en semicírculo, y Cristo maniatado frente a ellos. Le están juzgando.

Fijémonos, que es importante. En un grupo de amigos, con unas copas por delante, cualquiera dice una tontería; pero cuando uno está ante un tribunal que le está juzgando y deseando condenarle a muerte, un hombre mide muy bien sus palabras.

Y a Cristo, ante el tribunal del Sanedrín, cuando le están juzgando los judíos, le pregunta Caitas: —¿Es verdad que tú eres Hijo de Dios?

Contesta Cristo:

—Tú lo has dicho.

Es un giro. Un modo de hablar judío. Es decir: «Así es, como tú dices. Yo soy Dios.»

Afirma que es Dios, repito, ante el tribunal de los judíos. Sabía que le costaba la vida. No es un farol que se tira uno ante los amigos; no. Se juega la vida como se la jugó. Porque ¿qué responde Caifás?

—Reo es de muerte. Ha blasfemado.

La blasfemia entre los judíos se castigaba con la muerte.

Cristo afirma de sí mismo que es Dios.

El tribunal lo entiende como blasfemia.

Naturalmente. Si fuera mentira que Cristo era Dios, habría sido una blasfemia.

Cristo afirma de sí mismo que es Dios, el tribunal lo entiende como una blasfemia y le condena a muerte: «Reo es de muerte. Ha blasfemado.»

Pero Cristo no se achica. Cristo no se acobarda. Cristo no se contradice. Cristo no retrocede.

Cristo confirma. Cristo subraya. Cristo amenaza...

Responde al tribunal:

—Pues yo os aseguro que un día me veréis venir sobre las nubes del cielo a juzgaros a todos vosotros.

Cristo afirma de sí mismo que es Dios.

Pero no sólo lo afirma. Hablar es fácil. Lo demuestra con obras. ¿Con qué obras? Con los milagros.

Los milagros de Cristo

Los hombres no podemos hacer milagros. Los milagros superan las fuerzas de un hombre. Los hombres lo único que podemos hacer es estudiar la naturaleza y aplicar sus leyes. Eso es la civilización y el progreso. Pero el hombre no cambia las leyes de la naturaleza. El hombre se encuentra unas leyes y las aplica.

Dios sí tiene poder para romper las leyes de la naturaleza, porque Él es el que las has hecho. Y el que hace una ley tiene poder para cambiarla. Los demás tenemos que acatar las leyes como son. No las podemos cambiar. Pero el legislador, el que da la ley, la puede cambiar.

Y si Cristo demuestra que Él, porque quiere, con su poder, rompe una ley de la naturaleza, demuestra que es Dios.

Por ejemplo: ¿por qué caen las cosas? Porque las atrae la Tierra. Es la fuerza de la gravedad que atrae las cosas. Si no hubiera fuerza de la gravedad, se quedarían en el aire.

Si tengo un bolígrafo sobre la palma de mi mano, el bolígrafo no cae, porque mi mano ofrece una resistencia. Pero si lo dejo en el aire, cae.

Ley física, ley de la gravedad. No puedo dejar el bolígrafo en el aire y decir:

—Bolígrafo, quédate ahí.

No se queda, cae; porque yo no soy nadie para romper una ley de la naturaleza. Otra cosa sería si yo fuera prestidigitador. Pero el prestidigitador no hace milagros. Le toma el pelo al público, porque tiene trucos. Pero si yo sin truco hago que la ley de la gravedad interrumpa su acción, eso es un milagro. Eso no hay hombre que lo haga. El único que lo puede hacer es Dios, que es el que ha hecho las leyes de la naturaleza.

Por eso es muy importante, cuando hablamos de milagros, ver si este hecho supera las leyes de la naturaleza. Si las supera lo es; si no, no lo es.

Pues Cristo hizo milagros. Los santos han hecho milagros con el poder de Dios, pero no con el propio. Cristo los hizo con su propio poder. Vamos a ver uno de los mejores que hizo.

Lázaro muere. A Lázaro lo entierran. Lázaro lleva cuatro días en la tumba. Lázaro apesta. Es la mejor señal de muerte real: la descomposición de un cadáver.

Cuando a un ahogado le hacen la respiración artificial, ese hombre revive. ¡No resucita! Lo reaniman y revive. Pero no es resurrección. Resu-

rrección sería volver a la vida después de una muerte real. Si traen a un ahogado, ya hinchado, en estado de putrefacción, a ese cadáver podrido, que lleva cuatro días en el fondo del mar, ya le pueden hacer la respiración artificial que poco van a lograr. Imposible.

Cuando un cadáver está en estado de putrefacción no hay medio humano de devolverle a la vida.

Y Cristo ¿qué hace con Lázaro que lleva cuatro días muerto? Se acerca al sepulcro y dice:

—Quitad la piedra.

La hermana de Lázaro, Marta, delicada como mujer, quería evitar aquel espectáculo desagradable a la gente, tapándose la nariz.

—Señor, que lleva cuatro días enterrado y huele mal.

Contesta Cristo:

—Marta, ¿tienes confianza en el poder del Hijo de Dios?

Él va a hacer el milagro.

—Lo hago para que crean en mí los que me rodean.

Y de una voz, un cadáver putrefacto, en estado de descomposición, se pone en pie y vuelve a la vida. ¡Esto es un milagro!

Y esto nos lo cuenta quien estaba allí y lo vio.

Dice san Juan: «Lo que mis ojos vieron, lo que mis oídos oyeron..., de eso doy testimonio.»

Y algo importante: estaban allí sus enemigos. Estaban los fariseos, los que no querían nada con Cristo.

Y éstos tuvieron que tragarse el milagro. No pudieron negarlo.

Lo que dijeron los fariseos fue:

—Tenemos que quitarle de en medio, porque con estas cosas se lleva al pueblo detrás.

Fijémonos en la reacción. No dijeron que era mentira. Reconocían que Lázaro murió. Reconocían que Lázaro estuvo cuatro días muerto. Reconocían que aquel hombre que se paseaba por Betania era Lázaro. No negaban el milagro. Decían que había que quitar de en medio a Cristo, porque con esas cosas se llevaba al pueblo detrás.

Los enemigos tuvieron que tragarse el milagro; pero no creyeron. ¿Por qué? Porque tenían el corazón corrompido, y cuando está así no hay nada que hacer.

No hay luz que haga ver a un ciego voluntario. Tú enciendes la luz, pero él cierra los ojos. No ve porque no quiere. Eso le pasó a aquellos fariseos, ciegos voluntarios. Vieron el milagro de Cristo y no quisieron creer en Él.

Cristo había dicho varias veces:

—Si no creéis en mis palabras, creed en mis obras. Mis obras dan testimonio de Mí; porque mis obras confirman la verdad de lo que os digo.

Porque si Cristo no hubiera sido Dios, si las cosas que Cristo dijo no hubieran sido verdad, Cristo no habría podido hacer milagros. Dios no iba a permitir que un embaucador, un falsario, usara milagros para engañar al pueblo. El milagro es el sello de Dios, la firma de Dios. Dios no Podía poner su firma debajo de una mentira.

Cuando un hombre, para demostrar la verdad de lo que dice, hace milagros, es porque Dios está con él. Entonces, aquello que dice es verdad. Cristo hace milagros para demostrar la verdad de lo que dice, luego lo que Cristo dice es verdad. Cristo hace milagros para que creamos que Él es el Hijo de Dios; luego es verdad que Cristo es el verdadero Hijo de Dios.

Ésta es la conclusión consoladora que tenemos que sacar del estudio de los Evangelios. Que este Cristo a quien adoramos, que este Hombre puesto en la cruz, además de ser hombre es Dios.

Dios que se hace Hombre, que viene a la tierra a morir por nosotros, para pagar por nuestros pecados.

Tenemos que reconocer el amor que nos tiene. Tenemos que procurar servirle con fidelidad. Debemos preocuparnos de no ofenderle más, porque Dios viene a la tierra a hacerse hombre como yo, para pagar por mis pecados, para que yo pueda salvarme.

11. CRISTO, EL HOMBRE MÁS GRANDE DE LA HISTORIA

Vamos a dedicar este capítulo a hablar de Jesucristo, el hombre más grande de la Historia. Vamos a verlo en dos aspectos:

Primero: Cristo como hombre.

Segundo: Cristo como Dios.

Porque Cristo era realmente las dos cosas. Era hombre perfecto y al mismo tiempo Dios.

Cuando uno se dispone a hablar de Jesucristo tiene la sensación de que se va a quedar corto. Cristo es mucho más de lo que se diga. Es imposible hablar de Cristo como Él se merece. Uno tiene sensación de incapacidad. Cristo es tan colosal que todo lo que uno diga es poco para lo que tenemos en nuestro corazón.

Pasa como con los artistas que representan a Cristo en las películas: todos se quedan corte s. Cuando ves una película de Jesucristo, por muy fenomenal que sea el artista, dirás: «Ése no fue Cristo.» Él era mucho más que eso.

En películas antiguas, como *Rey de reyes* y *El signo de la cruz,* cuando salía Jesucristo siempre salía de lejos, se le veía de espaldas, no se le veía la cara. Eso era un acierto, porque así cada cual podía imaginárselo como quisiera, y no defraudaba. Por muy bueno que sea el artista que representa a Cristo, siempre se queda corto para expresar lo que Cristo fue. No hay artista en el mundo capaz de interpretar a Cristo como Él merece ser interpretado.

El aspecto físico de Cristo

¿Cómo fue Cristo? ¿Qué presencia tenía Cristo?

Los Evangelios no nos dicen nada del aspecto físico de Cristo. Los Evangelios no nos dicen si era alto, bajo, gordo, flaco, rubio, moreno. No dicen nada. Y los Evangelios no lo hacen porque no era costumbre. El primer historiador que describe a su personaje fue Plutarco en *Vidas paralelas,* del siglo II de nuestra era. Los historiadores anteriores a Plutarco no describen al personaje que historian. Como los Evangelios son anteriores a Plutarco, nada nos dicen de la figura de Jesús. Nos cuentan lo que dijo, lo que hizo, pero nada nos dicen de su figura.

Sin embargo, ¡qué maravilla!, a los dos mil años de haber muerto Cristo hemos logrado fotografiarle. Esto parece mentira, pero es verdad. Tenemos la auténtica fotografía de Jesucristo.

¿Dónde? En la Sábana Santa. Como Él fue. Su auténtica fotografía. En esa imagen que ha quedado vemos su complexión atlética, su armonía de proporciones. Los médicos que saben las medidas del cuerpo humano para que el cuerpo sea perfecto, dicen esto: «Las medidas del cuerpo de Cristo son del varón perfecto.»

Vamos a fijarnos en su fortaleza física. No sólo el aspecto de Cristo era de complexión atlética, sino que nos consta que era así por lo que dice el Evangelio. Cristo debió de ser un hombre tremendamente fuerte, de una gran fortaleza física. ¿Por qué? Porque nos dice el Evangelio que un día va de Jericó a Jerusalén, que hay treinta y seis kilómetros, y hace el recorrido en seis horas; por lo tanto caminó a seis kilómetros por hora. Una marcha a cinco kilómetros por hora es un buen paso; pues Cristo iba a seis kilómetros por hora, subiendo un desnivel de mil metros, de Jericó a Jerusalén, y por un camino árido, desértico, sin un árbol, sin una sombra. Y lo hizo sin detenerse un momento para descansar, pues entonces no habría sacado una media de seis kilómetros por hora. Las seis horas andando de un tirón.

La inteligencia de Cristo

Mucho más importante que esto, en el aspecto humano de Jesús, es su inteligencia.

Cristo tuvo una inteligencia deslumbrante. Los fariseos, que no eran tontos y querían desprestigiar a Cristo ante el pueblo, pensaron cogerle en

una trampa y meterle en un callejón sin salida. Vamos a ver cómo sale de ella Cristo:

—Oye, Maestro, ¿qué opinas tú de pagar tributo al César?

Los fariseos, (rotándose las manos, se decían: —Si dice que sí, malo; si dice que no, peor. Diga sí o diga no, se desprestigia.

Si decía que había que pagar tributos, se ponía de parte del emperador de Roma, que tenía aplastado al pueblo judío con sus impuestos y su ejército de ocupación, y se indisponía con el pueblo que no quería pagar tributos al emperador de Roma. Si decía que no había que pagar tributos, se indisponía con la autoridad que sacaba los tributos del pueblo.

Si dice sí, malo; si dice no, también malo.

Pues Cristo, como no podía decir ni sí ni no, no dice ni sí ni no, para no caer en la trampa. ¿Y qué dice Cristo?

—¿Me queréis enseñar un denario?

—Toma, Maestro.

El denario era la moneda con la que se pagaban los tributos.

—¿Esta imagen que hay en el denario, de quién es?

—Esta imagen es del César.

El denario tenía la imagen del emperador Tiberio. Y dice Cristo:

—Pues dad al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios. Lo que Dios quiere es vuestro corazón, vuestro amor, vuestra fidelidad. Esto es más importante que el dinero.

Los dejó callados. Se sale inteligentemente del callejón sin salida. Una inteligencia agudísima. Ellos le preparan la trampa muy bien pensada, pero no cuentan con la inteligencia de Cristo, que saldría espectacularmente de la trampa.

Cristo encontró una salida airosa a todas las trampas que le pusieron.

Otro día le preparan otra trampa. Le traen a una adúltera y le dicen:

—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. Según la ley tiene que ser condenada a muerte. Tiene que morir apedreada. Tú ¿qué dices?

Si dice soltadla, va en contra de la ley; y si dice apedreadla, ¿dónde está su misericordia?

¿Qué dice Cristo?

—El que esté sin pecado que tire la primera piedra.

Y cuenta el Evangelio que se puso a escribir en el suelo. No dice lo que escribía, pero a lo mejor lo que estaba escribiendo eran los pecados de los que estaban allí, o palabras clave que sólo ellos entendían.

Uno se dice: «Ése soy yo», y se va.

Otro: «Eso va por mí», y se va.

Así se fueron marchando todos, y ninguno tiró la primera piedra.

Se vuelve y le dice a la mujer:

—Vete en paz y no vuelvas a pecar.

Es decir, Cristo tenía una inteligencia agudísima que encuentra salida airosa a las situaciones más difíciles.

Los rasgos de la personalidad de Cristo

Cristo también era valiente.

En el Templo se encara con los mercaderes, hace un látigo de cuerdas de atar el ganado, que recogería del suelo, y expulsa a todos los mercaderes del Templo. Él solo expulsa a todos los mercaderes. Derriba las mesas, derrama el dinero por el suelo y espanta a los animales. Él solo contra todos. Se podían haber amotinado contra Él y haberle linchado. Él se encara con todos. Debía de tener tal personalidad, tal fuerza en su mirada, que todos como corderitos salieron corriendo. Él frente a todos sólo con un látigo en la mano; porque habían convertido el Templo en un mercado, y el Templo era casa de oración, la casa de su Padre. Valentía de Jesucristo.

En otra ocasión, el pueblo quería despeñarle por blasfemo. Él había dicho que era Dios, y esto les sonaba a blasfemia. La blasfemia se castigaba con la pena de muerte y, por eso, le querían despeñar por el barranco.

Y el Evangelio dice: «Pasó en medio de todos y nadie le puso la mano encima.»

Aquella multitud amotinada que lo quería despeñar se quedó paralizada. Cristo pasó en medio de todos, dominando a todos con su mirada y su personalidad. ¡Qué fuerza tenía el carácter de Cristo! ¡Qué dominio de la situación!

Junto a esta personalidad, esta valentía, este dominio de la situación, tenía una dulzura extraordinaria. Los niños le rodeaban. No le dejaban andar. Se le colgaban del manto. Los apóstoles tenían que decir:

—Fuera, niños, dejad al Maestro.

Y Él decía:

—Dejad que los niños se acerquen a Mí.

Los niños le rodeaban. Le querían. Los niños son intuitivos para descubrir la bondad de corazón, la cordialidad, la dulzura. Qué bien entendían los niños a Jesús, y qué bien entendía Jesús a los niños. Se encontraban a gusto con Él. Lo encontraban tan bueno, tan cordial, tan amable. Por eso, Jesús iba siempre rodeado de niños.

Por esta misma bondad de corazón atraía a las masas. Los cuatro Evangelios mencionan unas cincuenta veces que las muchedumbres le seguían, que todos andaban buscándole, que venían a Él de todas partes, que la multitud le apretujaba, que no le dejaban ni comer, etc. Su bondad de corazón atraía a todos. No era sólo porque hacía milagros: toda su persona atraía como un imán.

Al mismo tiempo, Jesús era un hombre jovial; con sentido del humor, gastaba bromas de cuando en cuando. Como cuando le dice a Felipe que dé de comer a cinco mil hombres con sólo cinco panes y dos peces, sin advertirle que va a hacer el milagro de la multiplicación.

O cuando gasta a Pedro la broma de hacerle andar sobre las aguas, y después le deja que empiece a hundirse.

O cuando le dice a la cananea: «No está bien dar a los perritos el pan de los hijos.» Y la mujer, sin ofenderse por la comparación, sigue la broma contestando: «También los perritos se aprovechan de las migajas que caen de la mesa de sus amos.»

Cristo tuvo también un enorme dominio personal ante humillaciones y ofensas. Debemos fijarnos en lo tremendo, lo duro, lo humillante que es para un hombre ser abofeteado en público. Es una de las situaciones más incómodas. Cristo se ve abofeteado y no salta. No responde con una palabra injuriosa. Cualquiera en una situación así habría perdido el dominio propio. Cuando aquel esbirro de Anás le pega un bofetón, Cristo le dice:

—Si he respondido mal, muestra en qué; mas si bien, ¿por qué me hieres?

Tremendo dominio propio. No se altera. No insulta. No le echa en cara que se aprovecha de la situación para avasallarle. No.

Cuando en el Huerto de los Olivos, Judas lo traiciona, Cristo sabe que Él va a ir a la muerte por la traición de Judas, su amigo. El que debía ser su amigo demuestra ser su peor enemigo, pues lo vende por treinta monedas. Cuando Judas llega al huerto, Cristo no se encara con él y le dice:

—Parece mentira, Judas, tú, mi amigo. No podía esperar una cosa así. Me has vendido. Me has traicionado. Me llevas a la muerte.

O en tono de dureza:

—Vete, sinvergüenza, traidor, asesino. Eres un falso.

No le dice ni una palabra de reprensión. Lo recibe con cariño, con amor, con paciencia. Busca la salvación de Judas. Le echa un cable por si el otro quiere agarrarlo y quiere arrepentirse.

Judas le entrega con un beso.

El beso era el saludo. Los orientales se saludan dándose el beso de la paz. Judas le da el beso a Cristo. Debía ser el beso de la paz, y es el beso de la muerte, él beso de la traición. Y Cristo, sereno, le dice:

—Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo de Dios?

El mismo dominio propio de Cristo en el momento de la muerte, perdonando a sus asesinos; los excusa. ¡Qué difícil es para nosotros perdonar cuando nos han hecho una injusticia, nos han pegado un pisotón con mala idea, nos han hecho daño! ¡Qué difícil es perdonar! Por eso son heroicas las personas que perdonan a los que les han hecho un daño injusto. Ése es el heroísmo del cristianismo. A Cristo lo están matando y dice:

—Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Los excusa, los disculpa. Nosotros, generalmente, actuamos al revés. ¡Con qué dureza tratamos a los demás! ¡Con qué crueldad juzgamos a los demás! ¡Con qué benevolencia nos juzgamos a nosotros mismos! Miramos los defectos de los demás con prismáticos que agrandan las cosas. Para nuestros defectos ponemos los prismáticos al revés, que empequeñecen las cosas.

Cristo, amigo de todos. No era clasista. Tenía amigos entre los ricos. Lázaro era un hombre rico. Sus hermanas, Marta y María, eran ricas. Y Cristo era amigo de la familia, y se hospedaba en su casa. Tenía amigos ricos como Nicodemo y José de Arimatea, y ellos se encargaron de su sepultura.

Y también era amigo de los pobres. Entre ellos elige sus mejores amigos. Sus apóstoles eran pescadores. Él mismo se hace carpintero. Amigo de todos. No era clasista.

Otro detalle de Cristo, como hombre, era que amaba a su patria. Todo bien nacido tiene que amar a su patria. Cristo amaba a su patria, y lloró por el Templo de Jerusalén. Él sabía que aquel Templo tan maravilloso iba a

ser arrasado por Tito en el año 70, y que no iba a quedar piedra sobre piedra. Llora sobre esa Jerusalén que iba a terminar en ruinas. Llora sobre Jerusalén porque Cristo amaba a su patria.

Cristo, el hombre que más ha influido en la Historia

Cristo ha sido el hombre que más ha influido en la historia de la Humanidad. Ideas y valores hoy universales en la cultura humana son de origen cristiano. La igualdad y la fraternidad no son valores de la Revolución francesa, como algunos insisten en afirmar. Son valores del cristianismo, que desde el primer momento predicó que todos somos iguales. Todos somos hermanos, porque todos somos hijos de Dios.

La abolición de la esclavitud empezó con la carta de san Pablo a Filemón.

La justicia social es también de origen cristiano. El marxismo se quiso apropiarla bandera de la justicia social. Incluso algunos sectores de la Iglesia católica han pensado que la justicia social había que entenderla en clave marxista. Es el caso de la Teología de la Liberación, condenada por lo que tiene de marxista en un documento de la Santa Sede. En todo caso, el marxismo es del siglo pasado, y hace dos mil años que la Iglesia se ocupa de los pobres, los desvalidos, los marginados. A la Iglesia se deben los primeros hospitales, asilos, orfanatos, leproserías... Hoy los Estados fundan centros así, pero cuando los Estados no se preocupaban de los desfavorecidos, la Iglesia fue durante siglos la única en preocuparse de ellos.

Hoy la Iglesia sigue defendiendo los derechos de los que nadie defiende: el derecho a vivir del no nacido. En el futuro vendrá la prohibición del aborto. Las generaciones del futuro nos llamarán a nosotros generación asesina. No comprenderán cómo en nuestra generación había leyes que permitieran a las madres asesinar a sus hijos. Con el tiempo se impondrá la razón y se prohibirá el aborto.

Todo esto es de Cristo como hombre; pero lo más grande de Cristo es que era Dios.

Lo sabíamos todo de Cristo. Estaba escrito por los profetas ochocientos años antes de su nacimiento.

Sabíamos dónde iba a nacer: en Belén. Sabíamos quién iba a ser su madre: una virgen. Sabíamos de qué linaje iba a nacer: de la estirpe de David. Sabíamos que curaría enfermos. Sabíamos cómo iba a morir: en una cruz. Sabíamos que recibiría salivazos en la cara, y que en su agonía le darían hiel y vinagre, y que se repartirían sus vestiduras y sortearían su túnica.

Cristo afirmó en repetidas ocasiones que era Dios. Cristo ante Caifás afirma que es el Hijo de Dios. Caifás entiende que Cristo se las da de Dios, que pretende ser Dios. Si Cristo se hubiera llamado Hijo de Dios del mismo modo que Dios era Padre del resto de los hombres, no hubiera sonado a blasfemia. Nosotros también somos hijos de Dios, pero somos hijos adoptivos. Cristo es Hijo natural de Dios. Tiene la naturaleza de Dios. Todo padre transmite su naturaleza al hijo. El hijo de un pez es pez; el hijo de un pájaro es pájaro; el hijo de un hombre es hombre; el Hijo de Dios es Dios. Él es hijo por naturaleza. Tiene naturaleza divina como el Padre.

Cristo afirma que Él es Dios.

La resurrección: la gran prueba de que Cristo es Dios

La gran prueba de la divinidad de Cristo es su propia resurrección. Cristo profetizó que al tercer día resucitaría. Para estar seguros de la resurrección de Cristo, primero tenemos que estar seguros de que murió. Si no murió, no puede resucitar.

Tenemos cuatro clases de testigos de que Cristo murió en la cruz.

Primero; los verdugos. Los verdugos sabían que Cristo estaba muerto, porque cuando fueron a partirle las piernas no lo hicieron. A los crucificados les partían las piernas con una maza de madera o de hierro. De esta manera no podían apoyarse en el clavo de los pies y, al quedar colgados de los brazos, los brazos tiraban del diafragma, el diafragma oprimía los pulmones y el condenado se asfixiaba. Cuando van a rematar a Cristo, lo ven muerto y no le parten las piernas. En opinión de los verdugos, que estaban muy acostumbrados a crucificar y sabían muy bien cuándo un hombre está muerto, Cristo estaba muerto.

Segundo: oficialmente, Cristo estaba muerto en la cruz. Cuando Nicodemo y José de Arimatea van a pedirle a Pilatos permiso para llevarse el cuerpo de Cristo, Pilatos se extraña de que Cristo haya muerto tan

pronto, y no concede el permiso sin recibir el aviso oficial de que Cristo está muerto. Según la ley romana, los familiares y amigos tenían derecho a llevarse el cadáver del ajusticiado para darle sepultura. Por lo tanto, oficialmente, Cristo estaba muerto.

Tercero: sus mismos enemigos sabían que Cristo estaba muerto. Los fariseos, con el trabajo que les costó llevar a Cristo a la cruz, ¿podemos pensar que permitieran que se llevaran el cadáver sin estar seguros de que Cristo estaba muerto? Ellos sabían que Cristo había profetizado que al tercer día iba a resucitar. Para evitar que nadie se llevara el cadáver y simulara una resurrección pusieron una guardia a la puerta del sepulcro. ¿Cómo iban a dejar los fariseos que bajaran a Cristo de la cruz todavía vivo, para que se repusiera y volviera a empezar la historia? ¡Con el trabajo que les costó que Pilatos crucificara a Cristo, después de que repetidas veces manifestara que Cristo era inocente y que no encontraba culpa en Él! Por fin, ellos habían logrado atemorizarle amenazándole con denunciarlo al césar, pues Cristo era un revolucionario que sublevaba al pueblo.

Los fariseos no podían permitir que la historia volviese a empezar.

Los fariseos tuvieron mucho cuidado de que Cristo no fuese descolgado hasta que estuviera totalmente muerto. Cuando los fariseos permiten que bajen a Cristo de la cruz y lo entierren, es porque sabían que Cristo estaba muerto. Allí no había nada que hacer, porque Cristo estaba muerto.

Cuarto: en opinión de los amigos. ¿Se puede pensar que María Santísima dejara a Cristo en el sepulcro y se fuera si hubiera advertido en Él la más mínima esperanza de vida? Cuando María Santísima, José de Arimatea y Nicodemo dejan a Cristo en la tumba y se van es porque estaban seguros de que estaba muerto. De haber observado la más mínima esperanza de recuperación, ¿iban a dejarlo en la tumba y marcharse? Todos estaban seguros de que Cristo estaba muerto, por eso lo dejaron en la tumba y se fueron; y después de la fiesta volverían las mujeres a terminar de hacer todas las ceremonias de la sepultura.

En opinión de los verdugos, en opinión de las autoridades, en opinión de los enemigos y en opinión de los amigos, Cristo estaba muerto en la cruz.

Pero, además, contamos con la opinión de los hombres de ciencia. En el Tercer Congreso Internacional sobre la Sábana Santa había trescientos cincuenta especialistas. Tres médicos, el inglés doctor Wednissow, el

norteamericano doctor Buckling y el italiano doctor Rodante, cada uno de ellos hizo un estudio demostrando que Cristo estaba indiscutiblemente muerto en la cruz.

Presentaron un estudio extenso. Pero una sola prueba ya es elemental y definitiva: la lanzada que le abrió el corazón. Con esto basta.

Si la lanza le abrió el corazón, naturalmente Cristo estaba muerto. ¿Y por qué sabemos que la lanza le abrió el corazón? Por la cantidad de sangre que salió. Los médicos opinan que toda esa sangre sólo pudo salir de la aurícula derecha. La aurícula derecha está llena de sangre líquida en los cadáveres recientes. Por eso dice san Juan que después de la lanzada salió sangre a borbotones. Sangre y agua. Los médicos explican el agua como una serosidad del pericardio causada por los traumatismos.

En la Sábana Santa se ve un reguero de sangre tremendo de la herida del costado, y otro que cruza la espalda, en la cintura. Salió de la vena cava en el traslado al sepulcro. Si la lanza le abrió la aurícula derecha, podemos estar seguros de que Cristo murió en la cruz.

Al tercer día, la tumba estaba vacía.

Si Cristo estaba muerto en la cruz, si a Cristo lo dejan muerto en la tumba y al tercer día la tumba está vacía, no hay más que dos explicaciones: Cristo resucitó o alguien se llevó el cadáver. Si demostramos que nadie se llevó el cadáver, es porque Cristo resucitó.

Y nadie se llevó el cadáver. ¿Por qué? ¿Quién se pudo llevar el cadáver? O sus amigos o sus enemigos. Uno que no fuera ni amigo ni enemigo ¿qué interés tendría en llevarse el cadáver? Si alguien robó el cadáver tuvo que ser o amigo o enemigo. Pues vamos a demostrar que ni los amigos ni los enemigos se llevaron el cadáver, sino que Cristo resucitó.

No se lo llevaron los enemigos. Si los enemigos de Cristo, los fariseos, hubieran tenido el cadáver de Cristo, cuando se corre la noticia de que ha resucitado, los fariseos habrían acabado con la noticia facilísimamente enseñando el cadáver. Si los fariseos no enseñaron el cadáver para deshacer la noticia de que Cristo había resucitado, es porque los fariseos no tenían el cadáver. Habría sido la mejor manera de acabar con aquella noticia que estaba convirtiendo a tanta gente: un día san Pedro convirtió a tres mil personas.

Los amigos tampoco robaron el cadáver. ¿Por qué? Porque los apóstoles murieron por su fe en Cristo resucitado, y nadie da la vida por una patraña. Nadie da la vida por lo que sabe que es mentira. Luego ellos creían que Cristo resucitó, ellos no robaron el cadáver.

Te dicen algunos: «Pero nadie lo vio resucitar. No hay testigos.» No hace falta. Para estar seguros de que ha sucedido un hecho no tengo que haberlo visto personalmente. Puedo tener datos que me lleven al conocimiento del hecho, aunque no lo haya visto. Por ejemplo, si voy por la carretera y en una curva veo un frenazo en el suelo, roto el pretil, y me asomo y en el fondo del barranco veo un coche, no tengo que haber visto el accidente. Ya sé que este coche, al tomar la curva, derrapó, pegó en el pretil, rompió el pretil, saltó al barranco y cayó abajo. Y no he visto el accidente.

Por tanto, no hace falta que nadie haya presenciado la resurrección.

Además, es que a Cristo resucitado lo han visto los apóstoles. Cristo se les apareció después de resucitar.

Estaban los apóstoles en el cenáculo con las puertas cerradas, por miedo a los judíos, y Cristo se presenta en medio. Y Cristo cena con ellos, y Cristo se deja palpar por Tomás, que en la primera aparición no estaba. Fueron dos apariciones. En la primera no estaba Tomás. Cuando le dicen sus compañeros que el Maestro ha resucitado, que ha estado allí, él no se lo cree. Y dice Tomás: —Si no lo veo, no lo creo. Mientras que no lo palpe con mis manos no lo creo.

Otro día se aparece Cristo estando Tomás, y le dice Cristo a Tomás:

—No seas incrédulo, hombre. Ven aquí y pálpame. ¿No ves que soy yo? Los fantasmas no se pueden palpar. Anda, vamos a comer. ¿Tenéis algo que comer? Vamos a comer. Los fantasmas no comen. Que soy yo, que he resucitado.

Cristo se presenta resucitado a los apóstoles en el cenáculo. Cristo resucitado era una realidad.

Cuando Tomás ve resucitado a Cristo, cae de rodillas delante de Él y le dice:

—Señor mío y Dios mío.

Precioso acto de fe, que deberíamos repetir todos en la elevación de la Consagración de la santa misa.

Tomás le llama Dios y Cristo no le contradice. Una vez que san Pedro hizo un milagro, la gente se le tiraba al suelo de rodillas para adorarle como a Dios, y él decía:

—Levantaos, levantaos, que no soy Dios. Soy hombre como vosotros. Yo hago milagros en nombre de Jesús Nazareno.

Cuando un hombre se siente tratado como Dios, lo lógico es que ese hombre renuncie a ese tratamiento. San Pedro no se dejó llamar Dios. Cristo sí se dejó llamar Dios. Incluso una vez que san Pedro proclama su divinidad, Cristo no le contradice. Cristo le confirma:

—Bien has dicho. Esto te lo ha inspirado mi Padre.

Cristo se dejó llamar Dios, sin contradecir a los que se lo llamaban, porque lo era en realidad.

Si decimos que «Cristo es el hombre más grande de la Historia» es porque en toda la historia de la Humanidad jamás ha habido nadie como Cristo. De niño asusta a un rey: Herodes. De joven deja admirados a los doctores en el Templo. De mayor curó a ciegos y leprosos, y resucitó muertos. Pudo ser rico y se hizo pobre: nació en una cuadra, murió en una cruz y fue enterrado en una tumba prestada. No escribió ningún libro, pero no hay en el mundo ninguna biblioteca donde quepan todos los libros que se han escrito sobre Él. No fue político, pero jamás en la Historia ha habido un hombre que haya tenido tantos seguidores. Jamás en la Historia ha habido un hombre que haya sido amado tanto como Jesús. Cristo es el hombre más amado de la Historia. Ha habido hombres grandes en la Historia, pero estos hombres son hoy admirados, no amados. Cristo ha sido amado más allá de su tumba. Esto es inconcebible en la Historia. Todos sabemos quiénes fueron Miguel Ángel o Cervantes. Pero ¿hay hoy alguien que ame a Miguel Ángel? ¿Hay hoy alguien que ame a Cervantes? De los grandes hombres de la Historia queda su admiración, pero no queda amor a ellos. El amor a una persona sólo permanece pocos años en el corazón de sus parientes.

Cristo hace dos mil años que murió, y hoy se le ama con entusiasmo. Se le ama hasta la muerte. Hay mártires que dan la vida por Cristo; hoy, ayer y mañana también. Miles y miles de muchachos y muchachas que consagran a Él su vida. Es un martirio lento, gota a gota. Unos dan la vida de golpe, como el mártir. Otros la dan gota a gota, a lo largo de toda su vida; viven sólo para Cristo y sólo piensan en Cristo.

Démosle gracias porque nos ha dado fe en Él. Vivamos nuestra fe lo mejor que sepamos, y confiemos que en la hora de la muerte Él recibirá con los brazos abiertos, en la otra vida, a los que en ésta hemos creído en Él, le hemos servido con buena voluntad y le hemos esperado con amor.

12. MARÍA, MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Vamos a dedicar este capítulo a la Virgen. María nos dio a Jesús y Jesucristo es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida.

En primer lugar, vamos a hablar de los tres dogmas que relacionan a María con Dios. María es Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Por eso vamos a hablar de los tres dogmas marianos: de la Inmaculada Concepción, de la Maternidad divina y de la Virginidad de María.

Hace dos mil años dijo María: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones.» Y así ha sido. Desde entonces, hasta el fin de los tiempos, todas las generaciones la han llamado y la llamarán Bienaventurada, Elegida de Dios. Elegida para este título fenomenal de María: **Madre de Dios.** Es lo más grande para María. A éste van vinculados los demás títulos de María.

Un peligro para la fe: los testigos de Jehová

Los testigos de Jehová andan por las casas enrollando a los incautos que los escuchan, y los engañan con sofismas, fraudes, falacias y mentiras. Van a destruir la fe.

Por eso, cuando llegue a tu casa un testigo de Jehová, de entrada hay que decirle:

—Soy católico. No tengo nada que hablar con usted. Cuando quiera hablar de religión, me buscaré un sacerdote de mi confianza que me aclare

las ideas, y le consultaré lo que yo quiera; pero con usted no tengo nada que hablar.

Y que nadie piense que los va a convencer. Imposible. Su técnica es no escuchar. No aceptan razones. Son fanáticos.

Vienen a quitar la fe. Y es más fácil destruir que construir. Eso ya se sabe. Un barco se hunde en un momento con un torpedo, y una casa se derriba en un segundo de un cañonazo. Pero ni el barco se construye en un momento ni la casa se construye en un segundo. Destruir es más fácil que construir. Y como ellos van por las casas a destruir la fe, a poner pegas, a echarte a pique, eso es muy fácil.

Es más fácil plantear una dificultad que resolverla. No todo el mundo está preparado para resolver las dificultades. Ellos llevan unos cuantos sofismas, unas cuantas falacias, v con eso te echan a pique como con un torpedo.

Por ejemplo, una de las dificultades que suelen poner:

—Vosotros sois tontos. Os dejáis engañar por los curas. ¿A quién se le ocurre decir que María es Madre de Dios? ¡Madre de Dios! Si Dios es eterno y María no. Dios existe desde siempre, y María no. ¿Cómo va a ser María Madre de Dios si Dios existía antes que María? ¿Es que el hijo puede ser más viejo que su madre? ¿Cómo va a ser María Madre de Dios si Dios es eterno y María no es eterna? Los hijos no pueden ser más viejos que su madre. La madre no puede ser posterior al hijo.

Y ya viene la duda.

Sin embargo es verdad que María es Madre de Dios.

¿Por qué? Porque Dios se encarna en las entrañas de María. Jesús es Dios hecho Hombre. María es Madre de Jesús, y si Jesús es Dios, María es Madre de este Hombre que es Dios.

Si lo que nace de María es Dios, María es Madre de Dios. Al ser María Madre de Jesús, y ser Jesús-Dios, a María la podemos llamar Madre de Dios porque es Madre de un Hombre que al mismo tiempo es Dios.

Pongamos un ejemplo: si a un hombre lo hacen alcalde, su madre es madre del alcalde. La madre no le da la alcaldía; pero como es madre de este hombre, y a este hombre lo hacen alcalde, su madre es madre del alcalde; aunque ella no le dé la alcaldía.

De igual manera, María es Madre de este Hombre que es Dios. Al ser Madre de Jesús-Dios, María es Madre de Dios. Aunque ella no le dé la

divinidad. Pero es Madre de Jesús, que es Hombre y Dios al mismo tiempo. Por lo tanto, María es Madre de Dios.

Si Dios tomó carne en María, María es una mujer hecha para ser Madre de Dios. Dios la ha preparado para ser su Madre. Por eso, María es la cumbre de la Humanidad. La joya de la Creación. Jamás ha habido una criatura que tenga una dignidad superior a la de María, porque María es la mujer proyectada y realizada por Dios para ser su Madre.

María, una Madre perfecta

Nosotros le tenemos un gran amor a nuestra madre de la tierra. Nuestra madre es maravillosa, aunque reconocemos que nuestra madre tiene sus limitaciones, tiene sus defectos, como todas las personas. Si nosotros hubiéramos podido hacer a nuestra madre a nuestro gusto, ¿cómo hubiéramos dotado a nuestra madre? Para nuestra madre, lo mejor del mundo. Pues Dios ha proyectado y realizado a su Madre a su gusto. Y es Omnipotente.

¿Cómo será esa Madre que Dios ha hecho a su gusto para sí? No es posible pensar en una criatura mejor dotada que María.

Y ¿cómo la hace?

Inmaculada. Limpia de todo pecado. Ni siquiera el pecado original que, por decirlo de alguna manera, es el menos pecado de los pecados; porque de todos los pecados somos responsables, menos del pecado original, que lo heredamos.

Cuando de algo no somos responsables, no es pecado. El que se emborracha porque quiere peca. Pero el que se emborracha sin querer no peca. Para que una persona peque tiene que hacer una cosa voluntariamente, responsablemente. El único pecado del cual no somos responsables es el pecado original; porque es el único que heredamos. Por eso podríamos decir que es el menos pecado de los pecados.

Pues María ni ese pecado. Dios ha querido privarla hasta del pecado original. Esto es un privilegio único en la historia de la Humanidad. Dios se lo ha querido conceder a su Madre, porque no ha querido que su Madre ni por un momento estuviera manchada por Satanás. Dice la Biblia: «El que peca se hace hijo del diablo.» Y Dios no pudo permitir que aquella mujer que iba a ser su Madre ni por un instante estuviera manchada por Satanás.

Esto, la sabiduría popular lo expresó con acierto, incluso antes de que fuera dogma de fe la Inmaculada Concepción. Cantaban nuestros mayores expresando el pensamiento teológico de Duns Scoto:

Quiso y no pudo, no es Dios.
Pudo y no quiso, no es Hijo.
Digamos pues que pudo y quiso.

Muy bonito.

Quiso y no pudo, no es Dios. ¿No pudo Dios hacer Inmaculada a la Virgen? Si no pudo, no es Dios. Dios lo puede todo. Es Omnipotente. Dios puede todo lo que no es absurdo, lo que no es contradictorio. Lo absurdo no lo puede Dios. Dios no puede hacer un círculo cuadrado. O es círculo o es cuadrado. Pero un círculo cuadrado es una contradicción. Es un absurdo. Dios no hace absurdos. Los absurdos no se pueden hacer. Pero todo lo que no es absurdo lo puede hacer Dios, que es Omnipotente. Como privar a la Virgen del pecado original: no es un absurdo, es un privilegio, Dios puede hacerlo. Por lo tanto pudo hacerlo. Si quiso hacerlo y no pudo, no es Dios.

Pudo y no quiso, no es Hijo. ¿Pudo hacer a su Madre Inmaculada y no quiso hacerlo? ¿No quiso dotar a su Madre de ese don, de verse privada del pecado original? ¿Pudo privar a su Madre de esa mancha de Satanás y no quiso? No es Hijo.

Digamos pues que pudo y quiso.

Es el canto que cantaban nuestros mayores antes de que fuera dogma de fe la Inmaculada Concepción.

La gracia es lo que Dios más valora

Por eso a María la llama el ángel: «La llena de gracia: *Kejaritomene.»* Es la palabra griega que emplea el evangelista. Es el sentido teológico del saludo del ángel. Llena de gracia. No le cabe más.

Y la gracia es el mayor de los dones que Dios nos puede conceder. La gracia vale más que la belleza, más que la salud, más que la inteligencia, más que la simpatía.

El supremo de los valores es la gracia de Dios. Los hombres estimamos la inteligencia, la simpatía, la belleza; pero todo esto es relativo.

¿Cuántas mujeres por ser bellas son pecadoras? Para ellas, la belleza es una desgracia. Si no hubieran sido tan bellas, seguramente no habrían sido tan pecadoras.

¿Cuántos hombres y mujeres por ser inteligentes son unos malvados? Ponen su inteligencia al servicio del mal. La inteligencia para ellos ha sido una desgracia.

Y cuántas veces la simpatía se usa para engañar a otros, para hacerles daño.

Todas estas cosas, si se emplean para el bien, estupendo; pero a veces se emplean para el mal. Por eso no son bienes supremos. El bien supremo es la gracia de Dios. Por eso, lo que Dios más estima es la gracia. Nosotros no la estimamos porque no somos capaces de apreciarla, porque no se nos ve en la cara. ¡Si el alma se viera en la cara, otra cosa sería! Pero como Dios sabe lo que vale la gracia, es para Él el supremo de los valores.

Y de gracia a María, todo lo que le cabía: llena de gracia. El don más grande que Dios puede dar es la gracia porque nos hace participantes de la naturaleza divina. Y de esto María, llena: «*Kejaritomene*.» Por eso Dios está orgulloso de su Madre, que está tan bien dotada. Y nosotros también debemos estar orgullosos de tener una Madre así. María es lo más grande que ha salido de las manos de Dios.

La virginidad de María

Pasemos ahora a reflexionar sobre la virginidad de María. María, Esposa del Espíritu Santo.

Primero hay que distinguir algo que muchas veces se confunde. No es lo mismo concepción virginal de María que Inmaculada Concepción. Porque la virginidad de María se refiere a la concepción de Jesús. María concibió a su hijo, Jesús, sin obra de varón. Por eso es Virgen. En cambio, la Purísima Concepción se refiere a que María fue concebida sin pecado original en las entrañas de su madre, santa Ana.

La concepción virginal de María está clarísima en el Evangelio. Por eso es dogma de fe.

Vamos a leer el Evangelio de san Mateo, capítulo 1, versículo 18. Dice san Mateo:

«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: desposada María con José, antes de unirse se halló que ella había concebido por obra del Espíritu Santo.»

El padre jesuita Braulio Manzano afirma que los desposorios entre los judíos equivalían a nuestra boda. Aunque faltaba alguna ceremonia complementaria, ésta no añadía ningún derecho nuevo al marido.

La virginidad de María está clarísima en el texto que acabamos de ver, pero está confirmada todavía más por lo que dice el Evangelio de las dudas de José.

María no se lo dijo a José por humildad. Lo que había recibido era tan grande que no se atrevía a decirlo. Esperaba que fuera Dios quien se lo anunciara a José, como lo había hecho con santa Isabel.

Cuando María la visitó, ya estaba Isabel informada de todo. Con más razón, pensaría María, debía ser informado José.

Pero Dios no le había dicho nada a José. Y menudo problema para José cuando nota externamente las señales de la maternidad en su mujer. No podía dudar de que su mujer estaba embarazada. Lo estaba viendo con sus ojos. Menudo problema para un marido ver embarazada a su mujer y saber que aquello no era suyo, pues él no había hecho nada para dejarla embarazada.

Por otra parte, José, que no podía dudar de que su mujer estaba embarazada, tampoco se atrevía a pensar mal de ella, porque conocía las virtudes de María, y estaba seguro de que María no le había engañado. Él conocía a María. ¿Cómo María iba a ser una adúltera?

La adúltera era condenada a muerte. A la mujer adúltera la ley hebrea la condenaba a morir apedreada. Y si José sospechaba que su mujer era una adúltera debía denunciarla, para que muriera apedreada. Pero a José, que conocía a María, no le cabía en la cabeza que su mujer fuese una adúltera. Por eso sus tremendas dudas.

Decide dejarla y marcharse.

Al fin, Dios le saca de dudas y le dice:

—José, no te preocupes, que lo que ha engendrado tu esposa no es obra de varón, es obra del Espíritu Santo.

La respuesta que María da al ángel supone por parte de María un voto de virginidad. Porque cuando el ángel le dice que concebirá un hijo, que dará a luz un hijo, dice María:

—¿Eso cómo va a ser?

Cuando María se extraña de que el ángel le anuncie un hijo es porque tiene voto de virginidad. Porque si ella no tuviera voto de virginidad, lo más lógico es que una mujer recién casada piense en un hijo. Eso no tiene nada de particular.

Por ejemplo, una chica sale de su boda. Al salir de la. iglesia la felicitan las amigas, y una de ellas le dice:

—Mira, cuando tengas el primer hijo vamos a celebrar una fiesta por todo lo alto.

Y contesta la recién casada:

—¿Yo un hijo? ¿De dónde? ¿Dónde está el hombre que me dé a mí un hijo? ¿Cómo voy a tener yo un hijo?

—Pero, ¿no sales de la boda? ¿No acabas de casarte? ¿Te vas a extrañar de que te hablen de un posible futuro hijo?

Cuando una mujer casada se extraña de que le hablen de un posible futuro hijo es porque tiene voto de virginidad; porque si ella no tuviera voto de virginidad no tendría por qué extrañarse.

Por lo tanto, la respuesta de María al ángel no tendría sentido si ella no tuviera voto de castidad.

Ahora bien, una cosa interesante: este voto de virginidad que tenía María lo conocía José. Hay que suponer que María había informado a José de que tenía voto de virginidad. Fijaos la sorpresa de José si después de casado, al acercarse a María, ella le dice:

—Lo siento mucho, pero es que tengo voto de virginidad.

José habría ido a la boda engañado si María no le previene. Por tanto, este voto de virginidad, por supuesto, lo conocía José. Esto es evidente. Y a pesar de esto quiso casarse con María por sus virtudes. Esto honra a san José.

Y este voto de virginidad que hace María supone una vocación especial de Dios, porque todas las hebreas querían tener muchos hijos. Y cuantos más hijos mejor; para tener más posibilidades de tener al esperado Mesías en su descendencia. Para ellas la esterilidad era un oprobio, porque sin descendencia no podrían contar al Mesías entre sus descendientes. Por tanto era un deseo de todas las mujeres hebreas tener hijos. Por eso el voto de virginidad de una hebrea era una cosa insólita. Ese voto de virginidad era una llamada de Dios, una vocación de Dios. Y Dios premió la respuesta de María. Lo mismo que premió a Abraham.

Dios le pidió a Abraham que le sacrificara a su único hijo. Y el pobre Abraham, si Dios se lo pedía, estaba dispuesto a obedecer. Dios es el primero. Dios tiene derecho a lo que pida. Entonces Abraham va a sacrificar a su hijo, porque Dios se lo pide. Pero a Dios le basta la buena voluntad de Abraham. Y cuando va a sacrificarlo, le dice: «No hace falta, ya me contento con tu buena voluntad.»

Y le perdonó el sacrificio que Abraham estaba dispuesto a hacer de su único hijo, y le premió este sacrificio haciéndole padre de todos los creyentes.

De la misma forma, Dios premia a María su voto de virginidad, y la hace no antecesora del Mesías, como deseaban todas las mujeres hebreas, la hace Madre del Mesías, que es lo que ella nunca pudo sospechar. Dios premió la generosidad de María.

Los ataques contra la virginidad de María

Sobre la virginidad de María ha habido montones de herejías. Algunas herejías son muy descaradas. Por ejemplo, la que niega la posibilidad de que María haya concebido a Jesús virginalmente.

—¿Una mujer, un hijo sin obra de varón? ¿Cómo una mujer va a tener un hijo sin obra de varón?

Pues sí. ¿O es que vamos a creer que Dios no pudo hacerlo? Pero ¿quién ha hecho las leyes de la reproducción? ¿No las ha hecho Dios? ¿Quién ha hecho que los seres humanos se reproduzcan de esta manera? ¿No ha sido Dios? Dios ha hecho que los hombres se reproduzcan de esta manera, y los peces de otra, y las flores de otra. Si las leyes de la reproducción de los seres humanos son obra de Dios, ¿es que Dios no va a poder cambiar esas leyes? ¡Las ha hecho Él! Por tanto es ridículo pensar que Dios no pudo hacer que una mujer conciba sin obra de varón. Es evidente que pudo hacerlo. Y el que dude de la concepción virginal de María es porque duda del poder de Dios. Si creemos en un Dios Omnipotente, no podemos dudar de que realmente fue así. Además, es dogma de fe.

Hay otros más sutiles.

Te dicen:

—Bueno, en la concepción sí. María concibió virginalmente; pero el parto no tiene por qué ser virginal. El parto pudo ser normal; como cualquier parto de cualquier mujer normal.

Pero, vamos a ver, ¿es que Dios, que hace lo más difícil, no puede hacer lo más fácil? ¿Es que Dios, que ha hecho que María conciba virginalmente, no va a poder hacer que también el parto sea virginal? Pero ¿qué problema hay? ¿Por qué aceptamos lo más y vamos a discutir lo menos? ¿Es que vamos a atar las manos a Dios?

Y la fe de la Iglesia, desde el siglo v, en el símbolo de la fe, recogiendo la fe de épocas anteriores, siempre ha dicho que María fue Virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Éste es el contenido de la fe de la Iglesia. Por tanto, como dice el catecismo de una manera bella: «como el rayo del sol atraviesa el cristal, sin romperlo ni mancharlo».

Sobre esto, los testigos de Jehová andan por ahí engañando y diciendo por las casas para quitar la fe en María:

—¿Cómo va a ser Virgen María? ¡Pero si María tuvo muchos hijos! ¡Si lo dice la Biblia!

Y para eso no necesitan su Biblia.

Los testigos de Jehová han escrito una Biblia falsaria en la que han quitado lo que han querido y han metido lo que han querido. Es una Biblia falsaria. Hay un libro que se llama *Proceso a la Biblia de los testigos de Jehová.* Este libro, de Eugenio Danyans, tiene a dos columnas: lo que dice el texto original de la Biblia, y cómo lo traducen los testigos de Jehová. El objetivo del libro es hacer ver lo mal que traducen, cómo manipulan, cómo hacen que la Biblia diga lo que ellos quieren, cómo quitan lo que quieren y meten lo que quieren. Ésa es la Biblia de los testigos de Jehová: una Biblia falsaria.

Pero para lo que estoy diciendo, ellos no necesitan su Biblia, les basta la nuestra. Porque en muchas de nuestras Biblias lees en San Mateo, 13, 55: «Santiago y José, hermanos de Jesús.» Y lo pone nuestra Biblia, la católica. Y dicen los testigos de Jehová:

—¿No lo estáis viendo? María tuvo muchos hijos. Eso de que María sólo tuvo un hijo es un cuento de los curas. Lo que pasa es que vosotros no conocéis la Biblia. Como no estudiáis la Biblia, os dejáis engañar por los curas. Pero Santiago y José eran hermanos de Jesús. María tuvo muchos hijos.

Y es mentira.

Los testigos de Jehová saben que Santiago y José no son hijos de María, porque presumen de saber la Biblia de memoria, eso dicen ellos. Saben que un poco más adelante, en San Mateo, 27, 56 y en San Marcos, 15, 40, dice el Evangelio: «Al pie de la cruz, junto a la Madre de Jesús, estaba la madre de Santiago y José.» Luego son distintas. Una es la madre de Santiago y José, y otra es la Madre de Jesús. Luego entonces ¿por qué te engañan y te quieren hacer creer que Santiago y José son hijos de María? Para quitarte la fe en la Virgen.

Te lanzan el texto oscuro para engañarte, y se callan el texto claro que no les conviene decir. Porque van a engañar, porque van a quitar la fe.

Ahora, podría decir alguien, entonces si Santiago y José no son hijos de María, ¿por qué los llama la Biblia hermanos de Jesús?

Porque todo el mundo sabe que entre los hebreos la palabra «hermano» significa pariente en general. Lo mismo tío, que sobrino, que primo, que cuñado, etcétera.

Y esto, además, se demuestra con la misma Biblia. Porque se lee en el Génesis, 11, 27 que Lot era hijo de un hermano de Abraham; luego Lot era sobrino de Abraham. Después cinco veces, en Génesis 13, 14, 16, etc., dice que Lot y Abraham eran hermanos. Primero dice que son tío y sobrino. Y después dice cinco veces que son hermanos, porque para un hebreo la palabra «hermano» es pariente (tío, sobrino, primo, etc.), pariente en general. Por eso, la Biblia llama a Santiago y José hermanos de Jesús, aunque sean hijos de otra María, la de Alfeo, hermano de san José. Santiago y José eran primos de Jesús.

El ejemplo de María es hoy muy interesante para la juventud actual, porque hoy la virginidad está en baja. Muchas chicas se avergüenzan de ser vírgenes. Y muchos chicos se ríen de la virginidad de las chicas.

Naturalmente esto es mentira. Todo hombre normal quiere casarse con una mujer de estreno. A ningún hombre le hace gracia casarse con una mujer de segunda o de quinta mano. A nadie le gusta comerse las sobras que otro dejó en el plato.

Y toda chica soltera sabe que la virginidad es un tesoro irrecuperable si se pierde. Toda chica normal se ofende si le colocan las cuatro letras. Y del hecho de que haya chicas que no estimen su pureza, no por eso se sigue que la pureza pierda su valor. Las joyas no pierden valor porque haya personas que no sepan apreciarlas.

El ejemplo de María es una gran lección para la juventud de hoy.

Primero, conservando la pureza hasta el matrimonio, según la ley de Dios. Dios exige virginidad total hasta el matrimonio. Es voluntad de Dios. No hay que dejarse influenciar por los pornócratas que quieren corromper a la juventud para ellos hacer su negocio. O los políticos que buscan corromper al pueblo para facilitar la difusión de sus ideas anticatólicas.

La corrupción de las costumbres es un punto de apoyo para algunas ideologías políticas. Así combaten hoy a la Iglesia. Las costumbres corrompidas son incompatibles con la fe. A una persona corrompida, la fe se le cae sola. No hay que quitársela.

También podemos imitar a María consagrando la vida entera a Dios, para el bien de las almas. Virginidad perpetua. Los chicos con el sacerdocio y las chicas haciéndose religiosas. Sobre la grandeza de la vocación de la vida consagrada a Dios se podría decir mucho...

María, mediadora entre Dios y los hombres

Vamos a reflexionar un poco sobre los títulos de María en relación con los hombres. María respecto a los hombres es mediadora, y Madre de la Iglesia.

En primer lugar es mediadora. Mediadora entre Dios y nosotros. Intercesora de las gracias. Empezó en Caná.

Un autor explica así eso de «qué tenemos que ver tú y yo». Cuenta una anécdota que le pasó en Palestina. Estaba dando un paseo por el mar de Galilea con un pescador. De repente, le dice el teólogo:

—¿Por qué no vamos a Cafarnaúm?

Y contesta el pescador:

—¿Qué tenemos que ver tú y yo?

Es la frase del Evangelio. Significa: «¿Qué hilo misterioso hay entre tú y yo? Porque eso mismo estaba yo pensando.»

Cuando Jesús le dice a su Madre: «¿Qué tenemos que ver tú y yo?», lo que quiere decir es: «Precisamente eso es lo que yo estaba pensando ahora mismo. Me has adivinado el pensamiento.»

Hay que resolver una dificultad, porque san Pablo dice en la primera carta a Timoteo, 2, 5: «Cristo es el único mediador.»

Si Cristo es el único mediador, porque lo dice san Pablo, ¿cómo María va a ser mediadora?

Sí. María es mediadora a pesar de la frase de san Pablo.

¿Por qué?

Porque la frase de san Pablo excluye toda mediación paralela, pero no excluye una mediación dependiente y subordinada. María es mediación subordinada.

Cristo es el mediador principal para con el Padre Eterno. Es mediador por sus propios méritos, sin dependencia de ninguna otra persona. En cambio, la mediación de María es secundaria, subordinada a la mediación de Cristo.

Nadie está obligado a ir a Dios por medio de María. Todos podemos ir a Dios directamente. Pero qué duda cabe que nuestras peticiones en manos de María son más agradables a Dios que en nuestras manos sucias y pecadoras.

María nos lleva a Jesús. El lema de las congregaciones marianas: «A Jesús por María.» María nos lleva a Jesús. En brazos de María nos acercamos a Dios. Como el niño pequeño que en brazos de su madre se acerca al corazón del padre.

San Bernardo llama a María «cuello». ¿Por qué la llama cuello? Porque une la cabeza con el cuerpo. Cristo es la cabeza del Cuerpo Místico. Y lo mismo que el cuello une la cabeza con el cuerpo, y todo pasa por el cuello, María une a Cristo con el Cuerpo Místico. Es el cuello. Todo pasa por María. Por eso María es la mediadora. La Gran mediadora.

Vamos a ver dos milagros impresionantes que ponen de manifiesto esta mediación de María. Uno hecho por medio de la Virgen de Lourdes y otro por la Virgen del Pilar: María Mediadora.

La conversión de Alexis Carrel, premio Nobel de Medicina

Primero voy a contar el milagro que fue causa de la conversión de Alexis Carrel. Alexis Carrel era premio Nobel de Medicina, y era ateo; y quiso reírse de Lourdes. Fue allí a demostrar que lo de Lourdes era una patraña, que aquello era mentira que aquello era todo un fraude. Y así subió al tren de una peregrinación que iba a Lourdes.

He de decir primero que en Lourdes existe una Oficina Médica donde hay médicos, de todas las nacionalidades y de todas las ideologías, que estudian a los enfermos antes y después de salir. Existe un libro, que se titula *Curaciones milagrosas modernas,* escrito por el doctor Leuret, director de la Oficina Médica de Lourdes. En ese libro hay radiografías antes y después de los milagros, con las firmas de médicos que garantizan que estas curaciones instantáneas de ninguna manera se deben a la medicina. Personas que entran con estas radiografías y salen repentinamente curadas.

Pero sigamos con el caso de Alexis Carrel, premio Nobel de Medicina y ateo. Él iba a Lourdes a reírse. En el tren en el que iba, una enferma, que se llamaba Marie Ferrand Bayllie, se pone a morir. Piden un médico, y Alexis Carrel va a ver a aquella mujer que tenía, al parecer, una peritonitis. Alexis Carrel dice que esa mujer se muere, que esa mujer no llega a Lourdes. No hay nada que hace.’. Está desahuciada. Sabía lo que tenía aquella mujer, y sabía que aquello era gravísimo. Entonces, de broma, dice:

—Bueno, si esta mujer se cura en Lourdes, entonces yo creería en Lourdes.

Dios le tomó la palabra. Aquella mujer llegó a Lourdes. Y ante los ojos atónitos de Alexis Cairel aquella mujer instantáneamente se cura de su enfermedad. Él cumple su palabra y se convierte. Tiene un libro muy bonito, que se llama *Mi viaje a Lourdes,* donde cuenta su conversión. En este libro hay una oración muy bonita a la Virgen, en la que e da las gracias por haberle permitido presenciar aquel milagro maravilloso que le llevó a la fe.

El milagro del Cojo de Calanda, en Zaragoza

En Zaragoza, en el despacho del alcalde, está el acta notarial de lo que os voy a contar.

Un día fui a la catedral, a la seo de Zaragoza. Llamé al archivero y me mostró el proceso del obispo Apaolaza. He tenido en mis manos el original del proceso del milagro que voy a contar. También fui al ayuntamiento. En una vitrina del despacho del alcalde se ve el original del acta notarial del milagro. El secretario del ayuntamiento, muy amable, me regaló una edición facsímil del acta.

En la basílica del Pilar, en uno de los laterales, el que da a la plaza, hay un cuadro que representa el milagro.

Un muchacho de veintitrés años, llamado Miguel Juan Pellicer, labriego de profesión, volviendo un día del campo se cae del carro y la rueda le pasa por encima de una pierna. Se la tienen que corlar y la entierran. A él le ponen una pata de palo. Entonces no había la ortopedia que hoy tenemos. Y con su pata de palo se pone a pedir limosna en la puerta del Pilar de Zaragoza, porque con aquella pata de palo no podía trabajar en el campo. Así pasa dos años y medio pidiendo limosna, y todo el mundo en Zaragoza lo conocía como el Cojo de Calanda. Calanda era su pueblo.

Aquel muchacho no se resignaba a ser mendigo toda su vida, y le pedía todos los días a la Virgen que él quería trabajar. Un día, estando en su casa, pasó un soldado. Como no tenían cuarto de huéspedes, porque eran pobres, acuestan al soldado en la cama de Miguel Juan Pellicer, y a él le echan un jergón a los pies de la cama de matrimonio de sus padres. Como estaba cansado se va ªntes a dormir y, al cabo de un rato, cuando llega su madre, da un grito porque ve que debajo de la manta que tapaba el cuerpo de su hijo aparecen dos piernas.

Llama a su marido. Despiertan al muchacho, y él dice:

—¿Por qué me despertáis? Estaba soñando con la Virgen del Pilar.

—Muchacho, que tienes las dos piernas.

—¿Que tengo las dos piernas?

Se pone en pie y tiene las dos piernas. Y toda Zaragoza, que lo había visto dos años y medio con la pierna cortada y la pata de palo, ahora lo ve con las dos piernas.

Se dirigen a donde estaba enterrada la pierna, y allí no había nada. Y la pierna que le ha crecido tiene la cicatriz de la mordedura de un perro, de cuando él era niño.

En el acta notarial firman veinticinco testigos: médicos, enfermeros, vecinos, etc. Habían visto a Miguel Juan Pellicer dos años y medio con la pierna cortada y la pata de palo, y ahora lo ven con las dos piernas enteras. Esto es maravilloso.

Pocos milagros hay en la Iglesia tan espectaculares y tan bien comprobados; porque el acta notarial es lo más serio que tenemos para certificar un hecho. Cuando de un hecho hay un acta notarial eso es

seguro. De eso no se puede dudar. Pues de este milagro tenemos acta notarial. Por eso cuando, voy por ahí, le digo a los que no creen en Dios:

—Explícame cómo a un hombre le crece la pierna en una noche.

Los que creemos en Dios sabemos que Dios hace milagros. Dios puede hacer milagros, y Dios puede hacer que a este hombre le crezca la pierna en una noche. Y de éste tenemos acta notarial con veinticinco testigos.

Por todo esto decimos María Mediadora, porque lo que pedimos por medio de María llega antes a Dios. Aquí fallan las matemáticas. Hemos estudiado en geometría que la línea más corta entre dos puntos es la recta. Cuando María está por medio falla la geometría. El medio más rápido de llegar a Dios es María. El niño pequeño en brazos de su madre se acerca más al corazón de su padre. De la misma forma, nosotros en manos de María llegamos mejor a Dios.

María, Madre de la Iglesia

Para terminar: María es Madre de la Iglesia. Es un título que le dio el papa Pablo VI a María el 21 de noviembre de 1964, al finalizar la tercera sesión del Concilio Vaticano II. La llama «María, Madre de la Iglesia». Al hacer el papa Pablo VI esta proclamación se oyó en la Asamblea Conciliar la ovación más larga de todo el concilio.

El llamar a María Madre no es metáfora. Por ejemplo, cuando llamamos a María «Rosa Mística» o «Torre de Marfil», eso son metáforas. Sin embargo, cuando llamamos a María «Madre», indicamos una realidad.

María es nuestra Madre por muchas razones. Si María es Madre de Cristo y Cristo es cabeza del Cuerpo Místico, y nosotros somos el Cuerpo Místico de Cristo, la que es madre de la cabeza es madre del cuerpo. Por tanto, María es nuestra Madre. María es Madre física de Cristo y Madre espiritual nuestra.

Finalmente tengo que decir que María es nuestra Madre porque Cristo nos la dejó como Madre en la cruz.

Cristo le dice a san Juan: «Aquí tienes a tu Madre.» En san Juan estamos simbolizados todos nosotros. Según el testimonio de la tradición cristiana, confirmado por innumerables documentos del magisterio de la Iglesia, san Juan representaba en aquellos momentos a toda la Humanidad redimida por Cristo.

Cristo pudo haber dejado su Madre a sus parientes. Cuando Cristo quiere dejar a María a san Juan, es para darle un significado especial. Haciéndola Madre de san Juan es la Madre Mística, por decirlo así. Cristo nos deja a María como Madre, para que acudamos a Ella. Esto quiere decir que nosotros hemos de tener una enorme devoción a María, porque María es nuestra Madre.

Cuanto más amemos a María, más contento Jesús, que, como todo hijo bien nacido, disfruta viendo a su Madre agasajada y honrada.

Es curioso que, a lo largo de la Historia, todas las piedades que han dejado a María bajo el pretexto de ir más directamente a Cristo han terminado dejando a Cristo. Esto lo dice la Historia. Quien tiene a María tiene a Cristo. Quien deja a María termina por dejar a Cristo. Por eso tenemos que pedirle a la Virgen, que engendró en su seno a Cristo, que lo engendre también en nuestro corazón. Que Ella nos lleve a Jesús. María no es estorbo para ir a Cristo. Ayuda a ir a Cristo.

A Cristo por María. A Jesús por María. Dios quiere que acudamos a María. La escogió a Ella como intercesora, como mediadora.

13. LA VERDADERA IGLESIA DE CRISTO

El tema de la libertad religiosa lleva a muchos católicos a confusión. Muchos creen que libertad religiosa viene a significar que da lo mismo ser de una religión o de otra, de una Iglesia o de otra.

Por eso vamos a ver en qué consiste la libertad religiosa; después, sus límites y, finalmente, cómo la Iglesia católica es la que Cristo fundó en san Pedro.

¿Qué es la libertad religiosa?

Primero qué no es libertad religiosa. Como la expresión se reduce a dos palabras —libertad religiosa—, fácilmente se entiende mal.

De suyo, habría que decir «libertad civil en materia religiosa», como hace la ley de cada Estado, como es el caso de España. Pero, para abreviar, decimos siempre «libertad religiosa». Esto puede entenderse mal porque puede parecer que todas las religiones son igualmente buenas, como si fuese indiferente ser de una religión o de otra. No es así.

Libertad religiosa no significa que todas las religiones sean igualmente buenas. Libertad religiosa no significa que uno pueda escoger la religión que quiera con la misma indiferencia con que se puede apuntar a un club de fútbol o a otro, puesto que los equipos de fútbol son todos moralmente indiferentes. No hay ninguna razón moral para elegir un equipo de fútbol u otro. Moralmente hablando, todos son iguales. No ocurre lo mismo cuando se trata de religión.

Las religiones no pueden ser todas igualmente buenas porque son contradictorias entre sí, y dos afirmaciones contradictorias no pueden tener las dos razón al mismo tiempo. Si yo digo que Cervantes nació en España y otro dice que nació en Inglaterra, no podemos los dos tener razón al mismo tiempo. Si nosotros creemos en el misterio de la Santísima Trinidad, es decir, que en Dios hay tres Personas distintas, y los testigos de Jehová lo niegan, no podemos tener razón los dos al mismo tiempo. Si nosotros creemos en la Eucaristía y los luteranos no, no podemos tener razón ambos.

Por eso, libertad religiosa no significa que dé lo mismo una religión u otra. El Concilio Vaticano II, en su documento sobre la libertad religiosa, dice: «El hombre tiene obligación de buscar la verdad, y la verdad total se encuentra en la Iglesia católica.» El concilio defiende la libertad religiosa, pero también afirma que el hombre tiene obligación de buscar la verdad, y que la verdad total se encuentra en la Iglesia católica. No podemos contentarnos con una verdad fragmentada. Las medias verdades son las peores mentiras, porque tienen la apariencia de verdad. Para que una cosa sea buena debe serlo totalmente, no basta que sea parcialmente buena. Si me voy a comprar una chaqueta y tiene un agujero en el codo, no la quiero aunque las solapas estén bien.

¿En qué consiste la libertad religiosa?

Luego, ¿en qué consiste la libertad religiosa? Dice el concilio: «Es inmunidad de coacción.» El hombre no puede ser coaccionado en materia religiosa. El hombre es libre de practicar la religión que a él, en conciencia, le parezca bien. No se puede forzar a nadie a una práctica religiosa; ni se puede impedir a nadie una práctica religiosa.

Cada cual tiene que practicar libremente la religión que quiera, porque la religión es algo espontáneo, que debe salir libremente de la propia voluntad del hombre. Nunca puede ser resultado de una coacción externa.

Antes, en España se permitía la práctica privada de cualquier religión. El que era musulmán podía ser musulmán. El que era judío podía ser judío. Todos los hombres tenían libertad para poder practicar en privado la religión que quisieran. En este sentido en España había libertad religiosa; pero en España no había libertad religiosa para las manifestaciones

públicas de religiones no católicas. En España sólo se permitían las manifestaciones públicas de la religión católica.

Pero el Estado debe proteger la libertad de la minoría no católica, que tiene derecho a expresar la religión que profesa. Ésta es la doctrina del Concilio Vaticano II: «El Estado puede proteger una religión concreta por considerarla verdadera, o por tener una vinculación especial con la historia de ese pueblo, o por encontrar en ella especiales valores para el desarrollo del país, con tal de que respete la libertad de las demás.»

Naturalmente, toda libertad de un hombre está limitada siempre por los derechos de los demás. Mi libertad termina donde empieza el derecho ajeno. El hombre tiene libertad de practicar en privado y en público la religión que él crea, en conciencia, que debe practicar, pero siempre respetando y sin lesionar los derechos de los demás.

Por eso, si un profesor de instituto, por ejemplo, aprovecha su puesto de docente para difundir el ateísmo, está quebrantando y lesionando los derechos de sus alumnos. No porque sea ateo ni porque sea protestante, sino porque desde su cátedra está lesionando los derechos de los padres de los alumnos que quieran que sus hijos se eduquen en su propia religión. Por lo tanto, el derecho de los padres a que sus hijos se eduquen en su propia religión es lo que limita la libertad de que cada cual manifieste sus opiniones religiosas en momentos inoportunos.

Si este señor profesor le habla en privado a un amigo que quiere oírle, es distinto. En cambio, aprovechar su puesto docente para difundir ideas religiosas contrarias a la voluntad de los padres de los alumnos limita su libertad religiosa, y no puede hacer propaganda desde su puesto de sus ideas. Un padre tiene derecho a que su hijo se eduque en su propia religión, cosa que el Estado español reconoce.

Ahora bien, los católicos tenemos la obligación de enseñar a nuestros hijos la religión católica. Se oye decir mucho: «Como hay que tener libertad religiosa, voy a dejar que mis hijos escojan la religión que quieran.»

No. Libertad religiosa no significa dejar que los hijos escojan la religión que quieran. Un católico tiene la obligación de educar a sus hijos como católicos, porque los hijos, mientras son pequeños, tienen que ser educados en todo.

Lo mismo que se les enseña a ser limpios; si no, serán sucios, porque eso de lavarse... ¡El niño no ve la necesidad! No le apetece. El agua está muy fría.

Y se le educa para que estudie. No se le deja que estudie o juegue. No, porque como no se le haga estudiar, el niño se dedica a jugar, porque él no ve la necesidad de estudiar.

Y se le enseña a comer bien, para que sepa comer con educación.

Y se le enseña a hablar bien, para que hable castellano con corrección, y no de cualquier manera; que no diga «rompido» sino «roto».

Se le enseña y obliga a que hable bien, a que estudie, a que coma con educación, a que tenga buenos modales, a que sea limpio. Después, de mayor lo hará libremente, pero ahora no. Se le enseña, porque el niño no está capacitado para elegir lo bueno. El niño por sí mismo elige lo cómodo, lo fácil, lo divertido.

Pues lo mismo en religión.

No se trata de meter la religión a martillazos, obligándolos a confesar y a comulgar contra su voluntad. Se les puede preguntar si hace mucho que no se confiesan y recomendarles que no lo dejen mucho tiempo, pero no mandarlos a confesar si no desean hacerlo. Nos exponemos a que cometan un sacrilegio. Hay que procurar que lo hagan libremente. Se trata de crear en casa un ambiente, un clima de fe, en el que el niño acepte la fe con naturalidad, como se le hace aceptar otras muchísimas cosas.

No se puede abandonar la formación religiosa de los hijos. A los hijos hay que educarlos en la religión que se crea verdadera; porque los padres tienen la obligación de transmitir a sus hijos los bienes que tienen, y la religión es el supremo de los bienes, mucho más que la cultura y mucho más que la educación. Y mucho más que el apellido, una fortuna o un título nobiliario. La fe es el mayor bien que se puede transmitir a un hijo.

Los padres tienen obligación de transmitir a su hijo la religión que tengan por verdadera. Por eso tienen obligación de preocuparse y conocer lo que los maestros enseñan a sus hijos en el colegio. Y si los maestros deforman la religión y ponen en peligro la fe de sus hijos, tienen la obligación de sacarlos de ese colegio. Tienen obligación de que sus hijos reciban una formación católica integral, razonada, firme, sólida, que les sirva de orientación en la vida.

Después, cuando el hijo sea mayor, podrá decidir él. Nosotros, al ser mayores, tenemos que hacer un acto de aceptación de la religión que hemos recibido de nuestros padres. Aceptación que puede hacerse de una manera explícita o implícita. Desde el momento en que se va a misa, se confiesa, se comulga, se reza, ya se está haciendo un acto de aceptación de la fe que se recibió de los padres. Desde el momento en que yo practico

una religión de manera libre y voluntaria, estoy haciendo un acto de aceptación implícita.

Pero no basta seguir la corriente. El hombre debe abrazar libremente la religión que él crea que debe abrazar, cuando es mayor. Ahora bien, esto no significa que cuando se haga mayor diga: «Bueno, ahora voy a pensar si me gusta más hacerme protestante o budista.» Tenemos libertad civil para dejar la religión católica: pero no libertad moral.

Abandonar la Iglesia es una traición a la fe

Dice el Concilio Vaticano I: «Ningún católico tiene justo motivo para dejar la Iglesia católica.» Por lo tanto podemos decir que es muy difícil que uno deje la Iglesia católica sin culpa moral. Ni siquiera por haber perdido la fe.

Añade el Concilio Vaticano I, y también lo dijo el de Trento, y antes lo dijo san Agustín: «Dios no niega a nadie la gracia de la fe sin culpa precedente.»

Es decir, que nosotros debemos tener confianza en que, si ponemos de nuestra parte, nunca nos faltará la fe. Esto es muy importante para nosotros, y muy consolador. Dios no niega a nadie la gracia de la fe. Mientras tengamos buena voluntad, y procuremos ser fieles a Dios, no perderemos la gracia de la fe, porque Dios no nos abandona.

Pero, entonces, ¿y los católicos que abandonan la Iglesia católica? Cometen un pecado de apostasía, que es una traición a la verdadera fe de Cristo. Vamos a hablar con toda sinceridad: nadie tiene que dejar la Iglesia católica para ser mejor. Nadie. La Iglesia católica no es obstáculo para la virtud. Nadie tiene que dejar la Iglesia católica para ser más casto, ni más humilde, ni más obediente, ni más sacrificado, ni más caritativo, ni para practicar todas las virtudes en el grado más heroico.

La prueba son los santos. Los santos han practicado la virtud en el grado más heroico, y no han encontrado obstáculo en la Iglesia católica. Ahí tenemos a san Juan de Dios, a san Pedro Claver, a san Vicente de Paúl, a san Juan Bosco, etc. Ninguno de ellos tuvo que dejar la Iglesia católica para ser un santo.

Con lo cual tampoco hay que decir que todos los no católicos sean malos. Fuera de la Iglesia también hay virtud. Sabemos que hay protestantes de buena fe y muy virtuosos, muy cumplidores y excelentes personas y,

al mismo tiempo, por desgracia, sabemos que hay muchos católicos indeseables.

Pero, claro, tampoco es justo poner en un platillo de la balanza a los protestantes ejemplares y en el otro a los malos católicos. Si comparamos protestantes ejemplares, comparémoslos con los santos de la Iglesia católica, que son el mejor exponente de lo que da de sí la Iglesia católica; los santos son los que han vivido la plenitud del catolicismo. Pero no comparemos los buenos protestantes con los católicos indeseables. Esa comparación no es justa.

Hay muchos católicos que no cumplen, pero eso no significa que la Iglesia católica no sea capaz de virtud. Para ver si un árbol es bueno no se mira la fruta podrida que ha caído del árbol, se miran los frutos que cuelgan de sus ramas. Luego miremos a los santos que son la fruta sana que cuelga de las ramas del árbol de la Iglesia, y no la fruta podrida que ha caído, que se ha desgajado de la vida de la gracia.

El que haya protestantes excelentes personas no convierte, por su buena voluntad, el error en verdad. La buena fe del equivocado no hace verdad lo que no es verdad. La buena fe del equivocado le justifica a él. Si está de buena fe y es virtuoso, Dios lo salvará porque no es culpable, pero el error sigue siendo error.

El error no tiene derechos, la persona sí

Nosotros no podemos aceptar el error. Si alguien nos dice: dos y dos son cinco, por muy amigo nuestro que sea, no podemos aceptar que dos y os son cinco, porque dos y dos son cuatro. El error no se puede aceptar. Por mucho que el otro se empeñe, le tengo que decir: «Perdona, pero te has equivocado, dos y dos son cuatro.»

Por tanto, nuestra benevolencia hacia nuestros hermanos separados no puede significar que nosotros perdamos nada de la verdad, porque la verdad es inmutable, y nosotros no podemos tergiversarla, mutilarla. Por mucho amor que tengamos a nuestros hermanos separados, tenemos que mantener íntegra nuestra verdad. La verdad es intocable, si se la mutila deja de ser verdad.

«El error no tiene derechos», dijo el papa Pío XII en 1953. El error no es objeto de derecho. Propagar el error no es un derecho, es un abuso de derecho.

Sin embargo, el concilio cambia el acento y dice: el error no tiene derechos, pero la persona sí. Entonces nosotros respetamos a la persona en su conciencia, no se la puede coaccionar. El protestante está equivocado, como luego veremos, pero puede ser que lo esté de buena fe. Yo respeto a la persona, porque la persona tiene derecho a que se respete su conciencia.

Por lo tanto, nosotros debemos respetar a los no católicos; pero es necesario que también ellos nos respeten a nosotros.

Vamos a poner un ejemplo clarísimo.

Si un señor me viene a quitar la cartera, no puedo recibirle con la sonrisa en los labios. Me defiendo como puedo, porque viene a quitarme la cartera. Pues la fe vale más que el dinero, y si alguien viene a quitarme la fe, tengo que defenderme. Y si no me defiendo, no estoy cumpliendo con mi obligación, lo mismo que defiendo la cartera si la tengo llena de billetes.

Por eso, nosotros respetamos a nuestros hermanos separados mientras ellos estén en su sitio v

no vengan a quitarnos la fe. Pero cuando uno de ellos, de buena o mala fe, viene a quitarme mi fe, yo tengo que defenderla con más calor y más entusiasmo que si me quisiera quitar la cartera.

Los no católicos tienen derecho a predicar su religión a quienes quieran oírlos, pero no tienen derecho a meterse por las casas obligando a que los escuchen católicos que no quieran escucharlos, y a quienes ellos fuerzan abusando de la cortedad o indecisión de estos católicos. A esto no tienen derecho. Y esto es lo que están haciendo los testigos de Jehová con su ofensiva insistente por los hogares católicos de España.

Por cierto, que es importante hacer una distinción entre las Iglesias protestantes serias, de abolengo histórico, y los testigos de Jehová, que son de ayer, pues fueron fundados a finales del siglo pasado, y a quienes por las peculiaridades de su doctrina los mismos protestantes excluyen de sus asambleas internacionales.

No creamos que todos los no católicos tienen sinceridad y buena voluntad. Ésta es la verdad, porque los hay que llevan muy mala idea, que atacan a la gente que sabe poco, para enredarla y quitarle la fe. Ojalá todos los católicos estuviésemos tan bien formados en materia de religión que pudiéramos defender siempre nuestra fe.

Muchas veces no tiene nada de particular que alguien te suelte una objeción, una pega, a la que no sepas responder. Ojalá tuviéramos tanta

formación como para responder a todo. Si no sabes responder, no te preocupes, con tal que tú sepas que eso tiene respuesta. Si tú no sabes responder, pregunta. Estudia en libros de formación religiosa para saber responder. Lo que no puedes hacer es quedarte con la duda. «¿Estaré yo engañado?» No, estás en la verdad, por la misericordia de Dios, y todas las pegas que te pongan tienen solución, aunque no la sepas. Esto te tiene que dar tranquilidad. Estudia. Pregunta. Consulta. Toda pega que te pongan ten la seguridad de que tiene explicación.

Los protestantes, nuestros hermanos separados

Los protestantes se llaman cristianos y hacen bien en llamarse así, porque son seguidores de Cristo. Pero las Iglesias protestantes no han sido fundadas por Cristo. Una cosa es que sigan a Cristo y otra es que hayan sido fundadas por Cristo.

Cristo no pudo fundar las Iglesias protestantes que hoy hay en el mundo, porque todas ellas nacieron mil quinientos años después de la muerte de Cristo.

Herejías ha habido siempre, desde los primeros años del cristianismo. Montones de herejías: maniqueos, montañistas, priscilianos, docetas, donatistas, novacianos, nestorianos, cátaros, etc... Pero las herejías de los primeros siglos de la Iglesia no conectan con las actuales Iglesias protestantes. Son independientes unas de otras. No tienen unidad en su doctrina, ni unidad de gobierno. No forman una misma comunidad en el tiempo. No tienen nada que ver unas con otras.

El primer protestante fue Lutero. Antes de Lutero no había protestantes. Prescindamos ahora de las razones que movieron a Lutero a separarse de la Iglesia, y de los defectos de la Iglesia católica de aquel tiempo, que los tenía, como tiene defectos la Iglesia de hoy y los tendrá la Iglesia de mañana. Lo que Ja Iglesia tiene de divino es perfecto; pero lo que hay de humano en la Iglesia es defectuoso. Aunque Lutero tuviera algo de razón en alguna de las cosas por las que censuraba a la Iglesia de su tiempo, sin embargo, hay que tener en cuenta que los santos reformadores no rompieron con la Iglesia para reformarla. La reformaron con su santidad y su virtud, no rompiendo con ella. Lutero hizo mal en romper con la Iglesia católica. Cuando un hijo ve un defecto en su madre procura corregirlo con cariño, pero no se va de casa dando un portazo. Su ruptura

dio origen, al ir subdividiéndose, a todas las Iglesias protestantes que hoy hay en el mundo.

Todas las ramas que se han separado de la Iglesia terminarán secándose, lo mismo que se seca toda rama que se separa del tronco del árbol. Cristo prometió su asistencia hasta el fin de los tiempos a la Iglesia que Él fundó en Pedro, no a las que se separen.

Por lo tanto debemos saber que las Iglesias protestantes más antiguas empezaron a partir del año 1500, y no entroncan con Cristo como los católicos. Si los protestantes quieren entroncar con Cristo, no tienen más remedio que hacerlo por medio del tronco de la Iglesia católica del que se separaron.

¿Por qué sabemos que la Iglesia católica fue fundada por Cristo? Porque en la Iglesia católica tenemos una serie no interrumpida de más de doscientos sesenta papas, legítimos sucesores de san Pedro. De san Pedro a Juan Pablo II, a través de la Historia, seguimos una cadena por la cual hemos recibido la transmisión legítima del poder que Cristo dio a san Pedro.

Dice Cristo en el Evangelio: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

No dice «mis» Iglesias. No. Singular. Una. Luego ¿cuál es la Iglesia de Cristo? Una. No muchas. Las Iglesias protestantes son más de cuatrocientas. Cristo no fundó cuatrocientas Iglesias. No. Una. Entre estas cuatrocientas hay que buscar cuál es la que fundó Cristo.

El papa, fundamento de la verdadera Iglesia

Cristo, al fundar su Iglesia, dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Esta Iglesia la funda sobre Pedro. Cristo hace un juego de palabras con «Pedro» y «piedra». En arameo, que es la lengua que Cristo hablaba, se utiliza la misma palabra. Exactamente la misma: *kefá*. Y Cristo hace un juego de palabras cuando habla a Pedro y le dice: «Tú eres *kefá* y sobre esta *kefá* edificaré mi Iglesia.» Cristo hace a Pedro piedra fundamental de su Iglesia. A Pedro lo hace fundamento. Las casas no se edifican sobre arena. Se edifican sobre roca. Luego la Iglesia de Cristo, si queremos que no se la lleve el viento, que no se derrumbe, hay que edificarla sobre roca, sobre fundamento.

A Pedro le dice: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Le da autoridad, le da las llaves. Darle las llaves es símbolo de poder, símbolo de autoridad. Antiguamente, todas las ciudades se amurallaban y tenían su puerta. Y la puerta tenía su llave, que la tenía la autoridad, por lo que el símbolo de la autoridad y del poder eran las llaves.

Todo el mundo conoce el cuadro de *La rendición de Breda.* El príncipe de Nassau entrega las llaves de Breda al marqués de Spínola. Lo mismo se ve en el cuadro de Pradilla, de la rendición de Granada: los Reyes Católicos reciben las llaves de Granada del rey Boabdil. Lo que se entregan son las llaves como símbolo de rendición. Transmisión de autoridad, transmisión de poder.

Cristo le dice a Pedro: «Lo que tú ates y lo que tú desates, yo lo ato y desato arriba.» Cristo-Dios ata y desata en el cielo lo que Pedro ata y desata aquí. Esto es tener autoridad. Cristo hace a Pedro autoridad suprema, universal y única; y de esta autoridad suprema, universal y única, hace el fundamento de su Iglesia.

El fundamento no puede faltar. Allí donde esté el pontificado, allí está la Iglesia de Cristo. Porque Cristo edifica su Iglesia sobre una autoridad universal, suprema y única.

Toda sociedad que no quiera perecer, toda sociedad que quiera permanecer, que no se quiera disgregar, necesita una autoridad que dé unión, que dé disciplina, que organice. Esto es elemental. Cristo a su Iglesia le otorgó una autoridad, para que no se desmoronara, para que no desapareciera con el tiempo, puesto que iba a durar hasta el fin del mundo: «Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos», dice Cristo. Cristo establece una autoridad y la hace depositaría de su doctrina y de los medios de santificación que van a ayudar a todos los hombres, a toda la humanidad, a salvarse.

En resumidas cuentas, Cristo funda su Iglesia sobre un fundamento que es el papado. El fundamento no puede faltar. Luego donde está la Iglesia de Cristo tiene que haber papa, y donde no haya papa no puede estar la Iglesia de Cristo. Al hacer Cristo la autoridad de Pedro piedra fundamental de su Iglesia, esta autoridad no puede faltar. Debe perpetuarse a lo largo de los siglos. Los poderes de Pedro, a su muerte, necesitan un sucesor para que este fundamento permanezca a lo largo de la historia.

La autoridad del papa sólo se da en la Iglesia católica. Las demás no pueden tenerla. ¿Por qué? Porque la Iglesia de Cristo, es lógico, tiene que entroncar con Cristo. Hace falta una conexión hasta san Pedro. Si no, no es

de Cristo. La única Iglesia que entronca con san Pedro es la católica. Hasta Juan Pablo II tenemos los católicos una serie de más de doscientos sesenta papas, legítimos sucesores de san Pedro. Ninguna de las demás Iglesias protestantes entronca con san Pedro, porque todas ellas nacieron mil quinientos años después. Esto es Historia.

Son ramas desgajadas del tronco de la Iglesia. Antes o después se secarán, como se han secado todas las anteriores herejías que se han separado de la Iglesia católica, que es la única a quien Cristo ha prometido que durará hasta el fin del mundo.

Las Iglesias cristianas de Oriente no católicas son cristianas porque siguen a Cristo. Pero en su línea llegan sólo hasta Focio y Celulario, alrededor del año 1000, que es cuando se separaron de la Iglesia católica. Antes de ese año, en los siglos m, iv, v, etc., esas Iglesias obedecían a Roma, luego una vez que se separan de Roma no conectan con Cristo.

Es cierto, como dice el Concilio Vaticano II en el decreto sobre el ecumenismo, que esta separación se produjo no sin responsabilidad de ambas partes. Los que hoy pertenecen a esas comunidades no pueden ser responsables del pecado de secesión. La Iglesia católica los abraza con fraterno respeto y, a los que recibieron el bautismo debidamente, los considera incorporados a Cristo, y por tanto reciben el nombre de cristianos con todo derecho.

Hoy vivimos tiempos de ecumenismo. Lo quiere La Iglesia. Tiempos en que todos aspiramos a la unión. Todos queremos formar un solo rebaño bajo un solo pastor, como quería Cristo, por eso tenemos los brazos abiertos a todos los que quieran la unidad de los cristianos.

Llegará el día en que se dé esta unión, porque hay excelente buena voluntad, sobre todo en las Iglesias orientales y en la Iglesia anglicana.

Los orientales tienen la misma doctrina que nosotros, hasta los mismos sacramentos que nosotros. Lo único que los separa de nosotros es que no obedecen al papa.

Las Iglesias protestantes tienen muchas más diferencias. La que más se parece a la católica es la anglicana. Con ella es con la que más contactos ha habido y con la que va a ser más fácil unirse, porque mantenemos un contenido doctrinal muy parecido.

Quiera Dios que pronto vivamos reunidos en un solo rebaño y bajo un solo pastor.

14. ¿CÓMO AYUDAR A LOS DIFUNTOS?

Los colegios son una gran obra. Por eso, la Iglesia defiende la enseñanza religiosa frente a todos los que quieren barrerla de España. Son una obra fundamental en la educación católica.

Muchas personas que han pasado por un colegio de religiosos mantienen a lo largo de su vida la formación que recibieron en el colegio de religiosos. Mantienen una fe. Mantienen un hogar cristiano, porque desde pequeños los educaron así. No hay duda de la gran labor que realizan los colegios religiosos.

Ahora bien, hay mucha gente que pasó por ellos y después ha olvidado todo, y ha orientado su vida por caminos totalmente distintos de todo lo que aprendieron en el colegio.

La Iglesia quiere que haya colegios y que haya educación religiosa, pero hay un riesgo siempre. Estos niños, estos jóvenes, a quienes se ha dedicado tanto tiempo, tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanto interés, ¿van a mantenerse toda la vida en este camino? Quizá sí. Algunos, quizá no.

Ayudar a salvar a un moribundo es salvación segura para él

Sin embargo, lo que yo logro con un moribundo eso ya no se puede estropear. Si yo consigo que un moribundo se arrepienta de sus pecados, pida perdón a Dios, muera en gracia y se salve, eso ya no se estropea. El interés que yo pongo en ayudar a un moribundo es la obra de caridad más eficaz y más apostólica de todas las que puedo hacer. Porque las demás personas a quienes yo procuro ayudar apostólicamente quizá conserven

todo lo que trabajo con ellas; pero no estaré nunca seguro de ello. No sé qué rumbo tomarán a lo largo de su vida.

En cambio, si yo logro ayudar a un moribundo a morir en gracia, es solución definitiva. Por eso es tan eficaz apostólicamente ayudar a bien morir a las personas. Es el mayor favor que yo puedo hacer a una persona. Lo va a disfrutar toda la eternidad. Esto lo puedo hacer con un familiar, o con un amigo a quien visito en su lecho de muerte. Pero también puedo ayudar a los moribundos de todo el mundo.

¿Cómo los ayudo a bien morir? Rezando por ellos. Pidiendo por ellos. Sencillo. Si la oración es eficaz, si la oración es infalible en algo, lo es cuando pido por un moribundo.

Cristo en el Evangelio repite muchísimo el «pedid y recibiréis», «buscad y hallaréis»: nos habla de la fuerza de la oración. Cristo habla en el Evangelio incluso con frases hiperbólicas: «Pídele a esa higuera que se traslade al mar, y la higuera se trasladará al mar.» La fuerza de la oración es impresionante. Sólo hace falta una condición para que la oración sea eficaz: que yo pida lo que conviene; porque si yo pido lo que no conviene, Dios, naturalmente, no me hace caso.

Igual ocurre con la madre de familia, cuando el niño se echa a llorar porque quiere el cuchillo de cocina. La madre no le da el cuchillo porque se va a cortar. Le da un sonajero, le da un juguete, pero no le da el cuchillo de cocina.

Si nosotros pedimos a Dios lo que no conviene, Dios no nos lo da. Nos dará otra cosa, pero no lo que pedimos. ¿Me conviene o no me conviene? Yo no sé, Dios sabrá.

Yo pido que me toque la lotería: ¡a ver si me toca el gordo! A cuántas personas, a lo mejor, no les conviene que les toque el gordo. Puede ser su mina espiritual.

Yo pido la salud. En orden a la vida eterna, que es lo importante, a lo mejor gano más cielo con la enfermedad.

Pero, lo que sí sé es que si yo pido la conversión de un moribundo, eso conviene seguro. La condición indispensable es que yo pida una cosa buena. Esta condición se cumple si yo pido la conversión de un moribundo. Eficacia segura.

Sólo hay una dificultad: que el otro quiera. Si el otro no quiere, no hay nada que hacer, porque Dios no salva a nadie contra su voluntad. Dios no mete a la gente a empujones en el cielo. Hace falta que el otro quiera.

Sin embargo, es evidente que si yo pido para un moribundo un aumento de gracia, eso es infalible. Si pido por todos los que van a morir hoy en el mundo, seguro que Dios les da ese aumento de gracia, porque pido una cosa buena. Por lo tanto, a través de mi oración, todos los que van a morir hoy van a recibir un aumento de gracia. Algunos la rechazarán, pero alguno la aprovechará. ¿Cuántos? Uno, cien, mil. Alguno la aprovechará. Al recibir esta nueva gracia que yo les he conseguido, piden perdón, se arrepienten, y se salvan. Y se han salvado gracias a mí, gracias a la oración que yo he hecho por ellos.

Dios les había dado la gracia suficiente, pero con este aumento de gracia que yo he pedido para ellos, y que Dios no me niega, la gracia suficiente ha resultado eficaz.

Si yo logro con mi oración de todos los días un aumento de gracia, y algún moribundo, cada día, por este aumento de gracia pide perdón, se arrepiente y se salva, ¡qué cantidad de gente se puede haber salvado gracias a mi oración!

Cómo orar por los moribundos

Y ¿qué oración hago para que se salven? ¿Cuándo puedo hacerla? Por ejemplo, en la santa misa. En el punto central de la misa. En el momento de la consagración. En la elevación. «Señor mío y Dios mío», que es un acto de fe evangélico. Lo dijo santo Tomás, y además es una devoción muy española y muy popular. Siempre se nos enseñaba, desde pequeños, a que en la elevación dijéramos, mirando a la Sagrada Forma y mirando al cáliz: «Señor mío y Dios mío.» Después de este acto de fe tan bonito, tan español y tan evangélico, «Señor mío y Dios mío», añadir: «que tu santa Redención...» que se está repitiendo en la misa. El sacrificio de la misa es la repetición de la muerte de Cristo en la cruz, «...que tu santa Redención consiga mi salvación eterna.» Todos podemos tener un mal cuarto de hora. ¡Dios nos tenga en su mano! Hay que ser humildes y reconocer nuestra fragilidad. Tendría poca gracia que ayudásemos a otros a morir y nos condenásemos nosotros: «... que tu santa Redención consiga mi salvación eterna y la de todos los que van a morir hoy. Amén.»

Dice san Alfonso María de Ligorio que quien pide su salvación se salva. Pedir por mi salvación y por la de los demás. Es evidente que mi oración conseguirá que alguno que iba a morir en pecado, con el aumento de gracia que yo le consigo, pida perdón y se salve.

Qué inmensa obra de caridad para ese moribundo que iba a condenarse y gracias a mí se ha salvado. Y él en el cielo sabrá que se salvó gracias a mí, porque he pedido por él, y le he conseguido un aumento de gracia.

Cómo se ayuda a los difuntos

Pero ¿cómo ayudar a los difuntos, a los que ya han muerto? Para ayudar a los difuntos, la Iglesia tiene el tesoro de las indulgencias. Es un tesoro espiritual de la Iglesia.

Da pena ver católicos que desprecian las indulgencias. Prescinden de las indulgencias como si no existieran. Desprecian un capital espiritual.

Si la Iglesia legisla sobre las indulgencias, es porque son una realidad. La Iglesia no nos va a engañar. Cuando la Iglesia dispone, reforma y aplica las indulgencias, es porque son una realidad.

Existen dos tipos de indulgencia: indulgencia parcial e indulgencia plenaria.

¿Qué es indulgencia parcial? Significa que la Iglesia me duplica mi mérito. Lo multiplica por dos. Si yo doy un beso a una medalla, ese beso vale según mi fervor. Si yo doy un beso muy frío, vale menos que si yo doy un beso fervoroso. El valor de mi beso a la medalla, al crucifijo, a la Virgen, en orden a la vida eterna, depende de mi fervor Si este objeto está indulgenciado con indulgencia parcial,' se merece el doble. El fervor que yo pongo se multiplica por dos. Esa es la indulgencia parcial.

¿Y qué es la indulgencia plenaria? Indulgencia plenaria es la que suprime el purgatorio. Si la gana un moribundo, no pasa por el purgatorio. Si la aplicamos a alguien que está en el purgatorio, sale del purgatorio.

Hay que decirlo: el purgatorio es dogma de fe. San Pablo habla de que podemos ayudar a los difuntos. A los que podemos ayudar es precisamente a los del purgatorio. Los que están en el cielo no necesitan ayuda, y a los que están en el infierno no les sirve de nada. Por lo tanto, si a algún difunto podemos ayudar, es al que está en el purgatorio.

El purgatorio es dogma de fe. El alma que está en el purgatorio sufre mucho, pero no le sirve a sí misma. No puede merecer para sí. El tiempo de mérito es la tierra. En la vida terrena podemos merecer, para bien o para mal. Pero una vez que se acaba la vida con la muerte, ya no se merece

más. Por eso nosotros podemos hacer merecimientos para ellos, les podemos aplicar una indulgencia plenaria.

¿Qué significa que yo gane para ellos una indulgencia plenaria? Que los saco del purgatorio.

Vamos a explicarlo de una manera sencilla. Con la indulgencia plenaria se quitan las cicatrices que dejaron en el alma los pecados cometidos. Al cometer un pecado mortal se recibe una herida mortal que mata el alma. El que no se arrepiente, se condena. Al confesar el pecado mortal se cura la herida y ya no nos condenamos. Se ha cerrado la herida. Se ha curado la herida, pero ha dejado una cicatriz. Los pecados perdonados dejan cicatrices, y el lugar para purificarse de esas cicatrices antes de entrar en el cielo es el purgatorio. En el cielo no se puede entrar con el rostro lleno de cicatrices. Hay que entrar presentable.

Conozco a una señora muy elegante. Sufrió un accidente de coche y se hizo una tremenda cicatriz en la cara que la afeaba enormemente. A través de un tratamiento de belleza, un masaje eléctrico, una operación, perdió la cicatriz. Sólo le queda una leve línea... Se ha sometido a un tratamiento de belleza y le han quitado la cicatriz, y ahora ha recuperado su belleza.

Eso es el purgatorio: un tratamiento de belleza para el alma. Esa alma que está llena de cicatrices por todos los pecados mortales perdonados. Una vez que en el purgatorio han desaparecido esas cicatrices, ya se puede entrar en el cielo presentable, que es como hay que entrar.

La indulgencia plenaria la puedo ganar para mí o para otro.

¿La puedo ganar para mí? Sí, señor. Pero hay un problema. Para que yo gane una indulgencia plenaria para mí tengo que aborrecer absolutamente todo desorden, porque si yo tengo un afecto desordenado, ya estoy mereciendo el purgatorio. De esta manera, si yo tengo un afecto desordenado, no gano la indulgencia plenaria para mí. Pero si yo aplico a otro una indulgencia plenaria, no importa que yo tenga un afecto desordenado. Eso ya lo pagaré yo en el purgatorio. Pero ¿qué culpa tiene el otro? Yo puedo ganar una indulgencia plenaria y aplicársela a otro. Es mucho más fácil ganar la indulgencia plenaria para otro que para uno mismo.

Diariamente podemos ganar una indulgencia plenaria de cuatro maneras, que son: rezar el rosario en común o delante del sagrario; media hora de oración delante del Santísimo; media hora de lectura de la Biblia; y hacer el vía crucis. Cualquiera de estas cuatro cosas tiene indulgencia

plenaria cada día; aunque sólo se puede ganar una indulgencia plenaria por día.

Hago la obra indulgenciada y después ¿qué condiciones? Hay que confesarse unos días antes o después; una comunión por cada indulgencia plenaria; hay que rezar algo por el papa. Un padrenuestro por las intenciones del papa, que lo rezamos siempre, después del rosario o después del vía crucis.

Las condiciones no pueden ser más sencillas. Si todos los días hago un acto que tenga indulgencia plenaria, puedo sacar un alma del purgatorio cada día. Basta que me preocupe de rezar el rosario delante del Santísimo o en común; media hora de oración delante del Santísimo, como lo hacen montones de personas; leer la Biblia durante media hora, o el vía crucis. Con preocuparse un poquitín se puede sacar del purgatorio un alma al día.

Esto es una obra de caridad impresionante, y además hay que pensar en lo que significa tener en el cielo a ese ejército de amigos que saben que nosotros los hemos sacado del purgatorio. Seguro que ellos pedirán a Dios por nuestras necesidades.

Existe una promesa que se llama «el voto de ánimas», que lo llaman el «acto heroico de caridad». ¿En qué consiste? Significa que yo renuncio a todos los méritos renunciables en favor de las almas del purgatorio. Porque hay méritos que son irrenunciables. En mis buenas obras, yo tengo méritos que son intransferibles. Pero hay otros méritos a los que yo puedo renunciar, y los pongo

en manos del Señor y de la Virgen, para que ellos los distribuyan entre las almas del purgatorio más necesitadas.

Se llama «acto heroico de caridad» porque yo renuncio en favor de las almas del purgatorio. Pero esto de heroico tiene poco. Porque dice Cristo: «Los misericordiosos alcanzarán misericordia», y si por hacer este acto de misericordia, después voy a tener la misericordia de Dios para conmigo, ¿qué más quiero? Soy yo el que salgo ganando haciendo un acto de misericordia; porque Dios después tendrá misericordia conmigo. Si yo renuncio a ese tesoro espiritual mío, que he ganado con mis buenas obras, si con esa pequeña renuncia de mis pobres obras logro ayudar a tantas almas a que suban a la gloria, y después se interesan por mí, eso es tener en el cielo un ejército de amigos que saben que yo los ayudé a entrar en la gloria.

Basta que un día en la misa se haga este ofrecimiento: «Señor, te ofrezco todo a lo que puedo renunciar, en beneficio de las almas del purgatorio.»

¡Los misericordiosos alcanzarán misericordia!

15. EL PERDÓN DE LOS PECADOS SIN SACERDOTE

Nuestros abuelos solían morirse en la cama con el párroco al lado. Bien asistidos espiritualmente, les daban la extremaunción. Hoy, en cambio, la gente, ¿cómo se muere? En la carretera, en una cuneta. La gente muere en un quirófano, en una clínica donde no hay capellán o, en caso de haberlo, es muy raro que se confiesen todos antes de entrar en el quirófano. Lo más seguro es que a la hora de la muerte no tengamos al lado un sacerdote.

¿Y qué hay que hacer en esos momentos para que Dios nos perdone y podamos salvarnos? Pues un acto de contrición.

Muy bien. Lo malo es que muchas veces no hay tiempo de realizarlo porque es un accidente rápido, instantáneo. No hay tiempo de rezar el «Señor mío Jesucristo» entero. Por eso hay un acto de contrición de tres palabras, rápido de decir y fácil de recordar.

Dios perdona si le pedimos perdón

Vamos a empezar reflexionando sobre la misericordia de Dios. Dios es infinitamente misericordioso. La Biblia tiene palabras preciosas sobre lo que es la misericordia de Dios.

¿Quién no se ha fijado en el cielo cuando sopla el viento norte? ¡Qué azul! ¡Qué brillante! ¡Qué resplandeciente! Dice la Biblia: «Como el viento norte borra las nubes del cielo, así mi misericordia borra los pecados de tu alma.» La misericordia de Dios deja tu alma limpia, resplandeciente, preciosa.

Dice la Biblia: «Yo cogeré tus pecados y los lanzaré al fondo del mar para que nunca más vuelvan a salir a flote.» Nunca más. Lo que Dios perdona, lo perdona del todo. Todos los pecados que podamos cometer, de la mayor gravedad que puedan ser, los perdona y para siempre; y nunca más se vuelve a acordar de lo que perdonó. Nunca más te lo vuelve a echar en cara.

Sin embargo, esta misericordia maravillosa de Dios hay que armonizarla con la justicia porque Dios, que es infinitamente misericordioso y perdona todo y del lodo, no perdona un solo pecado si no le pides perdón. Ésa es la condición indispensable: que tú le pidas perdón. Sería algo que Dios no puede hacer: perdonar a quien no quiere pedir perdón.

Dios es justo y es infinitamente misericordioso. Como es infinitamente misericordioso, quiere perdonarte. Como es infinitamente justo, no puede perdonarte si no le pides perdón.

Imaginemos a una madre con su niño. Un día el niño le levanta la mano. Cuando llega su marido y se entera de que el niño le ha levantado la mano, monta en cólera. Entonces llama al niño. Y viene el niño. Cuando el niño ve la cara de su padre y ve lo que se le viene encima, se echa a llorar, pide perdón, promete que no lo va a hacer más y que va a ser bueno. Entonces, este padre de familia, que no disfruta castigando al niño, porque ningún padre disfruta castigando a su hijo, sino que lo que quiere es que el hijo se corrija y que sea bueno, cuando ve que el niño se arrepiente y promete enmienda, pide perdón y dice que va a ser bueno, lo perdona. Correcto.

—Anda, niño, vete. Te perdono; pero que no me entere yo que le vuelves a levantar la mano a tu madre, porque como esto se repita vas a ver la que te ganas.

Pero supongamos que cuando este hombre llama a su hijo para reprenderle porque le ha levantado la mano a su madre, este niño, en lugar de pedir perdón y arrepentirse, se pone farruco, se crece:

—Me salió de las narices...

Este padre de familia, al niño que le ha levantado la mano a su madre y que en lugar de arrepentirse y pedir perdón se pone farruco..., ¿qué le dice?

—Bueno, hijo, te perdonaré, porque te pones de una manera..., te perdonaré.

¡Cómo va a decir eso! Del tortazo que le pega, lo tumba. Y el tortazo le duele al padre más que al niño. Ningún padre disfruta castigando a su hijo. Pero, como padre, no puede perdonar a un niño que ha cometido una falta grave y no se arrepiente.

Pues así actúa Dios. Dios está deseando perdonar, pero está esperando que pidamos perdón, porque si no, no puede perdonar.

Yo me he hecho sacerdote para perdonar pecados. Mi gran ilusión es perdonar pecados. Es lo más grande que puedo hacer. El mayor servicio que yo puedo hacer a mi prójimo es perdonarle sus pecados. Pero si viene un hombre a confesarse, a decirme que ha robado, y yo le digo que hay que restituir:

—Ah no. Eso no. Eso no lo hago yo. Yo no restituyo.

Yo no puedo perdonar. Estoy deseando perdonar, pues para eso me he hecho sacerdote, para perdonar pecados. Pero si le pido al ladrón que restituya lo robado, y él puede restituir y no quiere restituir, no puedo perdonar, aunque lo estoy deseando.

Dios es infinitamente misericordioso, pero al mismo tiempo es infinitamente justo. Precisamente por eso el infierno es eterno. A veces se nos ocurren montones de objeciones contra el infierno. Objeciones contra la Santísima Trinidad, pocas. Pero objeciones contra el infierno, montones, porque el infierno hace pupa. Muchos están interesados en que no haya infierno, y quieren autoconvencerse de que no hay infierno. Pues todas mis objeciones contra el infierno están de más, frente a la afirmación de Cristo-Dios.

Hay infierno porque es dogma de fe, porque lo ha dicho Cristo-Dios. Pero además es razonable.

Tiene que haber un infierno eterno. Porque como uno no pida perdón antes de morir, no pedirá perdón después de morir. Al otro lado de la muerte ni los del cielo pueden pecar —por eso, el cielo es eterno— ni los del infierno pueden arrepentirse —por eso, el infierno es eterno—. El que no pide perdón antes de morir no puede pedir perdón después de morir y Dios no le puede perdonar. No porque a Dios le falte misericordia, sino porque al pecador le falta la condición indispensable de pedir perdón. Si yo pido perdón, Dios me perdona de mil amores; pero como yo no pida perdón, Dios no puede perdonar. Infierno eterno para el que no pida perdón antes de morir. Él eternamente sin pedir perdón, y Dios eternamente sin perdonar.

Dios no condena a nadie

No es que Dios condene, porque Dios no condena a nadie. Nos condenamos nosotros, somos nosotros los que elegimos el infierno. ¡Qué más quisiera Dios que todos nos salváramos! Para que nos salvemos ha dado su vida en la cruz. Somos nosotros los que rechazamos a Cristo y elegimos el infierno. Nadie peca si no quiere. Nadie peca sin querer. Todo el que peca es porque quiere pecar; por lo tanto, el que se condena es porque quiere condenarse. Ha pecado porque ha querido y no ha pedido perdón porque no ha querido. Dios no condena a nadie.

Es como el mal estudiante:

—Es que a mí el profesor me suspende.

El profesor no te ha suspendido, te suspendes tú. Como tú no sabes, el profesor declara que no sabes. Te suspendes tú. Si tú estudias y sabes, el día del examen el profesor declara que sabes; y si no sabes, declara que no sabes. Tú eres quien te apruebas o te suspendes. No el profesor, si es justo. Lo mismo Dios. Si haces buenas obras, vas al cielo. Si cometes pecados, y no pides perdón, al infierno. Pero soy yo el que elijo el cielo o quien elijo el infierno.

Dios me da la confesión para alcanzar el perdón

Puesto que yo tengo que pedir perdón, Dios me da el modo de que yo alcance el perdón. Y ¿qué modo es ése? La confesión. Dios hace la confesión para perdonar. Es uno de los mayores beneficios que Dios ha hecho a la Humanidad. ¿Quién podría salvarse si no hubiera confesión? Sólo podría salvarse el que a lo largo de toda su vida jamás faltase a su conciencia. Y ¿dónde está ése? A lo largo de la vida, unos antes y otros después, unos en una cosa y otros en otra... ¡qué fácil es que a lo largo de una vida todos hayamos faltado a nuestra conciencia! Y Dios, que es infinitamente misericordioso, nos da el modo de que podamos alcanzar el perdón.

Dios podría haber dicho sin hacernos ningún agravio: «Usa bien de tu libertad y te doy la gloria, pero si la usas mal, te vas al infierno.» Pero no. Él dice:

—-Ahí tienes una vida. Ahí tienes una libertad. Usa bien de la libertad y te doy la gloria eterna. Y si la usas mal, pídeme perdón, que te perdono y también te doy la gloria eterna.

¿Puede ser Dios más bueno? ¿Puede poner la cosa más fácil? Nos da el modo de alcanzar el perdón de los pecados si hemos usado mal de la libertad. Ese modo es la confesión.

Llama a los apóstoles y les dice:

—A quienes vosotros perdonéis, yo los perdono; a quienes vosotros no perdonéis, yo tampoco.

Dios delega en los apóstoles el perdón. ¿Que podía haberlo hecho de otra forma? Por supuesto. Pez o lo ha hecho así. Dios perdona por medio del sacerdote. Dios lo ha hecho así.

Y llega uno y dice:

—¿Por qué tengo que decir mis pecados a un sacerdote? Yo pido perdón a mi aire. Yo me confieso directamente a Dios.

No vale, porque el modo de perdonar de Dios no lo eliges tú, lo elige Él. Y si Él ha dispuesto darte el perdón mediante la confesión, tienes que confesarte para que Dios te perdone. Si yo pido perdón a mi aire, no vale. El modo no lo elijo yo, lo elige Él. Las condiciones las pone Él.

Dios ha querido que nos confesemos por medio del sacerdote, y si Dios lo ha hecho así es porque está bien hecho. ¿O es que vamos a enmendarle la plana a Dios? ¿Vamos a saber mejor que Dios cómo tiene que ser el perdón? Cuando Dios ha instituido la confesión con un hombre, es porque debe ser con un hombre.

Dios podía haber hecho la confesión con un muro de piedra, como hacen los judíos. Los judíos van al Muro de las Lamentaciones y allí sueltan todo, delante del muro. ¿Por qué manda Dios confesarse con un hombre? Porque el muro es de piedra. El muro no oye. El muro no entiende. El muro no contesta. El muro no consuela. El muro no tranquiliza. El muro no anima. El muro no alienta. El muro no orienta. Y el pecador montones de veces necesita que le consuelen, que le tranquilicen, que le animen. Dios, que sabe que el pecador necesita que le tranquilicen, le consuelen y le animen, hace la confesión no con un muro de piedra, que ni oye ni entiende ni contesta, sino con un hombre. ¡Cuántas veces los confesores tenemos que consolar, tranquilizar, animar! ¡Qué bien hace las cosas Dios!

La confesión, lo más sencillo

Tiene gracia que ahora vengan los médicos e inventen la confesión clínica. ¿Qué es el psicoanálisis de Freud? Una confesión. ¿Qué se hace con el psicoanalista? Pues contarle todo, todo, hasta los sueños. Hay una diferencia. No sé si el psicoanalista curará o no curará; desde luego cobra, y además no perdona. El sacerdote, después de oír gratis las confidencias de la persona, además perdona.

Algunos quieren sustituir la confesión por el psicoanálisis, pero nunca puede ser lo mismo. El psicoanálisis tendrá su campo, pero no queramos sustituir una cosa por otra. La confesión es insustituible, por eso Dios la ha creado.

Este gran beneficio de la confesión, que nos perdona todo y del todo, no puede ser más fácil. ¿Qué se me pide para confesarme, qué se me pide para perdonarme los pecados en la confesión? No se me pide un doctorado; no se trata de que saque una licenciatura, ni siquiera que sepa leer o escribir. ¿Qué se me pide? Sinceridad. ¿Se puede pedir menos? Sinceridad, que yo diga la verdad, lo que tengo dentro; y si yo digo la verdad se me perdonan los pecados. ¿Ha podido hacer Dios la confesión más fácil de lo que es?

Aquí viene a cuento una parábola. Lo mismo que hacía Jesucristo. Cuando Jesucristo iba por el campo y hablaba a los labradores, se inventó la parábola de la semilla del sembrador. La semilla que cae en buena tierra, la que cae entre piedras, la que cae entre zarzas. Cuando Cristo habla a los pescadores, se inventó la parábola de la red que saca del mar peces grandes y peces pequeños, buenos y malos, etc. La parábola que propongo es de gran actualidad. Nos ha tocado vivir en la época del crédito, de las ventas a plazos. Pero ¿qué ocurre? Que todo el mundo tiene un televisor que no ha pagado, una moto o un coche que no ha pagado, un piso que no ha pagado, y a fin de mes vienen las letras y, aunque cada una es un papelito muy fino, el montón de letras lo aplasta a uno.

Un día, en un banco sale un anuncio que dice: «El Banco Tal, en atención a sus clientes y amigos, pagará las deudas de todo el que lo solicite.» ¡La que se arma en la ciudad! ¡Todo el mundo a la cola!

—¿Usted cuánto debe?

—Treinta mil pesetas.

—Tranquilo, el banco paga.

Otro.

—¿Usted cuánto debe?

—Trescientas mil pesetas.

—Tranquilo, el banco paga.

Cuando se entera la gente de que basta con decirle las trampas al de la ventanilla y el banco paga, todos a la cola. El banco paga y yo quedo libre.

Pero llega el listillo:

—¿Y yo por qué tengo que decir mis trampas al de la ventanilla? ¿Al de la ventanilla qué le importan mis trampas? Mis trampas son cosa mía. Yo no se las digo al de la ventanilla.

Es tonto. ¿Por no decir sus trampas al de la ventanilla se queda con sus trampas? Es tonto. ¡Que le diga sus trampas al de la ventanilla, que paga el banco y se queda limpio! Pues esto es la confesión. Así de fácil. Sin embargo, algunos tienen alergia a la confesión.

¿Qué se pide? Decir los pecados. No se pide más. Y viene el listillo:

—¿Yo por qué tengo que decirle mis pecados al cura? Mis pecados son cosa mía. Y al cura ¿qué le importan? Mis pecados no se los digo al cura.

¡Tonto! Por no decirle al sacerdote tus pecados, ¿te quedas con tus pecados?

¿Puede ser más fácil la confesión? Lo único que se pide es decir los pecados con sinceridad y arrepentimiento.

¿Cómo se hace una confesión?

Qué hay que decirle al confesor: los pecados mortales. ¿Los veniales no hace falta? Los veniales conviene confesarlos también. Es como cuando vamos al dentista y tenemos una muela destrozada. Se lo decimos para que nos la quite; pero, además, si hay un puntito negro, también se lo decimos para que nos lo cure. Le decimos lo grave y lo leve, no vaya a ser que empeore. Lo mismo en la confesión: lo grave, indispensable; lo leve, conviene. No es indispensable, pero conviene.

Y ¿qué es el pecado mortal? Que la cosa sea grave, que al hacerla yo sepa que es grave, y que yo quiera hacer aquello que sé que es grave. Si falta alguna de las tres condiciones no es pecado mortal.

Materia grave: si al hacerlo sé que es grave y yo quiero hacer aquello que sé que es grave, es pecado mortal, v tengo que decirlo en la confesión con número aproximado y circunstancias agravantes.

Número aproximado: porque si son tres, ya sé que son tres; pero si son ochenta y cuatro, es difícil saber que son ochenta y cuatro. Dices ochenta o cien.

Circunstancias agravantes: no es lo mismo robarle a un ciego que vende cupones en la esquina que robar en unos grandes almacenes. Las dos cosas son pecado. En las dos hay que restituir lo robado, pero es más grave robarle a un pobre ciego, que vive de eso, que en unos grandes almacenes.

Todo esto hay que decirlo en la confesión, y con verdad. Que se me olvida algo, no pasa nada: pecado olvidado, pecado perdonado. Basta decirlo en la próxima confesión.

—Yo no me confieso porque como voy a caer otra vez en lo mismo, ¿para qué me voy a confesar? Yo sé que no me voy a corregir. Siempre estoy repitiendo lo mismo.

Hay un chiste sobre esto. Iba un borracho dando tumbos por la calle, pasa por un charco, resbala y cae sentado en el charco. Y allí se queda sentado en el charco, en remojo. Pasa un amigo y le dice:

—¿Qué haces sentado en el charco?

—Pues que me he resbalado y me he caído.

—Pero, muchacho, levántate.

—¿Y si me resbalo otra vez?

Por si se resbala otra vez, se queda en el charco, en remojo.

Pues te levantas, y si te resbalas otra vez te vuelves a levantar; pero no te vas a quedar en el charco por si te resbalas otra vez. Es lo que ocurre con la confesión. Ya sabemos que a veces no somos capaces de corregirnos de una cosa para toda la vida. Basta tener buena voluntad, tratar de remediarlo, procurar superarme, y si vuelvo a resbalar me vuelvo a levantar. Nadie está seguro de que nunca más volverá a pecar.

—Bueno, es que a mí la confesión me cuesta mucho trabajo. A mí me da vergüenza confesarme.

Ya sabemos que durante la confesión uno no va a contar hazañas, va a contar miserias; y eso nunca es agradable, pero hay que superar esa dificultad, porque el beneficio de la confesión merece la pena.

El secreto de la confesión, el mayor de los secretos

Se debe insistir en una cosa muy importante: no hay secreto en el mundo como el secreto de la confesión. No lo hay. Los secretos de las grandes potencias antes o después caen en manos del espionaje enemigo. Jamás un sacerdote puede decir un pecado de un penitente oído en confesión, aunque le cueste la vida. Sería un pecado tan grande que sólo lo puede perdonar el papa.

Pero tiene que ser un pecado oído en confesión, porque si va por la calle y ve que uno le pega una puñalada a otro tiene tanta obligación y tanto derecho como cualquiera a decirlo. Lo ha visto.

Si oigo un pecado en confesión y lo digo sin decir quién es, no falto al secreto. He confesado centenares de miles de veces por toda España. Yo puedo decir: «Una vez oí en confesión...» sin decir ni el cuándo ni el dónde... Otra cosa es que se tenga permiso del penitente. Para ser fiel al sigilo no puedo decir el pecado de un pecador oído en confesión sin permiso del penitente.

En referencia al secreto de la confesión existe una película, de las más bonitas que recuerdo haber visto en televisión, *Yo confieso*; su protagonista es Montgomery Clift, que hace de párroco. El sacristán comete un crimen, se confiesa con el párroco y entonces el párroco queda atado, sometido al sigilo sacramental. El sacristán esconde el arma homicida en la sacristía y mancha de sangre las ropas del sacerdote. Viene la policía y todo acusa al párroco.

—Soy inocente.

—¿Y esta ropa manchada de sangre?

El párroco sabía quién era el asesino, pero no podía decirlo.

—Soy inocente.

Después, el asesino se encuentra rodeado por la policía, y aparece el párroco. En ese momento, el asesino, que se ve acorralado por la policía y al párroco con la policía, cree que el párroco le ha denunciado:

—Ah, ¿ya le has dicho a la policía que yo soy el asesino? ¡Y después habláis del secreto de la confesión! ¡Qué cuento de secreto de la confesión! ¡Tiempo te ha faltado para decirle a la policía que yo soy el asesino!

Y el asesino se confiesa públicamente autor del crimen. La policía, que no sabía nada porque el párroco no había dicho nada, se entera por el asesino de que el párroco es inocente.

Este hombre está dispuesto a ser condenado, lo único que dice es: «Yo soy inocente», y sabía quién era el asesino.

Esto es una película, pero hay un caso histórico. Existe un libro, titulado *Una víctima del secreto de la confesión* que es muy similar. En Francia, un sacristán comete un asesinato; se confiesa con el párroco, condenan al párroco, lo mandan a África a un campo de trabajos forzados, y el asesino queda libre. El asesino no puede vivir por el remordimiento y un día va a la policía y se confiesa culpable. Mandan el aviso al campo de trabajos forzados para que liberen al sacerdote inocente; pero cuando llega el aviso el sacerdote ha muerto ya. El sabe quién es el asesino y está cumpliendo una condena, aun siendo inocente, por guardar el secreto de la confesión.

Si no consigo un sacerdote, puedo hacer un acto de contrición

¿Qué pasaría si a la hora de la muerte no tengo al lado a un sacerdote que me perdone? Para eso está el acto de contrición.

Recuerdo dos anécdotas al respecto que no quisiera dejar en el tintero.

Hace unos años hablaba en Madrid con un almirante del Ministerio de Marina, que me dijo:

—Padre, cuando yo era oficial en el *Juan Sebastián Elcano,* en alta mar se nos echó a morir un marinero. El marinero empezó a dar voces pidiendo un sacerdote. No había ningún cura a bordo, porque eran los tiempos de la República y no había capellanes en los barcos de la Armada.

—Pues que venga el comandante, que quiero confesarme con él.

Llegó el comandante y le dijo:

—Mira, muchacho, yo no soy sacerdote, no puedo confesarte; pero, mira, vamos a hacer juntos un acto de contrición, que Dios te perdona seguro, aunque no haya sacerdote.

Hacen el acto de contrición. El marinero se muere y se salva, porque ha hecho el acto de contrición.

El otro caso es el de una chica. Ocurrió en Loyola, donde los jesuitas tenemos la casa en que nació san Ignacio, entre Azpeitia y Azcoitia. Por allí pasa el río Urola. Al lado del río, el ferrocarril y la carretera. Había habido un fuerte temporal con unas lluvias tremendas. El Urola se desborda e invade la carretera. Un autobús que iba por la carretera se ve entorpecido por el agua. Se moja el motor y se para. El agua empieza a subir y el autobús empieza a perder estabilidad. La corriente va a arrollar el autobús y se van a ahogar. Y esta chica, una colegiala, se pone de pie en el pasillo del autobús v dice a todos:

—Como nos vamos a morir, lo que tenemos que hacer es un acto de contrición.

Aquella chiquilla inicia un acto de contrición. Todo el autobús hace un acto de contrición. A los pocos minutos, la corriente arrolla al autobús y se ahogan todos menos dos muchachos, que se tiran por una ventanilla. Son ellos los que han contado lo que pasó.

La muchacha sabía que cuando no hay sacerdote hay que hacer un acto de contrición.

En qué consiste la esencia del acto de contrición. Para que sea acto de contrición es fundamental que yo pida perdón a Dios por amor. ¡No basta el temor! Temor al infierno tiene todo el mundo. Nadie es tan tonto que quiera irse al infierno, pero el temor al infierno es egoísta. Yo me arrepiento porque no quiero condenarme. Lo perfecto es que yo me arrepienta por amor a Dios. «Me pesa haberte ofendido porque eres mi Padre.» Eso es lo perfecto. Ésa es la contrición. Si me arrepiento sólo por atrición, no, porque eso es imperfecto. Es verdad que yo puedo tener las dos cosas. Yo puedo tener atrición, miedo al infierno, y, además, que el motivo de mi perdón sea el amor. Eso es lo que hay que hacer, pedir perdón por amor. Esta expresión de pedir perdón por amor la puedo pronunciar con cualquier fórmula: «Señor, te quiero con toda mi alma.» «Me pesa haberte ofendido porque eres mi Padre.» «Perdóname, Dios mío.» Lo que salga del corazón.

Una de las formas es el «Señor mío Jesucristo», que es la fórmula del catecismo. Existe un soneto, una de las más bonitas poesías en lengua castellana. Es un acto de contrición:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido; ni me mueve el infierno tan temido, para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu Amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo le amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Es precioso, y es un acto de contrición. Amo a Dios: claro que temo al infierno, claro que espero el cielo; pero sobre todo el amor de Dios. Éste es el acto de contrición.

Dios mío, perdóname

Problemas. Primero, que mucha gente no sabe el «Señor mío Jesucristo». Por eso, yo enseño un acto de contrición en tres palabras. Fácil de aprender y rápido de decir, porque hay veces que no hay tiempo: Dios mío, perdóname.

Una vez, en un cuartel de paracaidistas de Alcalá de Henares, se me acerca un muchacho y me dice:

—Padre, si llego a saber esto el día que no se me abrió el paracaídas...

Los paracaidistas llevan dos paracaídas: uno de pecho, de apertura manual, para casos de emergencia; y otro de espalda de apertura automática. Tiene una cinta con un gancho, un mosquetón que se engancha por un cable que va por el fuselaje, por el cuerpo del avión. Cuando llega el momento de saltar, se lanzan al aire, el mosquetón tira de la cinta, abre el paracaídas automáticamente y el paracaidista cae. Ese muchacho tenía el mosquetón roto, o estaba mal enganchado. Llega el momento de saltar, sale uno, sale otro, le toca a él y se lanza al aire, pero, como estaba suelto, caía como una piedra. Cuando el hombre mira para arriba y ve a sus compañeros bajando tranquilamente, mira para abajo y ve la tierra que se le viene encima, acude al paracaídas de pecho, pero con el nerviosismo

tiraba mal. Quiso Dios que, cuando faltaban pocos metros para el suelo, tirase bien; se le abre el paracaídas y cae de pie.

—Si aquel día empiezo yo el «Señor mío Jesucristo», antes de terminarlo estoy en el suelo. Y si me atranco, usted dirá.

Por eso, este acto de contrición en tres palabras es excelente: Dios mío, perdóname.

¿Por qué «Dios mío, perdóname» es un acto de contrición? Porque acabo de decir que el acto de contrición es pedir perdón por amor. Y ¿por qué pido perdón por amor al decir «Dios mío, perdóname»? ¿Dónde está el amor? En el «mío». El «mío» es amoroso. Cuando una madre le dice a su niño «vida mía», «tesoro mío», «cielo mío», decimos: ¡cómo lo quiere! «Dios mío, perdóname» es pedir perdón porque lo amo, un acto de contrición.

Es excelente para momentos de peligro, y también cuando vamos a confesarnos. Si nos sale el «Señor mío Jesucristo» muy bien; pero si no nos sale, se puede decir «Dios mío, perdóname». Lo importante es que pongas el corazón en lo que dices.

—¡Ah, ya sé! El día que yo me vaya a morir digo esto y ya está.

Si te mueres la semana que viene, Dios no lo quiera, ya te acordarás. Pero si te mueres dentro de cincuenta años, ¿cómo te vas a acordar? Por mucho que te guste, ¿te vas a acordar dentro de cincuenta años? Sí, si me haces caso. ¿Qué tienes que hacer? Decirlo todas las noches. ¡Todas las noches! Primero, tus tres avemarías, que son prenda de salvación eterna. Segundo, un breve examen de conciencia: «¿Cómo me he portado? ¿He hecho alguna tontería?» Después, tres veces «Dios mío, perdóname». Si lo haces todos los días, te acordarás la semana que viene, y el mes que viene, y el año que viene, y dentro de cincuenta años. Si quieres acordarte, hazlo todos los días antes de acostarte.

Además tiene la ventaja de que si te mueres esta noche, te salvas. Ya te confesarás después, cuando te toque.

Esta pequeña oración no sólo sirve para nosotros mismos sino para ayudar a morir a otras personas. Hoy existe el peligro de que dejamos morir a las personas como perros. La televisión ha paganizado la muerte, porque estamos hartos de ver muertos en las películas. ¡Cuántos muertos habremos visto en las películas! ¿Recordáis alguna vez que alguien se preocupe de si tienen alma? Como mucho se acuerdan del médico y de la ambulancia; pero del sacerdote y de ayudar a bien morir nadie se acuerda. En la vida real repetimos lo que vemos en las películas y dejamos morir a

las personas como perros. Si veo morir un perro, no tengo que preocuparme de su alma. Nos acordamos del médico y de la ambulancia, y no del sacerdote.

Una vez viajaba yo en autobús y un muchacho que viajaba en una moto tomó una curva muy fuerte, chocó contra un coche y cayó. Me bajo del autobús, salgo corriendo hacia el muchacho —iba de sotana—; me vieron que iba corriendo hacia ellos. En un coche se llevaban al muchacho. Tuve que dar un grito. Los otros pararon, dejaron al chico, me eché al suelo y le dije al oído: «Dios mío, perdóname. Dios mío, perdóname», y ya está. Nada, un minuto. Le doy la absolución sub conditione y ya está. Pero lo curioso es que ven venir a un cura y a nadie se le ocurre que el cura tiene algo que hacer. ¡Primero el cura, que es lo más importante! Después, el médico hará lo que pueda, que a lo peor no puede hacer nada; pero el cura sí. Tenemos que preocuparnos de la gente que se muere y ayudarla a bien morir, aunque parezcan ya muertos, pues el oído es lo último que se pierde.

Yo, que soy sacerdote y puedo dar la absolución y puedo dar la extremaunción, lo primero que hago es decir al oído «Dios mío, perdóname». Porque si lo oye y pide perdón, esto vale más que todas las bendiciones que yo dé, porque por muchas bendiciones que reciba, si él no pide perdón no sirven de nada. Y para ayudar a pedir perdón no hace falta ser sacerdote, lo hace cualquiera.

Ojalá ayudes a bien morir a muchas personas. El día que te encuentres con ellos en el cielo verás cómo te lo agradecen, y sentirás la felicidad de haber colaborado en la salvación de otros.

16. CIELO: LA FELICIDAD DE AMAR. INFIERNO: EL FRACASO DEFINITIVO

El cielo es la felicidad de amar. Eso es el cielo.

El catecismo decía: «¿Qué es el cielo? El conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno.» Está bien dicho. El conjunto de iodos los bienes sin mezcla de mal alguno.

Me acuerdo que de pequeño, cuando me aprendí el catecismo, preguntaba: ¿En el cielo hay bicicletas? Porque yo, a mi edad, ¿cómo podía ser feliz en el cielo si no tenía una bicicleta? Para mí lo mejor del mundo era la bicicleta. En el cielo tenía que haber bicicletas, porque en caso contrario yo en el cielo no podía ser feliz. Y a mí me decían:

—Sí, hombre, sí; allí tendrás todo lo que quieras.

Ahora comprendo que en el cielo no hay bicicletas, ni falta que hace; y sin embargo seremos felices.

La felicidad del cielo consiste en el amor

Y ¿en qué consiste esta suprema, máxima, saciativa, insuperable felicidad en el cielo? En el amor.

No en el amor físico, que es el que se propagandea aquí en la tierra. Aquí en la tierra, las películas, las novelas, la televisión a todas horas, ¿cómo expresan la felicidad? En la cama. Como si eso fuera la suprema felicidad del hombre.

¡Qué equivocación! Ésa no es la felicidad del hombre. El amor físico, el sexo, no es la felicidad del hombre. Si fuera así, las personas más felices

del mundo serían las prostitutas, y es evidente que la prostituta no es una mujer feliz.

¿Cómo la llaman los libros que hablan de la prostitución? *La esclavitud de la mujer; las esclavas del siglo XX.* Decía una carta de una prostituta que apareció asesinada en la carretera de Barajas, en Madrid: «Me asquea mi profesión. Estoy deseando dejar esto.»

Es curioso que ellas llamen de descanso al día que no se acuestan con nadie. Éste es su día de descanso. No acostarse con nadie.

Por mucho que nos quieran meter por los ojos que la vida sexual es lo más maravilloso, no, señor. Se puede ser muy feliz sin vida sexual. Con tal de que haya amor. ¿Qué hace feliz al hombre? El amor.

En el matrimonio se incluye el sexo; pero no hace falta el sexo para ser feliz. A veces leemos en la prensa que los miembros de un matrimonio ya mayor mueren uno después del otro. Uno se muere por enfermedad y el otro se muere de pena. No puede sobrevivir al ser querido. Se le ha muerto su ser querido, y se muere de pena. Se amaban con delirio. Eran felices amándose sin vida sexual. Amor, amor, sólo amor. Si amas, eres feliz; y si no amas, no serás feliz, aunque tengas de todo.

Los sacerdotes conocemos mejor que nadie la vida, porque la gente nos abre su corazón y sabemos la verdad. No lo que dicen en la calle. No, la verdad. Nadie viene al sacerdote a engañarle. Porque si al sacerdote vienes a buscar consejo, a buscar ayuda, le dices la verdad. Como al médico. Si vas al médico, le dices la verdad. Si te duele el riñón, no le dices que te duele una muela, porque te quitan la muela y sigues con el dolor. Al médico le dices la verdad para que te cure, porque si le engañas, sales perdiendo. Lo mismo el que viene al sacerdote; porque busca consejo, busca ayuda.

Hemos visto matrimonios que lo tienen todo: dinero, belleza, prestigio social, comodidad. Lo tienen todo, pero les falta amor. Y su vida es un infierno. Ni las joyas, ni el lujo, ni el placer, ni las distracciones, nada les va a dar la felicidad si no hay amor. Como no haya amor, ese matrimonio es un infierno.

También conocemos muchos matrimonios que viven con lo justo y son felices. Si viven debajo de un puente, no. Pobrecitos. Pero si viven con lo justo, y se aman, son felices. Te dicen:

—No queremos más. No necesitamos nada. Con lo que tenemos nos basta.

Son totalmente felices. Y no viven en la abundancia. Viven con lo justo, pero tienen amor. Amor en el matrimonio. Unos hijos que se sienten amados y aman a sus padres. Armonía en el hogar. ¡Felices! Como nadie en el mundo. ¿Por qué? Porque hay amor. Lo que da la felicidad es el amor y sólo el amor y, cuando no hay amor, en este mundo no se puede ser feliz.

El amor espiritual

El amor tiene dos vertientes. La vertiente física, el sexo, que es lo que propagandean a todas horas; y después está la vertiente espiritual, que nos hace mucho más felices que la física. No somos animales. Los animales no tienen alma espiritual. No tienen la facultad espiritual de la felicidad. Tienen sentidos, pero no tienen nada más. Los hombres, además de sentidos, tenemos alma espiritual, y la vida de los sentidos no nos puede bastar. Es la mitad de nuestra persona. Yo, para ser feliz, tengo que saciar mi felicidad espiritual. La vertiente espiritual es superior a la vertiente física. A mí me llena mucho más la vertiente espiritual del amor que la vertiente física.

Voy a poner un ejemplo que para muchos será evidente. Un bofetón en la cara te duele muy poco, pero la humillación del bofetón en público, entre la gente que te conoce, entre tus amigos, en tu círculo, es tremenda. La humillación te duele más que el bofetón en la cara. Esto es evidente. Las personas sufrimos más y gozamos más con lo espiritual que con lo físico. Evidente. Con el bofetón sufro más por la vertiente espiritual que por la vertiente física. Lo mismo: gozo más con la vertiente espiritual del amor que con la vertiente física. El que no lo entienda es que no lo conoce, porque vive a lo animal. No tiene más que vida sensitiva. Desconoce lo más grande de la persona humana, que es la vertiente espiritual. Como no lo conoce, para él no hay más felicidad que la física, la sensitiva, la epitelial, la que tienen los animales. No conoce otra vertiente de la felicidad, que es la del alma.

Por lo tanto, lo más grande de la vida, lo que hace más feliz a los hombres, es el amor espiritual. Es la suprema felicidad de la tierra. Y esto es así de tejas abajo. Además está la felicidad de los santos: santa Teresa, san Francisco Javier. Una felicidad mística que es de otro orden. Pero incluso en la felicidad humana, natural, de tejas abajo, la felicidad suprema en este mundo es el amor entre dos personas. Y dos personas llenas de defectos, llenas de limitaciones, porque todos tenemos defectos. Aunque te

enamores de la persona más maravillosa del mundo, si tienes sentido común, reconocerás que algún defecto tiene, porque no hay persona sin defecto.

Pues si en este mundo vivimos rodeados de personas llenas de defectos, y a pesar de eso somos tan felices amando, ¿podéis imaginaros lo que será el amor a Dios, el omniperfecto, el infinitamente perfecto? Dios es la persona más digna de amor que podemos concebir; y la persona que más me ama que yo pueda imaginar. Nos hemos acostumbrado a ver el crucifijo y nos quedamos fríos. Somos insensibles porque no somos capaces de calibrar lo que significa que Cristo haya dado su vida por amor a mí. El día que comprendamos en profundidad lo que Dios nos ama, esto nos hará inmensamente felices.

¡Cuántas personas no son felices porque no se sienten amadas! Esto es frecuente en la vida. Se sienten faltas de amor. No encuentran el amor que esperan. Y ese vacío de amor las hace desgraciadas. Cuando tú descubras el amor de Dios, lo que Dios te ama y lo digno de amor que es, te sentirás feliz.

Ésta es la felicidad de las religiosas. ¿Por qué las religiosas son tan felices a pesar de que se han dedicado a una vida de sacrificios, de servicio al prójimo, de austeridad, de renuncia a los placeres de la vida, de obediencia, de humillaciones? Alguno diría: pobrecitas. ¡Pues son las más felices del mundo! ¡Las más felices de la tierra! La que es buena religiosa, se entiende, porque la que es religiosa con un pie fuera, no. La que siendo religiosa está apeteciendo el mundo, no. Pero la que ha hecho renuncia de todo corazón, y se entrega a Dios, es la más feliz de la tierra, porque ha dedicado su amor a lo más digno de amor que hay en el mundo, que es Dios. Cuando han puesto su antor en Dios, les saben a poco todos los amores de la tierra.

Una religiosa que ha escogido a Dios ¿va ahora a contentarse con un amor humano? Ella es feliz poniendo el amor en lo más grande que se puede poner; y sintiéndose correspondida como nadie la puede amar en el mundo. Ésta es la felicidad de las religiosas. Y son tan felices aunque se hayan entregado a una vida de sacrificio y de servicio al prójimo. No importa. Todos los sacrificios que tenga la vida religiosa se llevan de mil amores. Porque viven el supremo amor, que es el amor de Dios. Y eso aquí en la tierra, aunque lo que conocemos de Dios sea una caricatura. Lo dice san Pablo. A Dios lo conocemos en caricatura. La caricatura se parece algo al original. Pero hay un abismo de la caricatura al original.

El amor del cielo es eterno

Pues si aquí en la tierra, que lo que conocemos de Dios es una pura caricatura, y sin embargo comprendemos que merece la pena vivir para Él y amarle a Él sobre todas las cosas, ¿qué será en el cielo cuando veamos a Dios cara a cara? No ya la caricatura, sino tal como es. Veremos lo digno de amor que es. Sentiremos el amor que nos tiene. Eso nos dará una felicidad, como dice san Pablo, que «ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en mente humana lo que tiene Dios preparado para los que le aman».

Es que no nos cabe en la cabeza lo que va a ser la felicidad de amar en el cielo. Allí no hay bicicletas, ni falta que hace. Allí se está amando. Eres feliz amando. Y ese amor tuyo a Dios y de Dios a ti te sacia. No necesitas más. Tienes una felicidad inconmensurable.

Y eso es para toda la eternidad, que es condición indispensable para ser feliz. Dicha que se acaba no puede hacerte feliz. Sólo el temor de que se acabe te entristece. Para que una cosa te haga feliz tiene que ser eterna.

El amor del cielo es eterno. No se acaba nunca. Por eso te hace feliz, porque si se fuera a acabar, el pensamiento de que se termina ya te entristece.

Si a un preso le dan una hora de libertad, eso no le hace feliz, porque sabe que le va a durar muy poco.

Si a un ciego le dan una hora de visión, eso no le hace feliz, porque sabe que dentro de una hora va a estar ciego de nuevo. Gozará un poquito, gozará una hora, pero el ciego lo que quiere es que la visión le dure toda la vida.

Lo mismo le ocurre al preso. Lo que quiere es libertad para siempre. Porque si le dan un poquitín de libertad, eso no le hace feliz. Eso no le llena.

Para que yo pueda disfrutar de un bien, para que un bien me llene y me haga feliz, tiene que ser eterno, como es el cielo. Cielo eterno, ésa es la maravillosa felicidad de la gloria. Amara Dios, lo más digno de amor que podemos concebir, y sentir el amor de la persona que más me ama. Y esto para siempre. Esta felicidad de amar eternamente, eso es el cielo.

¿Qué es el infierno?

¿Qué es el infierno? Decía el catecismo: el infierno es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno. Eso es el infierno. Vamos ahora a ver en qué consiste esto.

Ya dije antes que el infierno es dogma de fe. Está definido en el Concilio Lateranense IV. Es importante tener en cuenta esto porque lo que es dogma de fe no depende de las opiniones de los hombres. Me indigna que la tele haga sobre esto una encuesta en la calle.

—¿Usted cree en el infierno?

—Yo no.

—¿Usted cree en el infierno?

—Yo no.

—Pues ya ven ustedes, esto del infierno debe de ser mentira, porque en la calle se opina que no hay infierno.

No se trata de eso. La existencia del infierno no depende de lo que diga la calle ni de lo que crea la calle. La gente en la calle que opine lo que quiera, porque lo que opine la gente de la calle no cambia la realidad de las cosas. El infierno existe porque es dogma de fe, porque lo ha revelado Cristo-Dios, que es el que lo sabe. Y las cosas son verdad por lo que opina el que entiende, no según lo que opine la calle.

Si me duele el abdomen, ¿voy a preguntar en la calle?

—¿Usted qué cree que es esto? ¿Será un cólico nefrítico o será un ataque de apéndice?

No se pregunta en la calle. Se va al médico. Se pregunta al entendido. Preguntar en la calle quién cree en el infierno no tiene valor alguno. Puede ser que todos los de la calle opinen que no hay infierno; pero si Cristo-Dios dice que lo hay, pues lo hay, aunque la calle opine lo contrario; porque la verdad es lo que dicen los que saben, no lo que dicen los que no saben, aunque sean multitud. Puede ser que sean más los que no saben y sean menos los que saben, pero la verdad no cambia por el número de opiniones. Si Cristo-Dios, en el Evangelio, quince veces te dice que hay infierno eterno, hay infierno eterno. Es inútil que los hombres lo ignoren. Eso no sirve de nada.

Sin embargo, a nadie le gusta que le hablen del infierno. A mí me parece esto una barbaridad. Por eso hablo yo del infierno siempre que tengo ocasión. Hay que hablar del infierno. Si es verdad, ¿cómo nos vamos

a callar una cosa que es verdad? ¿Para que la gente vaya engañada a la muerte, y se encuentre después con la sorpresa? Vamos a hablar de lo que es una realidad.

Si hay un puente hundido en una curva después de una recta se pone un cartel: «Carretera cortada. Puente hundido.» Para que los coches frenen. No: para no asustar a la gente no ponemos el cartel. Y viene el coche a toda velocidad, toma la curva y al precipicio. Hay que avisarle, que la gente se entere.

Como a la gente no le gustan los avisos pesimistas, no ponemos nada, no ponemos el aviso. ¿Y de esta manera ayudas a la gente? Estás perjudicando a los demás por no avisar del peligro que hay.

De igual manera con el infierno. El infierno no desaparece porque nosotros dejemos de hablar de él, porque Cristo-Dios lo ha dicho. Lo lógico, lo prudente es pensar en el infierno, porque es una realidad.

Como el estudiante que dice: «Yo no quiero pensar en el examen, yo no me amargo la vida.» Pues le suspenden. ¿Qué arregla no pensando en el examen? Tiene que pensar en el examen: qué programa tiene, qué dificultades tiene este programa, cuáles son las preguntas difíciles. Prepara el examen.

—Yo no quiero amargarme la vida. A mí no me des preocupaciones. Yo no pienso en esto.

Hay que pensar en las cosas que son verdad. No pienses en tonterías que no sirven para nada. Pero lo que es verdad, piénsalo. Que eso va contigo. Para prevenir y para no equivocarte.

Hay quien dice que como él no cree en el infierno está tranquilo. De manera que con decir que no crees en el infierno, ¿ya tranquilo? ¿Pero tranquilo sobre qué? ¿Es que el infierno desaparece porque uno diga que no cree? El infierno sigue igual, se diga lo que se diga. Negará el infierno de pico, pero no destruye el infierno. La negación no destruye el infierno. El infierno no depende de lo que digamos. El infierno existe porque lo ha dicho Cristo-Dios.

Te vas a morir. El año que viene; dentro de cinco años; dentro de cien años; pero seguro que [F] te vas a morir. Y cien años pasan pronto en la historia. Cuando te mueras seguro que te enteras de que hay infierno. Porque no depende de lo que digas tú, sino de lo que diga Dios. Y Dios te lo dice quince veces en el Evangelio. Quince veces le repite que hay infierno eterno para los que mueren en pecado mortal.

Por tanto, negar el infierno es ridículo.

Como uno que tiene úlcera de estómago. Va al médico, se toma la papilla y le miran por la pantalla.

—Usted tiene úlcera. No fume. No tome chorizo.

Y sale el otro del médico diciendo:

—Será idiota el médico: que yo no fume. ¿Cómo voy yo a dejar el tabaco? Que yo no coma chorizo, ¡con lo que me gusta a mí el chorizo! Tonterías del médico. Yo no hago caso.

Muy bien. Sigue comiendo de todo, y a la tumba. ¡Claro! La úlcera no depende de lo que él diga, depende de lo que dice el médico. Si el médico le ha dado la papilla y le ha mirado por la pantalla y dice que tiene úlcera, pues tiene úlcera. Y si él lo niega, lo siento por él, pero la úlcera no desaparece porque él diga que no cree; y si come de todo, a la tumba. Esto es de sentido común.

Pues hay gente por la calle que se cree que con negar el infierno ya puede vivir tranquila.

El infierno es verdad porque Cristo lo dice

—Bueno, padre, es que a mí no me cabe en la cabeza que haya un infierno eterno. Porque si Dios es bueno, ¿cómo me va a condenar a un infierno eterno? No, eso yo no me lo puedo creer.

Pues aunque no quepa en tu cabeza esto es así, porque las cosas son verdad no porque quepan en tu cabecita, sino porque lo dice Cristo-Dios. Y cuando Cristo-Dios dice una cosa es verdad, quepa o no quepa en tu cabeza. No puede ser sólo verdad lo que tú entiendas; eso sería una soberbia inconcebible. Hay muchas cosas que son verdad y no caben en tu cabeza.

Imaginemos que una hormiga dijera: ¿Quién ha dicho que hay juego de ajedrez? ¿Cómo va a haber juego de ajedrez si a mí no me cabe en la cabeza? Pues aunque a la hormiga no le quepa en su cabeza el juego de ajedrez, el juego de ajedrez está ahí. ¡Claro que hay juego de ajedrez!

Yo puedo tener dificultades sobre el infierno. Yo acepto que una persona me diga que no comprende el infierno. Esto es perfectamente lógico dada la pequeñez de nuestro entendimiento. Hay cosas que no acertamos a comprender. Lógico. Pero que uno diga:

—Eso no es verdad porque yo no lo entiendo.

Eso es ridículo.

¡Cuántas cosas hay en el mundo que no se entienden! No todo el mundo puede entender de logaritmos y de integrales y de diferenciales y de derivadas, porque una persona que sabe de una cosa no sabe de otra. Esto es perfectamente lógico. Pero decir «esto no es verdad porque yo no lo entiendo» es ridículo. Por tanto, el infierno es verdad porque lo dice Cristo-Dios. Que yo crea o no crea, lo entienda o no lo entienda, lo acepte o no lo acepte, está de más. Las cosas son así porque lo ha dicho Cristo-Dios. Punto.

Entonces ¿qué es el infierno? Como dije antes, el catecismo lo define así: «El conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.» Esto se puede explicar de muchas maneras.

Fracaso definitivo. Esto es el infierno. Esto es lo peor del infierno. Es lo que se llama «la pena de daño». La pena espiritual que es la desesperación. Esto es peor que lo físico.

Un barco en alta mar, camino de América. Un día, en cubierta, un grupo de muchachos hacen una apuesta.

—¿Qué te apuestas a que me tiro al agua?

—Anda, no digas idioteces.

—¿Cuánto me das si me tiro?

—Anda, no seas tonto.

—Que me tiro al agua, hombre. Me tiro al agua con tal que vosotros deis la voz de «hombre al agua».

El, confiando en que los otros darían la voz de alarma y el barco lo recogería, se tiró. Por cinco mil pesetas se tiró al agua en mitad del Atlántico. Y de noche. Los otros empiezan a gritar: «Hombre al agua, hombre al agua.» Y el capitán ordena parar y dar las vueltas correspondientes alrededor del sitio donde se supone que había caído. Pero mientras dieron la voz y llegó la orden del capitán estaban dando las vueltas donde el muchacho no había caído. Estaba fuera del círculo viendo que le estaban buscando con focos donde él no estaba. Una vez que el barco dio los círculos reglamentarios, enfiló el rumbo.

Y cuando el hombre se da cuenta de que lo abandonan y el barco enfila el rumbo, y lo dejan en el Atlántico, menuda desesperación, menudo desgarro del alma.

—Maldito yo, imbécil de mí, que por cinco mil pesetas me quedo aquí en mitad del Atlántico, y se va mi esperanza, que es el barco. Yo me quedo aquí y sin salvación, por mi culpa.

Ésta es la desesperación del condenado. Esto elevado a la enésima potencia.

—Maldito yo que por una idiotez me he condenado y he perdido mi esperanza y mi salvación. He perdido mi vida, mi felicidad. Porque quise. Porque nadie me obligó.

Fui yo quien elegí estar aquí. Maldito yo.

El infierno, dolor eterno

Pero, aunque sea brevemente, tengo que decir que el Evangelio habla de una pena física, habla del fuego. Ya sabemos que es una metáfora, porque el fuego del infierno no puede ser como el fuego de la tierra, porque atormenta los espíritus. Es otra cosa. Pero es importante saber que Jesucristo, para ilustrar, para iluminar lo que es el infierno, repite la metáfora quince veces.

Cristo no encuentra otra palabra más acomodada. Aunque sea metafórica, es muy iluminativa, porque nos da a entender algo de lo que debe ser eso.

Lo mismo que a veces decimos que el hielo quema: «Tenía un trozo de hielo en la mano, pero lo he soltado porque me quemaba.» El hielo no quema, será lo contrario; pero el dolor que sientes en tus manos por el frío se parece al dolor que sientes por el calor.

Cristo usa una palabra como metáfora. No es como el fuego de la tierra. Pero si Cristo la repite, por algo será. Se parece tanto a la realidad que El no encuentra mejor palabra que «fuego».

En los Altos Hornos de Vizcaya ocurrió un suceso que nos puede ayudar a comprender esto. Fue un accidente de trabajo de un obrero que se encontraba en lo que se llama «pinchar el horno». Pinchar el horno es perforarlo para que salga un chorro de hierro líquido que va por unos canalitos que se hacen con arena. En un plano inferior hay una vía de tren, un tren pequeñito, de vía estrecha, que lleva unas grandes calderas. Ahí cae el hierro líquido. Este hombre estaba trabajando en eso. Trabajo peligrosísimo. Visten unos monos de amianto y unos guantes, y van muy bien preparados y equipados. Pero te acostumbras a lo que haces todos los

días, por muy peligroso que sea, y le pierdes el miedo y el respeto. Este hombre resbaló en el borde y se cayó en una caldera de hierro líquido. Un humito y desapareció. Tuvieron que enterrar la colada entera. No quedó ni rastro de ese hombre. Se volatilizó al caer en hierro líquido.

Este hecho histórico me sirve a mí para pensar, para meditar. Supongamos que este hombre no muere instantáneamente. Y se queda flotando en hierro líquido. ¿Cuál sería el dolor que este hombre tendría que soportar flotando en hierro líquido? Él ni se enteró. Se volatilizó instantáneamente. Pero si, una hipótesis, se queda flotando en hierro líquido, ¿cuál sería su tormento? Un minuto, tres minutos, cinco minutos, una hora, veinticuatro horas, un año, una eternidad, flotando en hierro líquido. Vamos a pensarlo, porque no es ninguna tontería. Porque Cristo te dice que en el infierno hay fuego, aunque sea metáfora. Pero es para que comprendamos si hay algo en la vida que compense un baño en hierro líquido que dura eternamente.

La palabra eternidad no la entendemos. Eternidad no es muchos años. Mil años, un millón de años. Miles y miles de millones de años. No. Eternidad es no tener fin, que no se acaba nunca.

Imaginemos un reloj pintado que tiene las doce menos cinco. No tiene máquina. Está pintado. Espérate a ver cuándo dan las doce. No es que yo espere una hora. No es que yo espere veinticuatro horas. No es que yo espere un año. No es que yo espere mil años. Nunca dará las doce. ¡Si no tiene máquina! Está pintado en la pared. Siempre estará en las doce menos cinco. No es cuestión de esperar que den las doce. Nunca dará las doce. Esto es la eternidad: que no tiene fin. Nunca llega al fin. Nunca termina.

Ahora, ¿merece la pena escoger el infierno? ¿Qué hay en la vida que compense esto? ¡Un baño eterno en hierro líquido! Y además el desgarro del alma. Me diré: «Por mi culpa. Maldito yo. Lo escogí yo. Estoy aquí porque quise. Yo pude salvarme. Tuve en mis manos la salvación y no quise.»

Merece la pena que pensemos:

—¿Qué vida llevo yo? ¿Voy camino del cielo o del infierno?

Hay que pensar.

No pienses que está la carretera cortada. No frenes. Toma la curva a ciento veinte, y cuando te encuentres el puente hundido, al precipicio.

¿En qué cabeza cabe que no queramos pensar en el infierno; o que cuando se nos habla del infierno no queramos rectificar?

Por lo tanto, lo sensato, lo razonable, es que yo me examine. ¿Qué vida llevo yo en la tierra? ¿Voy camino del cielo o voy camino del infierno? Y si voy camino del infierno, a rectificar. Todavía puedo rectificar. Cuando no podré rectificar será al otro lado de la muerte. Después de la muerte se acabó. Ya no se puede rectificar. Pero antes de la muerte puedo rectificar.

Y si voy por el buen camino, adelante. Dando gracias a Dios que me ayuda.

Pero el que no quiere pensar, o no quiere rectificar cuando sabe que va por mal camino, eso es de locos. Y las consecuencias son irreparables. Después de la muerte no hay solución.